

Mia Couto

Jesusalén



Lectulandia

Jesusalén es un lugar recóndito, imaginario, situado en un antiguo campamento de cazadores, donde Silvestre Vitalício se refugia para emprender una nueva vida a la espera de que Dios se aparezca y le pida perdón por haberse llevado a su esposa. Con Silvestre viven sus dos hijos y el fiel militar Zacaria Kalash. En Jesusalén está prohibido cantar, rezar, leer, escribir, y hasta imaginar y soñar. El mundo se ha acabado y no existen las mujeres. O eso querría Silvestre.

**Lectulandia**

Mia Couto

# **Jesusalén**

ePub r1.0

jugaor 13.06.15

Título original: *Jesusalém*  
Mia Couto, 2009  
Traducción: Roser Vilagrassa

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## LIBRO PRIMERO

# La humanidad

Soy el único hombre a bordo de mi barco.  
Los demás son monstruos que no hablan,  
Tigres y osos que amarré a los remos,  
Y mi desprecio reina sobre el mar.

[...]

Y hay momentos que casi son olvido  
Con una inmensa dulzura de regreso.

Mi patria está donde el viento pasa,  
Mi amada donde los rosales dan la flor,  
Mi deseo es el rastro que quedó de las aves,  
Y nunca despierto de este sueño y nunca duermo.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

# Yo, Mwanito, el afinador de silencios

Escucho, pero no sé  
Si lo que oigo es el silencio  
O dios.  
[...]

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

La primera vez que vi a una mujer tenía once años y me hallé, de súbito, tan desarmado que me deshice en lágrimas. Vivía en un descampado solamente habitado por cinco hombres. Mi padre había dado un nombre al lugar. Simplemente lo había llamado así: «Jesusalén». Aquella era la tierra donde Jesús habría de descrucificarse. Y punto.

Sin embargo, mi viejo padre, Silvestre Vitalício, nos había explicado que el mundo se había acabado y que nosotros éramos los últimos supervivientes. Más allá del horizonte, sólo había territorios sin vida, a los que él vagamente llamaba el «Otro-Lado». En pocas palabras, el planeta entero se reducía a un lugar vacío de gente, sin carreteras ni rastro de bicho viviente. En esos remotos parajes incluso las almas en pena se habían extinguido.

Por el contrario, en Jesusalén no había sino vivos. Desconocedores de cualquier nostalgia o esperanza, pero gente viva. Nuestra existencia era tan solitaria que ni siquiera sufríamos enfermedades y yo creía que éramos inmortales. A nuestro alrededor sólo se morían los animales y las plantas. Y en las épocas de estiaje, nuestro río sin nombre, un arroyo que corría detrás del campamento, moría de mentira.

La humanidad éramos yo, mi padre, mi hermano Ntunzi y Zacaria Kalash, nuestro capataz, que, como verán, ni presencia tenía. Y nadie más. O casi nadie. A decir verdad, me había olvidado de dos semihabitantes: la borrica Jezibela, que era lo bastante humana para desahogar los devaneos sexuales de mi viejo padre. Tampoco he nombrado a mi tío Aproximado. Este pariente bien merece una mención. Porque él no vivía en el campamento con nosotros. Vivía junto al portón de entrada al coto, más allá de la distancia permitida, y sólo nos visitaba de vez en cuando. De su cabaña nos separaban horas de distancia y las fieras.

Para nosotros, los niños, la llegada de Aproximado era motivo de gran alegría, una pequeña sacudida en nuestra árida monotonía. El tío nos suministraba víveres, ropa y productos básicos. Nervioso, mi padre salía al encuentro del camión donde se amontonaban los encargos, e interceptaba al visitante antes de que el vehículo invadiera el coto que circundaba el casar. En el cercado, obligaba a Aproximado a lavarse para no introducir elementos contaminantes de la ciudad. Se lavaba con tierra y con agua, ya hiciera frío o fuera de noche. Tras el baño, Silvestre descargaba el camión apresurando las entregas y abreviando las despedidas. Y en un fugaz instante,

más breve que un batir de alas, Aproximado volvía a desaparecer más allá del horizonte ante nuestras angustiadas miradas.

—No es un hermano directo —justificaba Silvestre—. No quiero hablar demasiado con él. Ese hombre no conoce nuestras costumbres.

Este reducto de humanidad, unido como los cinco dedos, estaba en realidad dividido: mi padre, el tío y Zacaria tenían la piel oscura; yo y Ntunzi también éramos negros, pero de piel más clara.

—¿Somos de otra raza? —pregunté un día.

Mi padre respondió:

—Nadie es de otra raza. Las razas —dijo— son uniformes que vestimos.

Tal vez Silvestre tuviera razón. Pero yo aprendí, aunque demasiado tarde, que a veces ese uniforme se filtra en el alma de los hombres.

—Esa piel clara te viene de tu madre, Dordalma. Alminha era un poquito mulata —me aclaró el tío.

• • •

La familia, la escuela, los demás, todos eligen en nosotros una centella prometedor, un territorio en el que podremos brillar. Unos nacerán para cantar, otros para bailar, otros nacerán sencillamente para ser otros. Yo nací para estar callado. Mi única vocación es el silencio. Mi padre fue quien me lo explicó: tengo tendencia a no hablar, tengo talento para aguzar silencios. Así es, silencios, en plural. Porque no existe un único silencio. Y todo silencio es música en estado de gravidez.

Cuando me veían quieto y serio en mi escondite invisible, no es que estuviera pasmado. Estaba ocupado, estaba entregado en cuerpo y alma a una labor: tejía los delicados hilos con los que se fabrica la quietud. Afinaba silencios.

—Ven, hijo mío, ven y ayúdame a callar.

Al final del día, el viejo se recostaba en la silla del soportal. Y todas las noches me sentaba a sus pies, contemplando las estrellas allá arriba en la oscuridad. Mi padre cerraba los ojos, moviendo la cabeza a un lado y a otro, como si un compás guiara aquel sosiego. Luego inspiraba hondo y decía:

—Éste es el silencio más bonito que he escuchado hasta hoy. Gracias, Mwanito.

Saber estar debidamente callado requiere años de práctica. En mi caso era un don natural, herencia de algún antepasado. ¿Quién sabe?, quizás un legado de mi madre, doña Dordalma. De tan callada, había dejado de existir y nadie había notado que ya no vivía entre nosotros, los vivos vigentes.

—¿Sabes, hijo? Existe la calma de los cementerios. Pero el sosiego que reina en este soportal es diferente.

Mi padre. Su voz era tan discreta que parecía otra variedad de silencio. Solía toser, y esa tosecilla ronca era una lengua oculta, desprovista de palabras o gramática.

A lo lejos, en la ventana de la casa contigua, se divisaba una lamparilla oscilante.

Seguramente era mi hermano, que nos espiaba. Una culpa me rasgaba el pecho: yo era el escogido, el único que compartía un trato familiar con nuestro eterno progenitor.

—¿No llamamos a Ntunzi?

—Deja estar a tu hermano. Me gusta más estar solo contigo.

—Pero empiezo a tener sueño, padre.

—Quédate sólo un poco más. Es que tengo rabia, tanta rabia acumulada... Necesito ahogar esa rabia y no tengo valor para tanto.

—¿Y a qué se debe esa rabia, padre?

—Durante muchos años he alimentado a fieras creyendo que eran animales dignos de estima.

Yo me quejaba de sueño, pero él era quien se dormía. Lo dejaba cabeceando en la silla y regresaba a mi cuarto, donde Ntunzi me esperaba despierto. Mi hermano me miraba con una mezcla de envidia y conmiseración.

—¿Otra vez ese cuento del silencio? —me decía.

—No digas eso, Ntunzi.

—Ese viejo se ha vuelto loco. Y lo peor es que al tipo no le gusto.

—Claro que le gustas.

—¿Y por qué nunca me llama a mí?

—Porque dice que yo soy afinador de silencios.

—¿Y tú te lo crees? ¿No ves que es una tremenda mentira?

—No lo sé, hermano. ¿Qué voy a hacer si le gusta que me quede allí con él, calladito?

—Pero ¿no ves que son pamplinas? Lo que pasa es que le recuerdas a nuestra difunta madre.

Ntunzi me recordaba una y otra vez por qué mi padre me había elegido como hijo predilecto. El porqué de ese favoritismo se originó en un único instante: en el funeral de nuestra madre, Silvestre no fue capaz de aceptar la viudez y se apartó a un rincón para entregarse al llanto. Entonces me acerqué, y él se arrodilló para afrontar la pequeñez de mis tres años. Levanté los brazos y, en vez de limpiarle la cara, coloqué las manitas sobre sus oídos. Como si quisiera aislarlo y alejarlo de cuanto tuviera voz. Silvestre cerró los ojos en ese espacio sin eco, y vio que Dordalma no había muerto. Extendió un brazo ciego en la penumbra:

—¡Alminha!

Y nunca más volvió a pronunciar su nombre. Ni evocó recuerdo alguno del tiempo en que había sido su esposo. Quería todo aquello acallado, sepultado en el olvido.

—Y tú me ayudarás, hijo mío.

Para Silvestre Vitalício, mi vocación estaba decidida: yo cuidaría de esa incurable ausencia, pastorearía los demonios que le desgarraban el sueño. Una vez, mientras compartíamos momentos de sosiego, me arriesgué a preguntarle:

—Ntunzi dice que yo le recuerdo a mamá. ¿Es cierto, padre?

—No, al revés: tú me alejas de los recuerdos. Ntunzi es el que me clava espinas con recuerdos de otros tiempos.

—¿Sabe, padre? Anoche soñé con mamá.

—¿Cómo puedes soñar con alguien que no has conocido?

—Sí que la conocí, sólo que no me acuerdo.

—Viene a ser lo mismo.

—Pero recuerdo su voz.

—¿Qué voz? Dordalma casi nunca hablaba.

—Recuerdo un sosiego que parece, no sé..., parece agua. A veces creo que me acuerdo de la casa, del sosiego que reinaba en la casa...

—¿Y Ntunzi?

—¿Ntunzi qué, padre?

—¿Insiste en decir que se acuerda de mamá?

—No hay día que no se acuerde de ella.

Mi padre no contestó. Masculló algo incomprensible y luego, con la voz ronca de quien ha descendido a lo más hondo del alma, afirmó:

—Voy a decir algo que no volveré a repetir: no podéis recordar ni soñar nada, hijos míos.

—Pero yo sueño, padre. Y Ntunzi se acuerda de tantas cosas...

—Es todo mentira. Eso que soñáis, lo creé yo en vuestras cabezas. ¿Lo entiendes?

—Entiendo, padre.

—Y lo que recordáis se debe a que yo lo enciendo en vuestras cabezas.

El sueño es una conversación con los muertos, un viaje al país de las almas. Pero ya no había difuntos ni tierra de almas. El mundo se había acabado, y el fin era un desenlace absoluto: la muerte sin muertos. El país de los difuntos quedaba abolido, y el reino de los dioses, cancelado. Esto dijo, de una sentada, mi padre. Aún hoy, esa explicación de Silvestre Vitalício me parece lúgubre y confusa. Sin embargo, en aquel momento fue rotundo:

—Por eso no podéis soñar ni recordar. Porque yo mismo no sueño ni recuerdo.

—Pero, padre, ¿usted no tiene recuerdos de nuestra madre?

—Ni de ella, ni de la casa, ni de nada. Ya no me acuerdo de nada.

Y se levantó, temblequeando, para calentar el café. Sus pasos eran como los de un baobab que avanza arrancando sus propias raíces. Echó un vistazo al fuego, hizo como si se mirara al espejo, cerró los ojos y aspiró profundamente los fragantes vapores de la cafetera. Sin embargo, con los ojos cerrados susurró:

—Voy a decir un pecado: dejé de rezar cuando naciste.

—No diga eso, padre.

—Pues lo digo.

Hay quien tiene hijos para estar más cerca de Dios. Él se había convertido en Dios en cuanto nació yo. Así habló Silvestre Vitalício. Y prosiguió: los falsamente

tristes, los malos solitarios creen que las lamentaciones te elevan a las alturas.

—Pero Dios está sordo —dijo.

Hizo una pausa para levantar la taza y saborear el café y concluyó:

—Y aunque no estuviera sordo: ¿qué palabras hay para hablar a Dios?

En Jesusalén no había ni una iglesia de piedra ni una cruz. Para mi padre, mi silencio era su catedral. En él aguardaba el regreso de Dios.

• • •

En realidad, yo no nací en Jesusalén. Soy, digamos, emigrante de un lugar sin nombre, sin geografía, sin historia. Al morir mi madre, cuando yo tenía tres años, mi padre nos cogió a mí y a mi hermano mayor y abandonó la ciudad. Atravesó bosques, ríos y desiertos hasta llegar al lugar que le pareció más inaccesible. En esa odisea nos cruzamos con miles de personas que seguían el rumbo inverso: huían del campo hacia la ciudad, querían escapar de la guerra rural para refugiarse en la miseria urbana. La gente se extrañaba: ¿por qué nuestra familia se dirigía al interior, donde el país se estaba consumiendo?

Mi padre iba en el asiento delantero. Parecía enfadado. Quizás creía que iba en un barco en vez de ir en un vehículo.

—Esto es el Arca de Noé motorizada —proclamó cuando tomamos asiento en aquella tartana.

Junto a nosotros, en la parte de atrás de la camioneta, viajaba Zacaria Kalash, el antiguo militar que apoyaba a mi viejo padre en sus quehaceres diarios.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó mi hermano.

—A partir de ahora, ya no hay «dónde» —sentenció Silvestre.

Al final de ese largo viaje, nos instalamos en un coto desierto desde hacía mucho tiempo, y de un campamento de cazadores abandonado hicimos nuestro refugio. A nuestro alrededor, todo estaba deshabitado debido a la guerra: no había ni sombra de humanidad. Incluso los animales escaseaban. Sólo abundaba una espesura feroz, sin trazo de camino alguno desde hacía tiempo.

Así pues, nos instalamos entre los escombros del campamento. Mi padre en las ruinas principales; Ntunzi y yo en una casa anexa. Zacaria se estableció en un viejo almacén situado en la parte posterior. La antigua casa de la administración quedó desocupada.

—Esa casa —dijo mi padre— está habitada por sombras y gobernada por recuerdos —y luego ordenó—: ¡Allí no entra nadie!

Las labores de reconstrucción fueron mínimas. Silvestre no quería profanar aquello a lo que él llamaba una «obra del tiempo». Sólo se encargó de una tarea: en la entrada del campamento había una plazuela con un mástil donde otrora se izaban banderas. Mi padre hizo del mástil un soporte para un gigantesco crucifijo. Sobre la cabeza de Cristo fijó una tablilla donde se leía: «Bienvenido sea, señor Dios».

—Un día Dios vendrá a pedirnos disculpas —tal era su creencia.

Mi tío y el ayudante se santiguaban, azorados, para conjurar la herejía. Nosotros sonreíamos confiados: alguna protección divina debíamos de disfrutar para no haber sufrido nunca una enfermedad, para no haber sido mordidos por una serpiente ni embestidos por ningún animal.

• • •

En ocasiones, sin querer, preguntábamos por qué estábamos allí, lejos de todo y de todos. Y mi padre respondía:

—El mundo se ha acabado, hijos míos. Sólo queda Jerusalén.

Yo me creía lo que nos decía mi padre. Ntunzi, en cambio, consideraba todo aquello un delirio y, no satisfecho con la respuesta, volvía a preguntar:

—¿Y no hay nadie más en el mundo?

Silvestre Vitalício inspiraba como si la respuesta exigiera mucho valor y, después de soltar un suspiro contenido, murmuraba:

—Somos los últimos.

Diligente como era, Vitalício se ocupaba de criarnos con cuidado y esmero. Ahora bien, evitando que ese cuidado se convirtiera en ternura. Él era un hombre. Y nosotros estábamos aprendiendo a ser hombres. A ser los únicos y últimos hombres del mundo. Recuerdo que me apartaba con firme delicadeza cuando yo lo abrazaba:

—¿Cierras los ojos cuando me abrazas?

—No lo sé, padre, no lo sé.

—No debes hacer eso.

—¿Cerrar los ojos, padre?

—Abrazarme.

A pesar del distanciamiento físico, Silvestre Vitalício siempre ejerció de padre materno, antepasado presente. A mí me extrañaba tanto esmero. Porque ese celo se contradecía con lo que predicaba. Aquella dedicación sólo tenía sentido si había, en algún lugar por descubrir, un tiempo con futuro.

—Padre, cuéntenos, ¿cómo murió el mundo?

—La verdad es que ya no me acuerdo.

—Pero el tío Aproximado...

—El tío cuenta muchas historias...

—Entonces cuéntenoslo usted, padre.

—Lo que pasó fue lo siguiente: el mundo se terminó incluso antes del fin del mundo...

El universo se había terminado sin espectáculo alguno, sin estallidos ni resplandores. Se había marchitado, se había agotado por tanta desesperación. Y así, mi padre divagaba sobre la extinción del cosmos. Primero empezaron a morir los lugares-hembra: las fuentes, las playas, las lagunas... Luego murieron los lugares-

macho: los pueblos, los caminos, los puertos...

—Sólo sobrevivió este lugar. Y aquí es donde viviremos para siempre.

¿Vivir? Vivir es cumplir sueños, aguardar noticias. Silvestre no soñaba, no aguardaba noticias. Al principio quería un lugar donde nadie se acordara de su nombre. Ahora, ni él mismo recordaba quién era.

El tío Aproximado enfriaba el ardor de las cavilaciones paternas, diciendo que su cuñado se había marchado de la ciudad por razones banales, propias de quien siente que la edad se le ha echado encima.

—Vuestro padre se quejaba de que sentía que se estaba haciendo viejo.

La vejez no es una edad: es cansancio. Cuando nos hacemos viejos, todas las personas nos parecen iguales. Ése era el lamento de Silvestre Vitalicio. Los habitantes y los lugares ya eran todos indistintos cuando se decidió a hacer el viaje definitivo. Otras veces, muchas, Silvestre había declarado: la vida es demasiado valiosa para desperdiciarla en un mundo desencantado.

—Vuestro padre está pasando un momento crítico —concluía el tío—. Se le pasará el día menos pensado.

Pasaron días, años, y el delirio de mi padre persistió. Con el tiempo, las apariciones del tío se hicieron más escasas. Aquellas crecientes ausencias me dolían, pero mi hermano me desengañaba:

—El tío Aproximado no es quien crees que es —me advertía.

—No entiendo qué quieres decir.

—Es un carcelero. Eso es lo que es: un carcelero.

—¿A qué te refieres?

—Ese al que llamas tío guarda esta prisión a la que estamos condenados.

—¿Y por qué tendríamos que estar en prisión?

—Por el crimen.

—¿Qué crimen, Ntunzi?

—El crimen que nuestro padre cometió.

—No digas eso, hermano.

Todas las historias que mi padre inventaba sobre los motivos de abandonar el mundo, todas aquellas versiones fantasiosas, tenían un único propósito: nublar el juicio y, de este modo, apartarnos de los recuerdos del pasado.

—Sólo hay una verdad: el viejo huye de la justicia.

—¿Y qué crimen cometió?

—Un día te lo contaré.

•••

Fuera cual fuera la razón del destierro, Aproximado había encabezado, ocho años atrás, la retirada a Jesusalén, al volante de una camioneta que se caía de podrido. El tío conocía el destino que nos tenían reservado. Antaño, había trabajado en aquel

antiguo coto como guardabosques. El tío sabía de animales y escopetas, de llanuras y selvas. Mientras nos llevaba en su viejo furgón, con el brazo colgado en la puerta, disertaba sobre la astucia de los animales y los secretos de la selva.

Aquella camioneta —la nueva Arca de Noé— llegó a su destino, pero desfalleció para siempre a las puertas de aquello que se convertiría en nuestra casa. Allí se pudrió, allí se convirtió en mi juguete preferido, en el refugio al que iba a soñar. Sentado al volante de la difunta máquina, podría haber inventado viajes infinitos, haber vencido distancias y cercos. Como haría cualquier otro niño, podría haber dado la vuelta al planeta hasta que el universo entero cediera ante mí. Pero eso nunca sucedió: mis sueños no aprendieron a viajar. Quien siempre ha vivido anclado a un único suelo no sabe soñar con otros lugares.

Limitado de ilusión, acabé aguzando otras defensas contra la nostalgia. Para burlar la lentitud de las horas, anunciaba:

—¡Me voy al río!

Lo más probable era que nadie me oyera. Aun así, disfrutaba tanto con aquella proclamación que la repetía una y otra vez al dirigirme al valle. De camino me detenía frente a un poste eléctrico inerte que, aunque estaba instalado, nunca había llegado funcionar. Los demás postes clavados habían desarrollado verdes retoños hasta convertirse en árboles de esplendorosas copas. Aquél era el único que se alzaba como un esqueleto, haciendo frente solo al infinito del tiempo. Aquel poste, decía Ntunzi, no era un tronco clavado en el suelo: era el mástil de un barco que había perdido su mar. Por eso, yo siempre lo abrazaba para recibir el consuelo de un viejo pariente.

En el río me recreaba con largos sueños. Esperaba a mi hermano, que venía a bañarse al final de la tarde. Ntunzi se desnudaba y, así, desprotegido, se quedaba mirando el agua exactamente con la misma nostalgia con la que le veía contemplar la maleta que hacía y deshacía todos los días. Una vez me preguntó:

—¿Has estado ya debajo del agua, pequeño?

Negué con la cabeza, sabiendo que no entendía la profundidad de su pregunta.

—Debajo del agua —dijo Ntunzi— se ven cosas imposibles de imaginar.

No supe descifrar las palabras de mi hermano. Pero poco a poco lo fui entendiendo: la cosa más viva y verdadera que sucedía en Jerusalén era aquel río sin nombre. A fin de cuentas, la prohibición de lágrimas y oraciones tenía un sentido. Mi padre no estaba tan enajenado como creíamos. Si había que llorar o pensar se haría solamente allí, a orillas del río, de hinojos sobre la arena mojada.

—Nuestro padre siempre dice que el mundo ha muerto, ¿verdad? —preguntó Ntunzi.

—Nuestro padre dice tantas cosas...

—Es al revés, Mwanito. No es que el mundo se haya muerto: nosotros hemos muerto.

Me estremecí; el frío me pasó del alma a la carne, de la carne a la piel. ¿Así que

aquel lugar donde vivíamos era nuestra propia muerte?

—No digas eso, Ntunzi, que me das miedo.

—Pues que lo sepas: nosotros no hemos salido del mundo, hemos sido expatriados, como una espina expulsada por el cuerpo.

Sus palabras me dolieron como si la vida estuviera clavada en mi cuerpo y, para crecer, tuviera que arrancarme esa astilla.

—Un día te lo contaré todo —dijo Ntunzi para dar fin a la conversación—. Pero ahora, a lo mejor mi hermano quiere ver el otro lado.

—¿Qué otro lado?

—El otro lado, ya sabes: ¡el mundo, el Otro-Lado!

Miré a mi alrededor antes de responder. Temía que mi padre nos vigilara. Miré a la cima de la colina, a la parte de atrás del casar. Temía que Zacaria pasara por allí.

—Vamos, quítate la ropa.

—¿No me harás daño, hermano?

Me vino a la mente la vez que me arrojó a las aguas pantanosas del remanso y me quedé atrapado en el fondo, con los pies enredados en las raíces sumergidas de las cañas.

—Ven conmigo —me invitó.

Ntunzi hundió los pies en el fango y entró en el río. Avanzó hasta que el agua le llegó al pecho y me instó a unirme a él. Sentí la corriente agitándose alrededor de mi cuerpo. Ntunzi me dio la mano por miedo a que las aguas me hicieran caer.

—¿Vamos a huir, hermano? —pregunté con entusiasmo contenido.

Lo raro es que nunca se me hubiera ocurrido: el río era un camino abierto, un amplio surco exento de prohibición. Ahí mismo estaba la salida, y no habíamos sido capaces de verla. Cada vez más animado, me puse a hacer planes en voz alta: ¿y si regresábamos a la orilla y empezábamos a tallar una canoa? Sí, una canoa pequeña sería suficiente para alejarnos de aquella prisión y desembocar al gran mundo. Observé a Ntunzi, que se mostraba ajeno a mis devaneos.

—Nunca habrá canoa. Olvídate.

¿Acaso no había pensado en los cocodrilos e hipopótamos que infestaban el río, corriente abajo? ¿Y en los rápidos y las cascadas y, en fin, los infinitos peligros y trampas que el río escondía?

—Pero ¿alguien ha ido alguna vez? Sólo lo hemos oído contar...

—Estate quieto y callado.

Lo seguí a contracorriente y avanzamos surcando la ondulación hasta llegar a la zona donde, arrepentido, el río formaba un meandro, y el lecho estaba cubierto de cantos rodados. En ese remanso las aguas ganaban una limpidez sorprendente. Ntunzi me soltó la mano y me dio instrucciones: tenía que imitarlo. Entonces se hundió y, sumergido, abrió los ojos para contemplar la luz que reverberaba en la superficie. Lo mismo hice yo: inmerso en las entrañas del río, contemplé los reflejos del sol. Y aquel fulgor me atrapó en una ceguera dulce y envolvente. Aunque no había conocido

el abrazo de mi madre, pensé que la sensación debía de ser parecida, como un desvanecimiento de los sentidos.

—¿Te ha gustado?

—¿Si me ha gustado? Es tan bonito, Ntunzi... ¡Parecen estrellas líquidas y diurnas!

—¿Ves, hermanito? Eso es el otro lado.

Volví a sumergirme para embriagarme de aquella maravilla. Sin embargo, esta vez me mareé y, de repente, perdí la noción de mí mismo y confundí el fondo con la superficie. Me quedé allí, girando como un pez ciego sin saber salir. Me habría acabado ahogando si Ntunzi no me hubiera arrastrado hasta la orilla. Una vez recuperado, confesé que me había dado un escalofrío mientras estaba sumergido.

—¿No será que alguien nos vigila desde el otro lado?

—Sí, sí que nos vigilan. Nos vigilan aquellos que vendrán a pescarnos.

—¿Has dicho «buscar»?

—Pescar.

Me estremecí. La idea de que nos pescaran, cautivos dentro del agua, me condujo a la terrible conclusión: los otros, los del lado del sol, eran los vivos, las únicas criaturas humanas.

—Hermano, ¿es verdad que estamos muertos?

—Sólo lo saben los vivos, hermano. Sólo ellos.

Sin embargo, el accidente en el arroyo no me amilanó. Al contrario: seguí acudiendo a la curva del río y, en el remanso de las aguas, me dejaba hundir. Y pasaba ratos infinitos, con los ojos deslumbrados, visitando el otro lado del mundo. Mi padre nunca lo supo, pero fue allí, más que en ningún otro lugar, donde perfeccioné el arte de afinar silencios.

# Mi padre, Silvestre Vitalício

[...]

Viviste en el reverso

Viajante incesante de lo inverso

Exento de ti mismo

Viudo de ti mismo

[...]

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Conocí a mi padre antes de conocerme a mí mismo. En parte, yo soy como él. Sin la presencia de una madre, el pecho huesudo de Silvestre Vitalício fue mi único regazo, su vieja camisa fue mi único pañuelo, su hombro delgado fue mi almohada. Un ronquido monocorde fue mi única canción de cuna.

Durante años, mi padre fue un alma dulce, sus brazos daban la vuelta a la Tierra y en ellos habitaban los más antiguos sosiegos. Aun siendo él mismo una criatura extraña e imprevisible, yo veía al viejo Silvestre como el único conocedor de verdades, como un solitario adivino de presagios.

Hoy lo sé: mi padre había perdido el norte. Él vislumbraba cosas que nadie más reconocía. Esas apariciones sucedían, sobre todo, durante los grandes vendavales que barren las sabanas en septiembre. El viento era, para Silvestre, una danza de fantasmas. Cuando el viento soplaba, los árboles se convertían en personas, eran muertos que se lamentaban y querían arrancar sus propias raíces. Así hablaba Silvestre Vitalício, enclaustrado en su cuarto, atrincherado tras puertas y ventanas, esperando a que volviera la bonanza.

—El viento está lleno de males; el viento es, todo él, una enfermedad contagiosa.

Durante esos días de tempestad, el viejo no permitía a nadie salir de su cuarto. Me convocaba para que permaneciera a su lado y, en vano, yo intentaba alimentar silencios. Nunca fui capaz de tranquilizarlo. En el rumor del follaje, Silvestre oía motores, trenes, ciudades en movimiento. Todo cuanto quería olvidar le llegaba con el silbar de las ráfagas entre las ramas.

—Pero, padre —aventuraba yo—, ¿de qué tiene miedo?

—Yo soy un árbol —explicaba.

Sí, un árbol, pero desprovisto de sus raíces naturales. Estaba anclado en suelo extraño, en ese país fluctuante que había inventado para él mismo. El miedo a las apariciones fue empeorando con el tiempo. De los árboles se extendió a los rincones nocturnos y al vientre de la Tierra. Llegó un momento en que mi padre ordenó que, a la hora de ponerse el sol, se tapara la abertura del pozo. Por aquella boca abierta podían emerger criaturas horribles y malintencionadas. La visión de monstruos eclosionando del suelo me daba escalofríos.

—Padre, ¿qué cosas pueden salir del pozo?

Cosas que yo desconocía, como ciertos reptiles que excavan los túmulos de los difuntos y llevan restos de la propia Muerte en dientes y uñas. Esos lagartos escalan por las paredes húmedas de los pozos, invaden el sueño y mojan las sábanas de los adultos.

—Por eso no puedes dormir cerca de mí.

—Pero tengo miedo, padre. Sólo quería que me dejara dormir en su cuarto.

Mi hermano nunca dijo nada sobre mi pretensión de dormir junto a nuestro padre. A altas horas de la noche, él me veía avanzar, furtivo, por el pasillo, y detenerme a la entrada prohibida del cuarto paterno. Eran muchas las veces que Ntunzi venía a recogerme, ya dormido, tirado como un harapo en el suelo frío.

—Ve a tu cama, que nuestro padre no puede encontrarte ahí echado.

Yo me limitaba a seguirlo, demasiado aturdido para agradecerse. Ntunzi volvía a llevarme a la cama; una vez, me tomó de la mano para decirme:

—¿Tú crees que tienes miedo? Pues que sepas que nuestro padre tiene mucho más miedo.

—¿Nuestro padre?

—Nuestro padre no te quiere en su cuarto, ¿y sabes por qué? Porque le aterra que lo sorprendan hablando en sueños.

—¿Hablando de qué?

—De cosas inconfesables.

Doña Dordalma, nuestra madre ausente, volvía a ser la causa de todas las rarezas. En lugar de desvanecerse en el pasado, se inmiscuía en los resquicios del silencio, en las cavidades de la noche. Y no había manera de enterrar a aquel fantasma. Su misteriosa muerte, cuya causa e indicios se desconocían, no se la había llevado del mundo de los vivos.

—Padre, ¿mamá murió?

—Cuatrocientas veces.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho: cuatrocientas veces. Vuestra madre murió, está muerta del todo, como si nunca hubiera estado viva.

—¿Y dónde está enterrada?

—Está enterrada en todas partes.

Tal vez fuera eso: mi padre había vaciado el mundo para poder llenarlo con sus invenciones. Al principio, todavía nos fascinaba con las aves que, de súbito, surgían de sus palabras y ascendían como el humo.

—¿Queréis saber cómo es el mundo?

Nuestros ojos respondían solos. Sí, ansiábamos saber, como si de ello dependiera el suelo que pisábamos.

—Pues el mundo, hijos míos...

Y hacía una pausa, balanceando la cabeza como si las ideas le pesaran ahora en un lado, ahora en el otro. Luego se levantaba y repetía con voz grave y cavernosa:

—El mundo, hijos míos...

Al principio, aquella vacilación me asustaba. Quizá mi padre no sabía qué responder, lo cual era una debilidad que yo difícilmente podía soportar. Silvestre Vitalício lo sabía todo, y ese saber absoluto era la casa que me guarecía. Él era quien daba nombre a las cosas, él era quien bautizaba a los árboles y las serpientes, él era quien predecía vendavales y crecidas. Mi padre era el único Dios que conocíamos.

—De acuerdo, os lo merecéis, voy a contaros cómo es el mundo...

Mi padre suspiraba, y yo suspiraba también: al fin había recuperado la palabra y, con su lucidez, yo recuperaba la seguridad bajo mis pies.

—La cuestión es simple, hijos míos: el mundo ha muerto, no queda nada más allá de Jesusalén.

—¿No habrá quedado allí alguna mujer? —preguntó una vez mi hermano.

Silvestre alzó las cejas. Ntunzi matizó sus palabras, pues sabía que la pregunta era provocadora: sin mujeres no habría dónde poner la simiente. Con una reacción casi infantil, mi padre alzó los brazos y se cubrió la cabeza. Ntunzi repitió la frase como si rascara un vidrio con las uñas.

—Sin mujeres no habría dónde poner la simiente...

La aspereza de Silvestre confirmó una prohibición antigua, si bien jamás enunciada: las mujeres eran un tema prohibido, más prohibido que el rezo, más pecaminoso que las lágrimas o el canto.

—No quiero hablar de eso. Aquí no entran mujeres, y no quiero oír ni una palabra más...

—Tranquilo, papá, sólo quería saber...

—En Jesusalén no se habla de eso. Las mujeres son todas..., todas unas putas.

Nunca le habíamos oído pronunciar aquella palabra. Pero fue como si hubiera desatado un nudo. A partir de entonces, el término «puta» pasó a ser, entre nosotros, otra forma de decir «mujer». Y si, inadvertidamente, Aproximado mencionaba algún asunto relacionado con mujeres, el viejo se arrastraba por toda la casa vociferando:

—¡Son todas unas putas!

Aquel comportamiento decadente demostraba, para Ntunzi, el creciente desatino que sufría Silvestre Vitalício. Yo, en cambio, pensaba que mi padre sufría, como mucho, de un mal pasajero. Debido a esa enfermedad, en pleno invierno, cuando las nubes se volvían estériles, empezamos a excavar el duro suelo para abrir pozos ciegos y secos.

Al final del día, nuestro padre inspeccionaba aquellas cuevas raquílicas, labradas entre terrones y cascajos. Para cerciorarse de la eficacia de la obra, procedía a la siguiente inspección: ataba de los pies a Ntunzi con una cuerda larga y lo hacía descender por la garganta de piedra. Los demás contemplábamos con aprensión cómo se lo tragaban las profundidades en el último contacto con el mundo de los vivos. La cuerda, tensa entre las manos de Silvestre, era el revés de un cordón umbilical. Luego mi padre izaba y rescataba a mi hermano hacia la superficie y, a continuación, nos

acercábamos a la entrada de otro agujero. Terminábamos el día exhaustos, cubiertos de arena, con el pelo encrespado por el polvo. De vez en cuando todavía osaba preguntarle:

—¿Por qué cavamos, padre?

—Para que Dios lo vea. Sólo para que Él lo vea.

Pero Dios no lo veía: nuestro lugar estaba demasiado lejos. El caldo divino no se derramaba por aquellos orificios de la bullente olla del suelo. Silvestre quería afeer la obra del Creador, como aquel marido celoso que deformó el rostro de su mujer para que nadie más gozara de su belleza. La explicación, sin embargo, era muy distinta: los pozos eran trampas.

—¿Trampas? ¿Y para qué animales?

—Una clase de animales, procedentes de muy lejos. Ya oigo a esos canallas merodeando por los alrededores.

Cualesquiera que fueran sus motivos de desconfianza, sabíamos que la explicación no iría más allá. Entonces, un vago sentimiento de que algo inevitable se avecinaba empezó a dominar al viejo Vitalicio. Las órdenes que recibíamos eran cada vez más polémicas. Por ejemplo, mi hermano, Zacaria Kalash y yo empezamos a barrer los senderos por orden de Silvestre. El verbo «barrer» sólo tenía sentido en la lengua de nuestro padre. Porque era un barrer al revés: en vez de limpiar los caminos, esparcíamos sobre ellos polvo, ramas, piedras, semillas... ¿Y qué hacíamos en realidad? En los senderos incipientes truncábamos cualquier amago de prosperar y, así, devenir caminos. De este modo, anulábamos el embrión de cualquier posible destino.

—¿Por qué hacemos desaparecer el camino, padre?

—Nunca he visto un camino que no sea triste —respondió sin apartar la vista de las varas con las que trenzaba un cesto.

Y como no disuadió a mi hermano, que dio a entender que no estaba contento con la respuesta, mi padre añadió argumentos. No había más que ver las cosas que un camino traía.

—Nos trajo al tío Aproximado y sus encargos —dijo mi hermano.

Silvestre hizo como si no le hubiera oído e, impasible, prosiguió:

—Esperas: eso trae un camino. Y las esperas te hacen envejecer.

Y, así, volvíamos a quedar aprisionados bajo nubes secas y cielos avejentados. A pesar de la soledad, no podíamos quejarnos del ocio. Nuestro día a día se regulaba con la salida y la puesta del sol.

Los ciclos de la luz y el día eran un asunto serio en un mundo en el que se había perdido la noción del calendario. Todos los días, el viejo nos examinaba los ojos, fijándose en las pupilas. Quería confirmar que habíamos asistido a la salida del sol. Tal era la primera obligación de un ser vivo: ver surgir al astro creador. Por la luz que permanecía en nuestros ojos, Silvestre Vitalicio sabía cuándo mentíamos y nos habíamos quedado más de lo debido entre las sábanas.

—Esa pupila está impregnada de noche.

Al final del día las obligaciones eran otras, aunque igual de sagradas. Llegado el momento de desvestirnos, Silvestre preguntaba:

—¿Ya has abrazado a la tierra, hijo?

—Ya la he abrazado, padre.

—¿Con los brazos abiertos sobre el suelo?

—Con un abrazo como el que nos enseñó a dar, padre.

—Entonces ya te puedes acostar.

Por regla general, él se recogía temprano; no resistía despierto hasta el atardecer. Nosotros lo acompañábamos al cuarto y, de pie, esperábamos a que se acomodara en la cama. Con la voz pastosa, sacudía vagamente la mano y decía:

—Ya os podéis ir. Ya empiezo a salir del cuerpo.

Y al instante se dormía. Entonces se producía el milagro familiar: las velas se encendían solas por los rincones de la casa. Más tarde, cuando ya me había acostado, escuchaba el soplo de Ntunzi, inaugurando el reino de los búhos y las pesadillas. De vez en cuando, a mi hermano le daba por andar como un sonámbulo, exclamando con una voz ajena a la suya:

—¡Mateus Ventura, arderás en la profundidad de los infiernos!

Hasta dormido se enfrentaba mi hermano mayor a la autoridad paterna. Aquel nombre, Mateus Ventura, se contaba entre los secretos indecibles de Jesusalén. En realidad, Silvestre Vitalício solía tener otro nombre. Antes se llamaba Ventura. Cuando nos trasladamos a Jesusalén, mi padre nos dio otros nombres. Y así, rebautizados, volvimos a nacer. Y nos liberamos algo más del pasado.

El cambio de nombres no fue una decisión tomada a la ligera. Silvestre preparó un ritual con pompa y ceremonia. Tan pronto cayó el sol, Zacaria empezó a tocar un tambor y a decir en voz alta una incomprensible letanía. Mi tío, mi hermano y yo nos concentramos en una plazuela. Esperamos de pie y en silencio a conocer el motivo de la convocatoria. Entonces, envuelto en una sábana, Silvestre Vitalício hizo entrada en la plaza. Cargando un listón, avanzó con porte de profeta hasta el crucifijo. Clavó la pieza de madera en la tierra, y entonces entendimos que aquello era una tablilla donde había esculpido un nombre en bajorrelieve. Abriendo los brazos, mi padre proclamó:

—Éste es el último país y se llamará Jesusalén.

A continuación pidió a Zacaria que le llevara una tina con agua. Esparció unas gotas sobre la tierra, pero luego se arrepintió. No quería dar de beber a los difuntos. Con el pie removiό la arena mojada hasta que no quedó ni rastro de aquélla. Rectificado el lapsus, anunció en un tono de voz grave:

—Ahora, pasemos a la ceremonia del desbautismo.

Y nos convocó uno a uno.

Sucedió de la siguiente manera: Orlando Macara (nuestro querido tío madriño) pasó a ser el tío Aproximado. Mi hermano mayor, Olindo Ventura, pasó a llamarse Ntunzi. El ayudante Ernestinho Sobra fue renombrado como Zacaria Kalash. Y

Mateus Ventura, mi atribulado progenitor, se convirtió en Silvestre Vitalício. Sólo yo conservé el mismo nombre: Mwanito.

—Éste aún está naciendo —así justificó mi padre que yo conservara mi nombre.

En voz alta, Silvestre reveló que yo tenía varios ombligos, que había nacido innumerables veces, todas ellas en Jesusalén. Y en Jesusalén se produciría mi último parto. El mundo del que habíamos huido, el Otro-Lado, era tan triste que no daban ganas de nacer.

—Aún no he conocido a nadie que haya nacido por gusto. Puede que Zacaria...

Sólo se rió el mismo Kalash. Y sería el propio Zacaria quien, por disposición superior, registraría oficialmente nuestros nuevos nombres.

—Inscribe a los habitantes en el censo de población, escríbelo todo en esa madera —ordenó mi padre, entregándole un viejo puñal.

Titubeante, Zacaria se colocó, agachado, de manera que el listón se sostuviera entre sus piernas, pero antes de ponerse a registrar los nombres transcurrieron unos momentos; se pasaba el puñal de un dedo a otro, de una mano a la otra.

—Disculpe, Vitalício. ¿Tengo que inscribir o escribir?

—Escribe lo que voy a dictarte.

Y Zacaria Kalash trazó con esmero, en bajorrelieve, como si cada letra fuera una herida sobre un cuerpo vivo. De vez en cuando levantaba el puñal.

—¿«Vitalício» con una «v» simple?

En ese momento, el tío Aproximado interrumpió la ceremonia y pidió a Silvestre que, si el asunto era serio, al menos recordara a los antepasados para nombrar a sus hijos. Siempre había sido así, generación tras generación.

—Deja descansar en paz a nuestros abuelos poniéndoles sus nombres a los niños. Protege a esos chiquillos.

—Si no hay pasado, tampoco hay antepasados.

Contrariado, Aproximado abandonó la ceremonia. Ntunzi siguió a nuestro tío, dejándome solo, sin saber qué hacer. Sentado a mis pies estaba el militar, buscando en el alto cielo la solución a sus dudas ortográficas. Ceremonioso, Silvestre aflojó la presión de la sábana que le rodeaba el cuello y afirmó:

—Somos cinco personas, pero sólo hay cuatro demonios. A ti —dijo, señalándome— te falta un diablo. Por eso no te falta un nombre... Basta con llamarte así: *mwana*, Mwanito<sup>[1]</sup>.

Esa noche me costó dormir debido a la luz de la luna. Las recientes palabras de mi padre sobre mi nacimiento incompleto resonaban en mi interior. Y me vino a la mente que yo era el culpable de mi propia orfandad. Mi madre había muerto, no porque hubiera dejado de vivir, sino porque había separado su cuerpo del mío. Todo nacimiento es una exclusión, una mutilación. De ser por mí, todavía sería parte de su cuerpo, la misma sangre nos bañaría. Se le llama «parto». Pero sería más apropiado llamarlo «partida». Y yo quería enmendar esa partida.

La guerra nos robó recuerdos y esperanzas. Pero, extrañamente, la guerra fue lo que me enseñó a leer, a interpretar las palabras. Me explicaré: las primeras letras que descifré fueron las de las etiquetas pegadas en las cajas de material bélico. El cuarto de Zacaria Kalash, en la parte de atrás del campamento, era un auténtico polvorín. El «Ministerio de la Guerra», como lo llamaba mi padre. Cuando llegamos a Jerusalén, ya había armas y municiones guardadas allí. Zacaria escogió aquella estancia para instalarse. En esa misma choza, el militar me sorprendió descifrando las etiquetas de los contenedores.

—Eso no se lee, chiquillo —me amonestó el combatiente.

—¿No se lee? Pues parecen letras...

—Lo parecen, pero no lo son. Eso es ruso, y ni los rusos saben leer la lengua rusa...

Con ademán brusco, Zacaria rompió las etiquetas. Después me entregó otras que cogió de un cajón y que, según él, contenían la traducción que el Ministerio de Defensa había hecho de los originales en ruso.

—Lee sólo estos papeles, que están en simple portugués.

—Enséñame a leer, Zaca.

—Si quieres aprender, aprende solo.

¿Que aprendiera solo? Imposible. Aunque más imposible sería esperar que Zacaria me enseñara algo. Él conocía las órdenes de mi padre: en Jerusalén no entraban libros, ni cuadernos, ni nada que tuviera que ver con la escritura.

—Pues yo te enseñaré a leer.

Fue lo que Ntunzi me dijo más tarde. Me negué. Era demasiado arriesgado. Mi hermano ya me había enseñado a ver por primera vez, en el río, el Otro-Lado del mundo. No quería imaginarme cómo podía reaccionar el viejo Silvestre si se enteraba de las transgresiones de su primogénito.

—Yo te enseñaré a leer —repitió ostensiblemente.

Y así empezaron las primeras lecciones. Unos aprenden con cartillas en aulas. Yo me inicié deletreando recetas de guerra. Mi primera escuela fue un polvorín. Las clases se desarrollaban en la penumbra del almacén, durante los largos ratos en que Zacaria se ausentaba para ir a pegar tiros por el campo.

Ya sabía unir palabras, y tejer frases y párrafos. Pronto advertí que, en vez de leer, tenía tendencia a entonar, como si ante mí hubiera un pentagrama. No leía: cantaba, redoblando así la desobediencia.

—¿No te da miedo que nos pillen, Ntunzi?

—Lo que tiene que darte miedo es no saber. Cuando ya sepas leer, te enseñaré a escribir.

Al poco tiempo empezaron las lecciones clandestinas de escritura. Con un dedo menudo, garabateaba sobre la arena del patio y, fascinado, sentía que el mundo

renacía como la sabana después de las lluvias. Al poco entendí las prohibiciones de Silvestre: la escritura era un puente entre épocas pasadas y épocas futuras, épocas que, en mi caso, nunca llegaron a existir.

—¿Y éste es mi nombre?

—Sí. Pone M-w-a-n-i-t-o. ¿No lo lees?

Nunca se lo dije a Ntunzi, pero para entonces tenía la impresión de que no aprendía con él. Mi verdadera profesora era Dordalma. Cuanto más descifraba las palabras, más cuerpo y voz adquiría mi madre en sueños. El río me permitía ver el Otro-Lado del mundo. La escritura me devolvía el rostro perdido de mi madre.

En la siguiente visita de Aproximado, Ntunzi le quitó el lápiz que usaba para anotar nuestros encargos. Con ceremonia, mi hermano hizo girar el lápiz sobre la punta de los dedos y dijo:

—Escóndelo bien. Ésta es tu arma.

—¿Y dónde escribo? ¿Escribo en el suelo? —le pregunté, sin dejar de susurrar.

Ntunzi respondió que él ya había pensado en aquello, y se retiró. Poco después volvió a aparecer con una baraja de cartas.

—Éste será tu cuaderno escolar. Si el viejo aparece, fingiremos que estamos jugando a las cartas.

—¿Y tengo que escribir sobre la baraja?

—¿Hay más papel por aquí?

—Pero ¿con la baraja con la que jugamos?

—Precisamente: así papá nunca desconfiará. Ya hacemos trampas en el juego. Ahora haremos trampas en la vida.

Y así fue como estrené mi propio diario. Y así fue también como ases y sotas, reinas y reyes, doses y malillas pasaron a compartir mis secretos. Los minúsculos garabatos rellenaron copas, bastos, oros y espadas. En esas cincuenta y dos cartulinas vertí una infancia de quejas, esperanzas y confesiones. En el juego, siempre perdía con Ntunzi.

Todas las noches, después de mis anotaciones envolvía la baraja de cartas y la enterraba en el patio. Regresaba al cuarto y me quedaba mirando con envidia el rostro dormido de Ntunzi. Yo ya había aprendido a vislumbrar las líquidas luces del río, ya sabía viajar sobre las letras como si cada una fuera un camino infinito. Pero aún tenía que soñar y recordar: yo quería ese barco que conducía a Ntunzi a los brazos de nuestra difunta madre. Una vez, la rabia acumulada se desató.

—Papá dice que es mentira, que tú no sueñas con mamá.

Ntunzi me miró con pena, como si yo fuera un desvalido y me hubieran mutilado el órgano de soñar.

—¿Quieres soñar? Pues tendrás que rezar, hermanito.

—¿Rezar? Pero ¿no sabes que papá...?

—¡Olvídate de papá! Y reza si quieres soñar.

—Pero es que nunca he rezado. Ni sé cómo se hace...

—Dame una de las cartas, que te escribiré una oración para que te la aprendas de memoria. Ya verás como después empiezas a soñar.

Desenterré la baraja y le tendí un as de diamantes. En torno al rombo rojo tendría espacio suficiente para escribir sus palabras sagradas.

—Ésa no; mejor dame una reina. Es que es una oración a la Virgen.

Guardé aquella carta como el bien más valioso que poseería en toda mi vida. Cuando me arrodillaba junto a la cama, mi corazón decía con torpeza aquella sencilla oración. Hasta que un día el militar Zacaria me sorprendió con aquella letanía en los labios.

—¿Estás cantando, Mwanito?

—No, Zaca. Es ruso que he aprendido de las etiquetas que no arrancaste.

Mi mentira no fue consistente. Y es que Zacaria nos espiaba por orden de mi padre. Fuimos convocados de inmediato. Mi padre ya tenía preparada la acusación contra Ntunzi:

—Tú has enseñado a rezar a tu hermano pequeño.

Presintiendo la violencia de mi padre, acudí en ayuda de mi hermano:

—He aprendido sin que Ntunzi lo supiera.

—¡Aquí no reza nadie!

—Pero, padre, ¿qué mal hay en rezar? —preguntó Ntunzi.

—Rezando se invocan visitas.

—Pero ¿qué visitas, si no hay nadie más en el mundo?

—Está el tío... —rectifiqué, contemporizador.

—Cállate. ¿Quién te ha mandado hablar? —me gritó Ntunzi.

El viejo Silvestre sonrió, satisfecho por la actitud desesperada del hijo mayor. No le hacía falta intervenir, estaba castigando a su hijo de otro modo. Ntunzi advirtió la satisfacción paterna y respiró hondo para controlarse. Cuando volvió a hablar había cambiado el tono de voz.

—¿Quién va a visitarnos? Díganos, padre.

—Algunas visitas llegan sin que las percibas. Son ángeles y demonios que vienen sin pedir permiso...

—¿Ángeles o demonios?

—Sean ángeles o demonios, la diferencia no reside en ellos, sino en nosotros.

El brazo alzado de Silvestre no daba margen para la duda: la conversación había traspasado los límites. Había quedado claro: nunca más habría oraciones. Punto final; era una resolución única e indiscutible.

—¡Y tú! —exclamó mi padre, señalándome—: No quiero oírte llorar otra vez.

—¿Cuándo he llorado yo, padre?

—Ahora mismo; estabas lloriqueando.

Se estaba retirando cuando Ntunzi quiso decir la última palabra. Enfrentándose a los ojos abiertos de Silvestre, mi hermano inquirió:

—¿Ni rezar ni llorar?

—Rezar y llorar vienen a ser lo mismo.

• • •

A la noche siguiente me despertó el rugido de los leones. Estaban cerca, acaso rondaban por el corral. En la oscuridad del cuarto me abracé a mí mismo para dormirme. Ntunzi dormía a pierna suelta y yo, incapaz de dominar el miedo, fui a buscar abrigo bajo la cama de mi padre. En aquella clandestina intimidad, abrazado al frío del suelo, me dormí con sus ronquidos. Pero al poco rato me sorprendió, y me expulsó con severidad.

—Padre, por favor, déjeme dormir sólo una vez cerca de usted.

—Donde se duerme cerca de otros es en el cementerio.

Regresé a mi cama, desprotegido; los rugidos felinos se oían más cerca todavía. En aquel momento, indefenso, tropezando por la oscuridad, odié por primera vez a mi viejo. Cuando me arrojé en la cama, la furia me hervía en el pecho.

—¿Lo matamos?

Ntunzi estaba apoyado en la cama sobre el codo y esperaba mi respuesta. Esperó en vano. La voz se me había ahogado en la garganta. Él insistió:

—Ese cabrón mató a nuestra madre.

Sacudí la cabeza con un movimiento desesperado de negación. No quería oírlo. Y deseé que los rugidos de los leones volvieran a oírse y se superpusieran a la voz de mi hermano.

—¿No te lo crees?

—No —murmuré.

—¿No lo crees viniendo de mí?

—Tal vez.

—¿Tal vez?

Ese «tal vez» me sobró como un peso en la conciencia. ¿Cómo podía admitir la posibilidad de que mi padre fuera un asesino? Durante mucho tiempo traté de mitigar esa culpa. E imaginé atenuantes: si algo así había sucedido, seguramente mi padre había actuado contra su voluntad. Quizás había sido en legítima defensa. O quizás había matado por amor y, al cometer el crimen, una mitad de sí mismo había muerto.

Es cierto que, desde el trono absoluto de su soledad, mi padre podía no atender a la razón, huido del mundo y de los demás, pero no podía escapar de sí mismo. Quizá fuera esa desesperación lo que le hacía entregarse a una religión personal, a una interpretación muy particular de lo sagrado. En general, la labor de Dios es perdonar nuestros pecados. Para Silvestre, la existencia de Dios servía para culparnos por los pecados humanos. En esa fe inversa no había rezos ni rituales: una simple cruz a la entrada del campamento orientaba la llegada de Dios a nuestro lugar. Así como la placa de bienvenida que había sobre el crucifijo: «¡Sea bienvenido, ilustre visitante!».

—Es para que Dios sepa que ya le hemos perdonado.

La esperanza de una aparición divina suscitaba en mi hermano una sonrisa de desdén:

—¿Dios? Estamos tan lejos que Dios se perderá por el camino.

• • •

A la mañana siguiente, de camino al río, fuimos sorprendidos no por criaturas celestiales, sino por mi padre, que apareció resoplando de furia. Traía con él a Zacaria Kalash, que se mantuvo al margen mientras Silvestre se disponía a dejarse llevar por la violencia.

—Ya sé qué andáis haciendo en el río. Los dos, desnudos...

—No hacemos nada, padre —negué, extrañado por la insinuación.

—No te metas, Mwanito. Vete a casa con Zaca.

Por encima de mi llanto, alcancé a oír los golpes que Silvestre propinaba a su propio hijo. Incluso Kalash sugirió que volviéramos atrás. Pero al final me empujó para entrar en mi cuarto. Esa noche Ntunzi durmió atado en el corral. Cuando amaneció estaba enfermo, con una fiebre muy alta. Zacaria fue quien atravesó la oscuridad para llevarlo en brazos a nuestra habitación; Ntunzi estaba a las puertas de su propio fin. La luz del día aún era tenue; yo oía los pasos afligidos de Silvestre, Zacaria y el tío Aproximado por el cuarto. Avanzada la mañana, ya no pude seguir fingiendo que dormía. Ntunzi, mi único hermano, el único vecino de mi infancia, se estaba alejando hacia el más allá. Salí de la habitación y, provisto de una vara, me puse a escribir sobre la arena de la plaza, alrededor de la casa. Y escribí. Escribí frenéticamente, como si quisiera ocupar todo el paisaje con mis garabatos. El suelo de alrededor iba convirtiéndose en una página sobre la que sembraba la espera de un milagro. Era una súplica a Dios, para que apresurara su venida a Jerusalén y salvara a mi pobre hermano. Exhausto, acabé durmiéndome sobre mis propios garabatos.

Ya era pleno día cuando Zacaria Kalash me despertó tirándome del codo.

—Tu hermano está ardiendo. Ayúdame a llevarlo al río.

—Perdona, Zacaria, pero ¿no sería mejor que te ayudara mi padre?

—No digas nada, Mwanito. Yo sé lo que hago.

El río era el último recurso para curarlo. Entre el militar y yo subimos a Ntunzi a una carretilla; sus piernas bamboleantes ya parecían haber muerto. Zacaria sumergió el cuerpo inerte de mi pobre hermano en las aguas del río; lo sacó y volvió a hundirlo siete veces en la corriente. Con todo, Ntunzi no mejoró, ni la fiebre dejó de quemar su cuerpo languidecido.

Ante el previsible desenlace, el tío Aproximado quiso llevar al niño a un hospital de la ciudad.

—Te lo ruego, hermano Silvestre. Vuelve a la ciudad.

—¿Qué ciudad? No hay ninguna ciudad.

—Acaba con esto. Esta locura no puede durar más tiempo.

—No hay nada que acabar.

—Ya conoces el dolor de quedar viudo. Pero no soportarías la muerte de un hijo.

—Déjame solo.

—Si él se muere, nunca volverás a estar solo: su muerte será tu segunda mala compañía...

Silvestre a duras penas pudo contenerse. Su cuñado había ido demasiado lejos. Mi padre se agarró con tal fuerza a los brazos de la silla que, más que arrancarlos, parecía estar uniéndolos al asiento. Al poco, desinfló el pecho con un largo suspiro:

—Dime, querido Orlando, y además cuñado: ¿ya te has lavado al entrar en Jesusalén?

—No pienso responderte.

—Porque esa enfermedad que sufre Ntunzi la has traído tú.

Dicho esto, levantó al tío por el cuello y lo sacudió. ¿Sabía aquel pariente suyo por qué, hasta ese momento, la familia había estado a salvo de fieras, serpientes, enfermedades y accidentes? La razón era simple: porque en Jesusalén no había muertos, no había riesgo de tropezar con una losa, ni de oír el llanto de un viudo o el lamento de un huérfano. Allí no existía la nostalgia de nada. En Jesusalén, la Vida no tenía que pedir disculpas a nadie. Del mismo modo que él tampoco se sentía obligado a dar más explicaciones en aquel momento.

—Ya puedes volver a la podredumbre de la ciudad. Vete de aquí.

•••

Aproximado todavía durmió con nosotros esa noche. Antes de que se durmiera, me acerqué a su cama decidido a hacerle una confesión:

—Tío, creo que la culpa es mía.

—¿La culpa de qué?

—Yo hice enfermar a Ntunzinho.

Mi culpa consistía en lo siguiente: yo había secundado su deseo de matar a nuestro padre. Aproximado posó su mano rolliza sobre mi cabeza y me sonrió con bondad:

—Voy a contarte una historia.

Y me habló de cierto padre que no sabía medir el amor por su hijo. Una vez hubo un incendio en la casita donde vivían. El hombre cogió al niño en brazos y se alejó del lugar de la tragedia, adentrándose en la noche. Debió de rebasar los confines de este mundo, porque cuando fue a dejarlo en el suelo, advirtió que no había tierra, sólo vacío entre vacíos, nubes despedazadas entre demasiados cielos. Así que el hombre concluyó para sí:

—Ahora mi hijo sólo hallará suelo en mis brazos.

Ese niño jamás supo que el inmenso territorio en el que luego vivió, creció y tuvo hijos era el regazo de su viejo progenitor. Muchos años después, al cavar la sepultura

del padre, éste llamó al hijo.

—¿Ves la tierra, hijo? —le dijo—. Parece arena, piedras y terrones. Pero son brazos y abrazos.

Acaricié la mano de mi tío y regresé a mi cama, pero no pegué ojo en toda la noche. Estaba pendiente de la respiración pesada de Ntunzi. Fue entonces cuando advertí que volvía a la vida. De súbito, sus manos tantearon la oscuridad en busca de algo. Y luego soltó un gemido, casi previsible:

—¡Agua!

Acudí a él conteniendo la emoción. Aproximado se despertó y encendió una linterna. Luego el foco de luz se desvió de nosotros para alejarse, errando por el pasillo. Momentos después, los tres adultos entraron en la habitación y se precipitaron sobre la cama de Ntunzi. La mano trémula de Silvestre buscó el rostro de su hijo, y notó que ya no tenía fiebre.

—El río lo ha salvado —exclamó Zacaria.

El militar se arrodilló junto al lecho y tomó la mano de Ntunzi. Los otros dos adultos, Aproximado y Silvestre, se quedaron de pie, desafiándose en silencio. De repente, se abrazaron. La linterna cayó al suelo, de manera que sólo se veían sus piernas dando pasos nerviosos adelante y atrás. Parecía un baile torpe entre dos ciegos. Por primera vez Silvestre trató a su cuñado de hermano:

—Perdóname, hermano.

—Si mi sobrino muriera, no tendrías dónde vivir...

—Sabes de sobra que yo cuido muy bien de estos críos. Mis hijos son mi última vida.

—Pero así no les ayudas.

No se ayuda a un pájaro a volar sujetándole las alas. El pájaro vuela cuando simplemente le dejan ser pájaro. Así habló el tío Aproximado. Y luego se fue, engullido por la oscuridad.

# Mi hermano, Ntunzi

No me busques allí  
Donde los vivos visitan  
A los que llaman muertos.  
Búscame dentro de las grandes aguas.  
En las plazas,  
En un fuego corazón,  
Entre caballos, perros,  
En los arrozales, en el arroyo,  
O junto a los pájaros  
O reflejada en otro,  
Subiendo un duro camino.

Piedra, semilla, sal pasos de la vida.  
Búscame allí.  
Viva.

HILDA HILST

Mi hermano Ntunzi vivía con un único sueño: fugarse de Jerusalén. Él había conocido el mundo, había vivido en la ciudad, recordaba a nuestra madre. Y yo le envidiaba por todo eso. Innumerables veces le pedía que me hablara de ese universo que yo desconocía y, cada vez que lo hacía, se recreaba en los detalles, en los colores y en la iluminación. Ntunzi era mi cine.

Por increíble que parezca, nuestro propio padre lo había animado a practicar el arte de contar historias. Silvestre pensaba que una buena historia era un arma más poderosa que el fusil o la navaja. Pero eso había sido antes de llegar a Jerusalén. En aquella época, ante la queja de conflictos en la escuela, Silvestre animaba a Ntunzi: «Si te amenazan con pegarte, responde con una historia».

—¿Eso te decía? —pregunté, sorprendido.

—Sí, eso mismo.

—¿Y daba resultado? —pregunté.

—Me cansé de recibir.

Sonrió. Pero era una sonrisa triste, pues ¿qué historias podía inventar ahora? ¿Qué historia puede contarse sin lágrimas, sin cantos, sin libros y sin rezos? Mi hermano se apagaba, envejecía a ojos vistas. En una ocasión se lamentó de un modo extraño:

—En este mundo existen los vivos y los muertos. Y luego existimos nosotros, que no vamos a ninguna parte.

Ntunzi sufría porque se acordaba, porque tenía elementos de comparación. Para mí aquella reclusión era menos penosa: nunca había saboreado otras experiencias.

A veces le preguntaba por nuestra madre. Y ése era su momento. Ntunzi se inflamaba como una hoguera con leña seca. Y todo él se encendía, imitando las maneras y la voz de Dordalma, añadiendo siempre alguna que otra revelación.

Cuando, por distracción, dejaba de pedirle esas evocaciones, él no tardaba en

reaccionar:

—Bueno, ¿no me preguntas por mamá?

Y avivaba los recuerdos una vez más. Al final de la representación, Ntunzi decaía, como sucede a los embriagados después de la euforia. Como yo conocía ese triste efecto, interrumpía su representación para preguntarle:

—¿Y las demás, hermano? ¿Cómo son las demás mujeres?

Entonces una nueva luz le brillaba en los ojos. Y Ntunzi daba una vuelta sobre sí mismo, como si se retirara a los bastidores de un escenario imaginario, y regresaba a escena para imitar los gestos femeninos. Se recogía la camisa de una manera que simulaba el volumen de los senos, movía las nalgas y daba vueltas por el cuarto como una gallina tonta. Acabábamos cayendo sobre la cama, muertos de risa.

Una vez Ntunzi me confesó una antigua pasión que tenía, más imaginada que vivida. Y es que no podía ser de otro modo, pues había salido de la ciudad con once años. Ntunzi soñaba con tal ardor con las mujeres que se volvían más reales que las de carne y hueso. Una vez, en esa realidad imaginada, se encontró con una mujer de gran belleza.

Cuando la aparecida le tocó el brazo, al mirarla sintió una fría impresión: la muchacha no tenía ojos. En el lugar de las órbitas había dos vacíos, dos pozos sin paredes ni fondo.

—¿Qué ha pasado con tus ojos? —le preguntó con la voz trémula.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa a mis ojos?

—Bueno, que no los veo.

Ella sonrió, sorprendida por la vergüenza de él. Le dijo que debía de estar nervioso y por eso era incapaz de distinguir con claridad las visiones.

—Los ojos de la persona amada no se ven nunca.

—Entiendo —afirmó Ntunzi, retrocediendo con suma cautela.

—¿Me tienes miedo, Ntunzito?

Ntunzi dio otro paso atrás y cayó a un abismo, y aún hoy sigue cayendo, cayendo, cayendo... Para mi hermano, la enseñanza era clara: la ceguera es el destino de quienes se dejan asaltar por la pasión; entonces se deja de ver a la persona amada. Y, en su lugar, el enamorado se encuentra ante el abismo de sí mismo.

—Las mujeres son como las islas: siempre están lejos, pero ofuscan todo el mar de alrededor.

Para mí, todo aquello era un cúmulo de brumas que sólo espesaba el misterio en torno a la Mujer. Pasaba tardes enteras mirando las reinas dibujadas en las cartas, aunque, si aquellas reproducciones eran fieles a la realidad, los delirios de Ntunzi no tenían ningún fundamento. Porque todas eran igual de masculinas y flacas que Zacaria Kalash.

—A veces las mujeres sangran —dijo mi hermano una vez.

Me extrañé. ¿Sangran? Todos sangramos; ¿por qué Ntunzi aludía a aquella característica?

—La mujer no necesita una herida, nace con ella en su interior.

Cuando se lo pregunté a Silvestre Vitalício, éste respondió: Dios hirió a la mujer. Y añadió: Dios la golpeó cuando Él eligió ser hombre.

—¿Mamá también sangraba?

—No, mamá no.

—¿Ni cuando murió?

—Ni cuando murió.

La visión de un reguero de sangre fluyendo del cuerpo de Silvestre asaltó mis sueños aquella noche. Llovía sangre y el río enrojecía, y mi padre se ahogaba en esa inundación.

Yo me hundía en las aguas para rescatar su cuerpo. Y ese cuerpo cabía en mis brazos, menguado y frágil como el de un recién nacido. En mi interior resonaba la vaga voz de Silvestre:

—Soy varón, pero sangro como las mujeres.

• • •

En una ocasión mi padre entró en el cuarto y sorprendió a mi hermano haciendo teatro, imitando animadamente aquello a lo que él llamaba una «mujer peripuesta». Los ojos de Silvestre se enrojecieron, inyectados en odio:

—¿A quién estás imitando? ¿Eh? ¿A quién?

Y le pegó con tal violencia que mi hermano perdió el sentido. Me puse entre los dos, ofrecí mi cuerpo para aplacar la furia paterna y grité:

—Padre, no haga eso. Ntunzi ha estado a punto de morir tantas veces...

Y era verdad: después de sufrir el violento acceso de fiebre, mi hermano comenzó a tener ataques. Ntunzi empezaba a encorvarse, con la mirada perdida y las piernas vacilantes como las de una bailarina ciega. Entonces yo corría a pedir ayuda, y Silvestre Vitalício se acercaba despacio, repitiendo no sé si una sentencia o un diagnóstico:

—¡Quemadura del alma!

Nuestro viejo padre tenía una explicación para los ataques: exceso de alma. Esta enfermedad se contrae en la ciudad, concluía. Y murmuraba, señalando con el dedo:

—Ahí contrajo tu hermano esa porquería. Ahí, en la maldita ciudad.

La terapia era simple y eficaz. Cada vez que Ntunzi sufría convulsiones, mi padre le ponía las rodillas sobre el pecho y, usando los dedos como filos de cuchillos, aplicaba sobre la garganta una presión creciente. Parecía que fuera a asfixiarlo más aún, pero, de repente, mi hermano se vaciaba como un balón agujereado; el aire fluía a través de sus labios, que emitían un ruido parecido al relincho de la borrica Jezibela. Cuando Ntunzi se vaciaba del todo, mi padre se inclinaba hasta rozarle el rostro, y le susurraba con solemnidad:

—Éste es el soplo de la Vida.

Aspiraba una generosa bocanada de aire y soplaba sobre la boca de Ntunzi. Y cuando mi hermano se agitaba con violencia, Silvestre concluía, triunfal:

—Si es que os he parido yo.

Nunca lo olvidéis, repetía. Su respiración era ahogada y su mirada desafiante cuando reiteraba:

—Puede que vuestra madre os sacara de la oscuridad. Pero yo os he parido más veces que ella.

Y, triunfalmente, se retiraba de nuestro cuarto. Al rato, Ntunzi recuperaba la lucidez y, despacio, se pasaba las manos sobre las piernas como para cerciorarse de que estaban intactas. Y así se quedaba, de espaldas a mí, para recobrar vida. Una vez vi que su espalda se estremecía por la tristeza. Ntunzi lloraba.

—¿Qué ha pasado, hermano?

—Todo es mentira.

—¿Qué es mentira?

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas?

—No me acuerdo de mamá. No consigo acordarme de ella...

Todas las veces que la había representado, con aquellas actuaciones tan vivas, había fingido. Los muertos no mueren cuando dejan de vivir, sino cuando los relegamos al olvido. Dordalma había muerto definitivamente y, para Ntunzi, se había extinguido para siempre el tiempo en que había sido niño, hijo de un mundo que nacía con él.

—Ahora, hermano..., ahora sí que somos huérfanos.

Puede que Ntunzi se sintiera huérfano a partir de aquella noche. Sin embargo, para mí el sentimiento era más soportable: yo nunca había tenido madre. Yo sólo era hijo de Silvestre Vitalicio. Por esta razón no podía ceder a las exhortaciones diarias de mi hermano a odiar a mi padre. Y tenía que desear su muerte tanto como él la deseaba.

• • •

Ya fuera por la enfermedad o por desesperación, Ntunzi cambió su comportamiento. Sin el falso alimento de los recuerdos se amargó, se llenó de hiel. Un ritual empezó a ocupar sus noches: empaquetaba a conciencia sus pocos bienes en una vieja maleta que luego ocultaba detrás de un armario.

—Nunca dejes que nuestro padre la vea.

Temprano, a la mañana siguiente, con la misma maleta ante sus pies, Ntunzi contemplaba largamente un antiquísimo mapa que el tío Aproximado le había regalado en secreto. El dedo índice recorría una y otra vez el papel impreso como una canoa embriagada que navegaba por ríos imaginarios. Después, con sumo cuidado, doblaba el mapa y lo guardaba en el fondo de la maleta.

En una ocasión, cuando cerraba los candados, me atreví a decirle algo.

—¿Hermano?

—No digas nada.

—¿Quieres ayuda?

—¿Ayuda para qué?

—Pues para guardar la maleta...

Subidos en una silla, empujamos la maleta sobre el armario, al tiempo que Ntunzi murmuraba:

—¡Cabrón, viejo asesino!

• • •

Poco después, una noche, enfrascado en la lectura del mapa, Ntunzi se quedó dormido. La prohibida guía de viajes resbaló y se quedó junto a la almohada. Mi padre la encontró allí mismo a la mañana siguiente. La furia de Silvestre nos hizo saltar de la cama.

—¿De dónde ha salido esta porquería?

Silvestre no esperó a oír la respuesta. Rompió el viejo mapa y volvió a romper los trocitos menores, y así sucesivamente, hasta que hubo un momento en que parecía dilacerar sus propios dedos. En el suelo iban cayendo ciudades, sierras, lagos y carreteras de papel. El mapa se desmoronaba sobre el entarimado del cuarto.

Ntunzi se quedó boquiabierto, pasmado, como si estuvieran descuartizando su propia alma. Inspiró hondo y murmuró palabras imperceptibles. Pero mi padre ya salía de la habitación, gritando:

—¡Que nadie toque nada! Zacaria limpiará esa mierda.

Poco después, el militar irrumpió en el cuarto empuñando una escoba. Pero no barrió. Recogió uno a uno los pedacitos de papel y los lanzó al aire como se hace con las caracolas de adivinación<sup>[2]</sup>. Los papeles revolotearon y se esparcieron por el suelo en dibujos caprichosos. Zacaria leyó esos dibujos y, pasado un rato, me llamó:

—Ven, Mwanito, ven a ver...

El militar estaba sentado en medio de una constelación de papelitos de colores. Me acerqué mientras él señalaba con un dedo tembloroso.

—Mira, ésta de aquí es nuestra visita.

—No veo nada. ¿Qué visita?

—Esa que ha de venir.

—No entiendo, Zaca.

—Pronto se acabará la paz en Jerusalén.

• • •

A la mañana siguiente, Ntunzi se despertó con una determinación: huiría aun cuando no hubiera otro lugar donde ir. La última agresión de nuestro padre le había hecho tomar la decisión.

—Me iré. Huiré de aquí para siempre.

La maleta que colgaba de su mano corroboraba lo irrevocable de su propósito. Corrí a cogerlo de la mano y le imploré:

—Llévame contigo, Ntunzi.

—Tú te quedas.

Y se fue, alejándose a paso rápido por el camino. Yo le seguí, llorando, inconsolable, repitiendo entre mocos y sollozos:

—Me voy contigo.

—Tú te quedas. Después vendré a buscarte.

—No me dejes solo, por favor, hermanito.

—Ya está decidido.

Anduvimos durante horas, ajenos a los peligros. Cuando, al fin, llegamos al portalón de salida, me dio un vuelco el corazón. Aterrado, sentí un escalofrío. Nunca nos habíamos aventurado tan lejos. Allí estaba la cabaña donde vivía el tío Aproximado. Entramos: estaba vacía. Por lo que vimos, hacía mucho que allí no vivía nadie. Quise escudriñar el recinto, pero Ntunzi tenía prisa. La libertad estaba allí, a pocos metros. Corrió a abrir los portones de madera.

Cuando el portalón se abrió de par en par, vimos que la tan proclamada carretera no era más que un estrecho camino, casi indistinguible, tomado por el capín y los termiteros. Aun así, para Ntunzi aquel sendero representaba una avenida que atravesaba el centro del universo. Aquel estrecho ramal alimentaba la ilusión de que existiera el Otro-Lado.

—¡Por fin! —suspiró Ntunzi.

Con la palma de la mano tocó la tierra de la misma manera que solía acariciar a las mujeres que, en su teatrillo, había imaginado. De rodillas volví a implorarle:

—Hermano, no me dejes solo.

—Tú no lo entiendes, Mwanito. Voy a un sitio donde no hay nadie. Soy yo el que va a quedarse solo... ¿o es que no crees a tu querido padre?

El tono era sarcástico: mi hermano se vengaba de mí por ser el hijo preferido. Me apartó de un empujón y cerró los portones. Me quedé mirándolo entre las tablas, con los ojos bañados en agua. No asistía solamente a la partida de mi único compañero de la infancia. Una parte de mí se alejaba. Para él, aquello era el principio de los principios. Para mí era un desnacer.

Vi cómo Ntunzi alzaba los brazos en una «v» de victoria, saboreando su momento cual ave que alza el vuelo por primera vez. Para él, aquello era el principio de los principios. Se quedó un rato balanceándose hacia atrás y hacia delante para decidirse, como quien mantiene el equilibrio en el borde de un desfiladero. Bailoteaba de puntillas, aunque más parecía que fuera a darse una zambullida que a dar un paso.

¿Por qué tarda tanto en irse?, me pregunté. Y entonces dudé: quizás quería eternizar aquel instante. O disfrutaba de la felicidad de que hubiera una puerta que había podido cerrar tras de sí.

Sin embargo, sucedió lo siguiente: en lugar de dar el anhelado paso adelante, mi hermano se encorvó como si hubiera recibido un golpe que le hubiera partido las rodillas. Cayó sobre sus propias manos y allí se quedó, a cuatro patas, como un animal. Se arrastraba en círculos, resoplando entre la polvareda.

Al momento, salté la cerca para acudir en su ayuda. Sentí lástima de él: pegado al suelo, Ntunzi había quedado reducido a un par de lágrimas.

—¡Cabrón! ¡Grandísimo hijo de puta!

—¿Qué pasa, hermano? Levántate, vamos.

—No puedo. No puedo.

Intenté levantarlo. Pesaba como un saco de piedras. De modo que así avanzamos, hombro con hombro, arrastrándonos como si lo hiciéramos contra la corriente de un río.

—¡Iré a pedir ayuda!

—¿Qué ayuda?

—Iré a buscar al tío.

—¿Estás loco? Ve a casa y trae la camilla. Yo te espero aquí.

El miedo agranda las distancias. Bajo mis pies, las leguas parecían multiplicarse. Fui al campamento y traje conmigo la carretilla. Tal sería la «camilla» con la que transportaría a mi hermano de vuelta a casa. Sus piernas, huecas y estériles como las de una arañita muerta, colgaron de la carretilla todo el trayecto.

—Yo sé qué ha sido esto... Esto ha sido un maleficio...

Y, en efecto, era un maleficio. Pero no había sido obra de mi padre. Era el peor mal de ojo que podía haber: el que nos echamos a nosotros mismos.

• • •

Mi hermano volvió a enfermar después de la fuga frustrada. Se metió en el cuarto y se acurrucó en la cama bajo una manta que le cubría el cuerpo entero. Estuvo así durante días, con la cabeza oculta bajo la manta. Sabíamos que estaba vivo porque lo veíamos temblar, como si tuviera convulsiones.

Al poco empezó a perder peso, los huesos se le marcaban bajo la piel. Mi padre volvió a mostrar preocupación:

—Dime, hijo, ¿qué te pasa?

Ntunzi respondió con tranquilidad, de una manera tan serena que hasta yo me sorprendí:

—Estoy cansado, padre.

—¿Cansado de qué? Si no haces nada desde que sale el sol hasta que se pone.

—No vivir es lo que más cansa.

Poco a poco se vio claro: Ntunzi estaba en huelga de existencia. Más grave que cualquier enfermedad era esa absoluta renuncia a sí mismo. Esa tarde mi padre permaneció junto a la cama de su primer hijo. Apartó la manta e inspeccionó el resto del cuerpo. Ntunzi sudaba tanto que la sábana goteaba, empapada.

—¿Hijo?

—Sí, padre.

—¿Te acuerdas de que te decía que te inventaras historias? Pues invéntate una ahora.

—No tengo fuerzas.

—Inténtalo.

—Peor que no saber contar historias, padre, es no tener a nadie a quien contárselas.

—Yo escucharé tu historia.

—Usted ya fue en su momento un buen contador de historias, padre. Ahora es una historia mal contada.

Tragué saliva. Pese a estar apagada, la voz de Ntunzi era firme. Y tenía, sobre todo, la serenidad que proporciona el fin. Mi padre no reaccionó. Cabizbajo, se hundió como si también él hubiera abdicado. Uno de nosotros se moriría y sería culpa suya. El viejo Silvestre se levantó y dio unas vueltas por el cuarto, andando en círculos, hasta que nos pareció volver a oír el susurro de Ntunzi:

—Hermano Mwana, hazme un favor... Ve al muro de atrás y traza otra estrellita.

Me puse en camino, sintiendo los pasos de mi padre detrás. Me dirigí a la ruinas del antiguo comedor y apenas me había detenido cuando vi ante mí un enorme muro, que conservaba la negrura chamuscada que queda tras un incendio. En ese paredón, con una piedrecilla, dibujé una estrella. Escuché la voz de mi padre detrás de mí:

—¿Qué rayos es esto?

La oscura pared estaba repleta de miles de estrellitas que Ntunzi trazaba a diario, cual prisionero en la pared de la cárcel.

—Éste es el cielo de Ntunzi: cada estrella es un día.

No estoy seguro, pero me pareció ver que unas lágrimas inesperadas invadían los ojos de mi padre. ¿Acaso se partía un dique en su interior? ¿Acaso brotaban lamentos reprimidos durante años? Nunca lo sabré con certeza. Porque al instante empuñó una pala y, con ella, empezó a raspar el muro. La lámina de metal hacía saltar la capa ennegrecida donde Ntunzi había anotado el paso del tiempo. Silvestre Vitalício se entregó a esta labor destructora. Al terminar, cubierto de manchas oscuras, reemprendió el camino de vuelta como un reptil de escamas negras.

# El tío Aproximado

Alguien dice:

«Antiguamente aquí hubo rosales».

Y entonces las horas

Se alejan, extranjeras,

Como si el tiempo estuviera hecho de esperas.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Cuando nos condujo al campamento hace ocho años, el otrora llamado Orlando Macara no pensaba que su cuñado, el futuro Silvestre, sería fiel a la decisión de exiliarse para siempre de su propia vida. Como tampoco sospechaba que pasaría a llamarse tío Aproximado. Tal vez prefiriera el tratamiento que antes le daban sus sobrinos: tío madriño. Nada de esto pasaba por la cabeza de nuestro pariente cuando nos llevó al coto. Caía la tarde cuando Aproximado se apeó del coche, señaló la extensa selva y dijo:

—Ésta es vuestra nueva casa.

—¿Qué casa? —preguntó mi hermano mientras barría con la mirada el paisaje agreste.

Mi padre, que seguía sentado en el vehículo, lo corrigió:

—Nuestra nueva casa no. Nuestro nuevo país.

Al principio, el tío incluso vivía con nosotros. Su estancia duró unas cuantas semanas. Antiguo guardabosques, Aproximado se había quedado sin empleo al estallar la guerra. Ahora que ya ni mundo existía, tenía tiempo de sobra que emplear donde quisiera. Por eso, durante la época que pasó con nosotros se dedicó a construir y reconstruir el casar: reparó puertas, ventanas y techos, cambió de lugar chapas de zinc y limpió de maleza los alrededores del campamento. A la sabana le gusta mucho comer casas, deshumanizar castillos. La gran boca de la tierra ya había devorado parte de las habitaciones, y en las paredes se abrían grietas profundas como cicatrices. Mataron decenas de serpientes dentro y en las inmediaciones de aquellas casas en ruinas. El único edificio que no se rehabilitó fue la casa de la administración, que ocupaba el centro del campamento. Esa residencia —a la que pasamos a llamar «la casa grande»— estaba encantada. Decían que allí había sido asesinado el último portugués que dirigía el coto. Había muerto dentro del edificio, y los huesos aún debían de yacer entre el mobiliario decadente.

Durante esas primeras semanas, mi viejo se hallaba en un estado apático, ajeno al intenso ajetreo a su alrededor. Sólo se ocupaba de un quehacer: construir un enorme crucifijo en la pequeña plaza frente a la casa grande.

—Es para que nadie más entre.

—Pero ¿no dice usted que somos los últimos hombres sobre la Tierra?

—No me refiero a los vivos —precisó.

En cuanto colocó la tablilla sobre la cruz, nuestro padre nos convocó a todos y ofició la ceremonia de nuestro rebautismo. Fue entonces cuando Orlando Macara dejó de ser nuestro tío padrino. La nueva designación recalca que no era hermano de sangre de Dordalma. Era, como decía Silvestre, un cuñado de segundo grado. Lo adoptaron al nacer, y mantendría el resto de su vida esa condición de criatura extraña y advenediza. Aproximado se hablaba con sus parientes, pero nunca había tratado con los antepasados de la familia.

Después de esas primeras semanas, nuestro buen tío se fue a vivir lejos, inventándose que se había instalado en la casa del guarda, a la entrada del parque. Siempre sospeché que esa residencia en realidad no existía. Y la fuga frustrada de Ntunzi así lo demostró: el escondrijo de Aproximado debía de quedar más lejos, en plena ciudad sin vida. Yo lo imaginaba como un buitre entre las ruinas y las cenizas.

—Nada de eso —objetaba Ntunzi—. El tío vive de verdad en la cabaña de la entrada. Está ahí por orden de nuestro padre, vigilando la entrada.

Su labor consistía en lo siguiente: proteger el aislamiento de su cuñado, acusado de haber asesinado a nuestra madre. Aproximado tenía las armas apuntando hacia el exterior y, quién sabe, quizá ya había matado a algún que otro agente de la policía que hubiera venido a buscar a Silvestre. De ahí que de vez en cuando se oyeran disparos en la lejanía. Y no sólo eran los tiros con los que el militar Zacaria abatía a los animales que, por la noche, conformaban nuestra cena. Eran tiros de otro tipo, tenían otros objetivos. Zacaria Kalash era un segundo carcelero.

—Son todos cómplices; esos dos son muy listos —aseguraba Ntunzi—. Los une la sangre, sí, pero la de los demás.

Dondequiera que viviera, lo cierto es que Aproximado sólo nos visitaba para suministrarnos productos, ropa y medicamentos. Con todo, había una lista de importaciones prohibidas, encabezada por libros, periódicos, revistas y fotos. Todas las publicaciones que nos llegaban eran viejas y carecían de actualidad. Y pese a esa caducidad estaban prohibidas. A falta de imágenes del Otro-Lado, nuestra imaginación se alimentaba de las historias que el tío Aproximado nos contaba a escondidas de mi padre.

—Tío, cuéntanos, ¿cómo va el mundo?

—No hay ningún mundo, sobrinos, vuestro padre está cansado de repetíroslo.

—Anda, tío...

—Tú ya lo sabes, Ntunzi, tú ya has estado allí.

—Pero ¡me fui hace tanto tiempo!

Aquel diálogo me enfadaba. No me gustaba que recordaran que mi hermano ya había vivido en aquel Otro-Lado, que había conocido a mi madre, que sabía cómo eran las mujeres...

• • •

Al final, para evitar hablar del mundo, Aproximado nos contaba historias; y, sin que él lo supiera, con esas historias nos traía, no uno, sino muchos mundos. Para el tío, que alguien le prestara atención era una gratitud correspondida.

—Siempre me ha asombrado que alguien me escuche.

Cuando hablaba se movía de acá para allá, y sólo entonces nos dábamos cuenta de que tenía una pierna más delgada y corta. Que me perdonara nuestro visitante, pero parecía la sota de trébol. Por error o prisa en la confección, no había quedado espacio para dibujarle cuello ni piernas. Su aspecto era tan regordete que tenía unos pies sin punta. Era tan redondo que parecía igual de alto de pie que de rodillas. Tímido como era, solía inclinarse a menudo para hacer respetuosas reverencias, como si en todas partes hubiera una puerta demasiado baja. Aproximado hablaba sin abandonar nunca sus maneras comedidas, como si siempre se equivocara, como si su propia existencia fuera ya una indiscreción.

—Tío, háblenos de nuestra madre.

—¿De vuestra madre?

—Sí, por favor, cuéntenos cómo era.

Era demasiada tentación. Aproximado retrocedía en el tiempo para volver a ser Orlando, y tenía ganas de viajar por los recuerdos de su hermanastra. Miraba a los cuatro lados del paisaje para asegurarse de que Silvestre no rondaba por allí.

—¿Por dónde anda Silvestrão?

—Ha ido al río. Podemos hablar.

Y Aproximado se soltaba y hablaba. Dordalma, que Dios guarde su alma, era la más bella de las mujeres. No era oscura como él. Había heredado la claridad de su padre, un mulatito de Muchatazina. Cuando nuestro padre conoció a Dordalma, quedó prendado.

—¿Usted cree que es posible que nuestro padre no la añore?

—¿Y quién sabe en qué consiste añorar?

—Pero ¿la añora o no?

—Añorar es como esperar que la harina vuelva a ser grano.

Y se ponía a filosofar sobre la definición de añoranza. Todo son nombres, decía. Nombres y nada más. Nos decía que nos fijáramos en el caso de la mariposa: ¿acaso necesita alas para volar? ¿No será que el nombre que le damos es, en sí mismo, un batir de alas? Y así, con cuidado y parsimonia, Aproximado eludía las respuestas.

—Tío, déjese de historias, cuéntenos. Díganos, por ejemplo: ¿Silvestre y Dordalma se querían?

Al principio se llevaban bien, como el viento y la vela, como la sábana y la piel. Cierto que a veces —todo había que decirlo— discutían por la menor discrepancia. Ya sabéis cómo es Silvestre: obstinado como la aguja de una brújula. Al poco tiempo, Dordalma se encerró en su propio mundo, quedando triste y callada como una áspera piedra.

—¿Y cómo falleció nuestra madre?

Pero no había respuesta. Aproximado se escabullía diciendo que él no se hallaba en la ciudad cuando sucedió. Llegó a casa y la tragedia ya se había producido. Después de expresar su condolencia a mi padre, éste le dijo:

—«Viudo» no es más que otro nombre que se da a un muerto. Voy a buscar un cementerio; mi cementerio particular, en el que iré a enterrarme.

—No hables así. ¿Adónde quieres ir a vivir?

—No lo sé. Ya no hay ninguna parte adonde ir.

La ciudad se había desmoronado, el Tiempo había sufrido una implosión, el futuro estaba soterrado. El hermanastro de Dordalma trató de hacerle entrar en razón: quien deja atrás su lugar, nunca vuelve a sí mismo.

—Tú no tienes hijos, cuñado. No sabes qué es entregar a un hijo a este mundo podrido.

—Pero ¿no te queda ninguna esperanza, hermano Silvestre?

—¿Esperanza, dices? Lo que he perdido es la confianza.

Quien pierde la esperanza huye. Quien pierde la confianza se esconde. Y él quería hacer las dos cosas: huir y esconderse. Pero nunca habíamos sospechado que Silvestre albergara un sentimiento de desamor.

—Vuestro padre es un hombre bueno. Su bondad es la de un ángel que no sabe dónde está Dios. Y nada más.

En toda su vida tuvo un solo empeño: ser padre. Y todo buen padre se enfrenta a la misma tentación: conservar a los hijos cerca, apartados del mundo, lejos del tiempo.

• • •

Una vez, el tío Aproximado llegó temprano una mañana, desobedeciendo las instrucciones de que sólo podía venir a Jerusalén al final del día. En circunstancias normales, el tío tenía un andar desigual, y sus piernas parecían obedecer a dos voluntades ajenas.

—Cojeo no por defecto, sino por cautela —decía.

En esta ocasión se olvidó de toda cautela. La prisa era lo único que dirigía su cuerpo.

Mi padre estaba arreglando el techo de nuestra casa. Yo sujetaba la escalera desde la que trabajaba. Dando vueltas alrededor de ésta, mi tío exclamó:

—Baja, cuñado. Tengo novedades.

—Las novedades acabaron hace mucho.

—Te pido que bajes, Silvestre Vitalicio.

—Bajaré cuando sea el momento de bajar.

—¡Ha muerto el presidente!

Desde lo alto de la escalera, mi padre quedó con el semblante suspenso. Pero el asombro duró escasos segundos. Al momento, cuando mi padre empezó a bajar, noté

que las escaleras vibraban. Una vez en suelo firme, se reclinó contra la pared y se entretuvo limpiándose el sudor que le chorreaba por la cara. Mi tío se le acercó:

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí, te he oído.

—Ha sido en un accidente.

Con gesto abstraído, Silvestre siguió limpiándose la cara. A continuación, con la palma de la mano formó una visera sobre la frente y miró hacia arriba, donde se encontraba momentos antes.

—Espero que deje de llover ahí dentro —afirmó, doblando meticulosamente el paño con el que se había limpiado.

—¿Has oído lo que te he dicho? Que ha muerto el presidente.

—Ya estaba muerto antes —respondió, y se fue para dentro.

El tío Aproximado se quedó dando puntapiés a las piedras de la entrada. La rabia no es sino otra manera de llorar. Yo me mantuve al margen, simulando que ordenaba las herramientas. Nadie debe acercarse a un hombre que finge que no llora.

Instantes después, Aproximado tomó una decisión. Fue hasta el polvorín y llamó a Zacaria. A la puerta de la choza hablaron en voz baja. La noticia dejó al militar fuera de sí. Enloquecido, empuñó una espingarda y la agitó en el aire entre amenazas. Cruzó la plazuela frente a nuestras casas, gritando una y otra vez:

—¡Lo han matado! ¡Canallas! ¡Lo han matado!

Y se fue hacia el río. Los gritos se fueron alejando, hasta que volvieron a oírse las cigarras. Cuando todo parecía sosegado, de pronto mi padre abrió la puerta de su cuarto y se dirigió a su cuñado:

—¿Has visto lo que has hecho? ¿Quién te manda darle esa noticia?

—Yo hablo con quien me parece.

—Pues no hables con nadie más en Jerusalén.

—Jerusalén no existe. No existe en ningún mapa, sólo en el mapa de tu locura. No existe ningún Silvestre, no existe Aproximado, ni Ntunzi, ni...

—¡Cállate!

Silvestre agarró a Aproximado por la camisa. Nos temíamos lo peor. Pero el viejo Vitalicio sólo materializó su rabia con una abrupta sentencia:

—¡Vete de aquí, patituerto! Y no vuelvas más, porque ya no tengo encargos para ti.

—Me llevaré el camión y nunca más volveré.

—Además, no quiero vehículos por aquí: dejan la Tierra en carne viva.

Aproximado se sacó del bolsillo un juego de llaves y se entretuvo en buscar la que le permitiría acceder al vehículo. Aquel detenimiento era una forma de reivindicar su honra. Sí, se iría, pero se tomaría el tiempo que quisiera. Ntunzi y yo acudimos para intentar disuadirlo.

—¡Tío, por favor, no se vaya!

—¿Nunca habéis oído el proverbio «quien quiere vestirse de lobo se queda sin

piel»?

No entendimos el adagio, pero comprendimos que nada lo detendría. Una vez sentado en el vehículo, el tío se pasó un pañuelo por la frente, como si deseara arrancarse la piel o aumentar su avanzada calvicie. A continuación, el ruido de la camioneta ahogó nuestras despedidas.

• • •

Después de lo ocurrido, las semanas siguientes se derramaron sobre nosotros como un espeso aceite. Al poco, las provisiones empezaron a escasear, y dependíamos casi exclusivamente de la carne que Zacaria nos traía, ya cocida, al final del día. El huerto producía poco más que incomedible capín. Con el tiempo, recurrimos a las frutas silvestres sin nombre.

Durante ese tiempo, Ntunzi se entretenía dibujando un nuevo mapa, y yo pasaba tardes enteras junto al río, como si el curso del agua me curara una herida invisible.

Sin embargo, un día oímos el tan deseado ruido del vehículo: Aproximado había vuelto. Al llegar a la placita, frenó aparatosamente, levantando una nube de polvo. Sin saludarnos, dio la vuelta al camión y abrió las puertas de atrás. Empezó a descargar cajas, cajones y sacos. Zacaria se levantó para ayudar, pero las severas palabras de Silvestre le hicieron detenerse.

—Quédate sentado. Nada de eso es para nosotros.

Aproximado descargó el vehículo sin ayuda de nadie. Cuando hubo acabado, se sentó sobre una caja y suspiró, cansado:

—He traído todo esto.

—Te lo puedes llevar otra vez —respondió mi padre—. Nadie te ha pedido nada.

—Aquí no hay nada para ti. Es todo para los chiquillos.

—Llévatelo todo otra vez. Y tú, Zaca Kalash, ayúdale a cargar toda esa porquería en la camioneta.

El ayudante abrazó una caja, pero no llegó a levantarla. Crecido, en un tono de voz inesperado, nuestro tío había ordenado a su vez:

—¡Deja eso, Zaca! —y, volviéndose hacia mi viejo, suplicó—: Silvestre... Silvestre, escúchame, por favor: tengo noticias graves que darte...

—No me digas que ha muerto otro presidente.

—Hablo en serio. He notado movimientos junto al portón.

—¿Movimientos?

—Al otro lado hay alguien.

Esperábamos que mi padre lo negara categóricamente. Pero guardó silencio, asombrado por la vehemencia de la declaración de su cuñado. Nos sorprendimos cuando Silvestre señaló la silla vacía y dijo:

—Siéntate, pero no te entretengas. Tengo muchas cosas que hacer. Habla...

—Creo que ha llegado el momento. ¡Ya ha llegado el momento! Regresemos,

Mateus Ventura, los chiquillos...

—Aquí no hay ningún Mateus.

—Vámonos de aquí, Silvestre. No es sólo por los niños... Yo tampoco lo soporto ya.

—Si ya no lo soportas, vete. Os podéis ir todos. Yo me quedo.

Silencio. Mi padre miró al cielo como si buscara compañía para su futura estancia. A continuación posó la vista unos momentos sobre Zacaria Kalash.

—¿Y tú? —preguntó mi padre.

—¿Yo?

—Sí, tú, camarada Zacaria Kalash. ¿Quieres quedarte o marcharte?

—Yo haré lo que haga usted.

Zacaria había hablado y no diría nada más. Dio un ligero taconazo y se retiró. Aproximado acercó su silla a la de Silvestre y endulzó la voz para proseguir con la conversación.

—Necesito entenderlo, cuñado: ¿por qué razón insistes en quedarte aquí? ¿Has tenido problemas con la Iglesia?

—¿Con la Iglesia?

—Sí, cuéntame. Necesito entenderlo.

—Para mí hace mucho que no existe ninguna Iglesia.

—No digas eso...

—Pues lo digo y lo repito. ¿De qué sirve creer en Dios si perdemos la fe en los hombres?

—¿Fue un problema de política?

—¿Política? La política ha muerto. La han matado los propios políticos. Sólo ha quedado la guerra.

—Así no podemos hablar. Andas con rodeos, con palabras vagas.

—Por eso mismo te digo que te vayas.

—Piensa en tus hijos. Piensa, sobre todo, en Ntunzi, que está enfermo.

—Ntunzi está mejor, no necesita tus mentiras para ponerse bien...

—Esto de aquí... Esta mierda de Jerusalén... Esto es la gran mentira —bramó Aproximado, demostrando así que allí concluía la conversación.

El visitante se alejó cojeando más que de costumbre. Parecía que fuera a caerse hacia ambos lados simultáneamente. Como si el desaliento evidenciara su defecto congénito.

—Vete a cojear lejos de aquí, anormal.

Silvestre respiró hondo, aliviado. Necesitaba insultar a alguien. Es cierto que maltrataba a Zacaria. Pero el ayudante era de pequeña estatura. ¿Qué gracia tiene insultar a un hombre pequeño?

## Zacaria Kalash, el militar

[...]

Hace mucho que las cosas se han vivido:  
En el aire hay espacios extinguidos  
La forma grabada en vacío  
De las voces y los gestos que otrora allí estaban.  
Y mis manos no pueden coger nada.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

—Ahora caerán; enseguida os las enseño.

Con dedos cuidadosos, Zacaria se apretaba los músculos de la pierna por la parte que tocaba el hueso. De pronto, de la carne empezaban a saltar pedazos de metal que caían y rodaban por el suelo.

—Son balas —proclamaba Zacaria con orgullo.

Las cogía una a una con la punta de los dedos y anunciaba el calibre y las circunstancias en que las habían disparado. Cada una de las cuatro balas tenía su propia procedencia.

—Ésta, la de la pierna, la recibí en la Guerra Colonial. La del muslo viene de la guerra con Ian Smith. Ésta, la del brazo, es de esta última guerra...

—¿Y la otra?

—¿Qué otra?

—Esa del hombro.

—De ésa ya no me acuerdo.

—Mentira, Zacaria. Cuéntanoslo.

—Hablo en serio. A veces ni siquiera me acuerdo bien de las demás.

Limpiaba los proyectiles con la manga de la camisa y volvía a metérselos en la carne con los dedos, como si empujara el émbolo de una jeringa.

—¿Sabéis por qué nunca me separo de mis balas?

Lo sabíamos. Pero hacíamos como si lo oyéramos por primera vez. Así como cuando decía el proverbio que él mismo había inventado y que rezaba: si quieres conocer a un hombre, mírale las cicatrices.

—Son el revés de mis ombligos. Por aquí... —y señalaba los agujeros—, por aquí se escapó la muerte.

—Deja estar las balas, Zaca; nosotros queremos saber otras cosas.

—¿Qué cosas? Yo sólo tengo la sabiduría de los animales: presiento muertes y sangre.

•••

Tras la convalecencia de mi hermano, Silvestre Vitalício pensó que había que

realizar cambios radicales en Jerusalén. Y decidió que Ntunzi y yo fuéramos a vivir una temporada con Zacaria Kalash. Para despejar la mente y, a la vez, conocer los enigmas de la existencia y los secretos de la supervivencia. Si Zacaria faltara, nosotros lo sustituiríamos en las vitales actividades de caza.

—Que se revuelvan en el fango —ordenó mi viejo.

Supuestamente debía hacernos recorrer caminos escabrosos, iniciarnos en las artes de rastrear y perseguir animales, dominar el lenguaje secreto de los árboles... Sin embargo Zacaria eludía ejercer de maestro. Lo que él quería era contar historias de caza, dejarse de parloteos, escucharse a sí mismo para dejar de oír sus fantasmas. Pero nosotros reclamábamos otros temas de conversación.

—Háblanos de nuestro pasado.

—Mi vida es como la casa de un topo: tiene cuatro agujeros y cuatro almas. ¿De qué queréis que os hable?

—De nuestra madre, de cómo se enamoró de nuestro padre.

—Eso no, nunca.

La reacción de Zacaria nos parecía excesiva. El hombre repetía sin parar, gritando con las manos cruzadas delante del pecho:

—Eso no.

Nieto de soldado, hijo de sargento, él mismo sólo había sido militar. Que no le vinieran con tretas de corazón, amores y nostalgias. El hombre es un animal perecedero al que le encanta la Vida, pero más le gusta todavía no dejar vivir.

—Tú aún te sientes militar. Confiesa, Zaca, ¿no añoras el cuartel?

El hombre acariciaba la chaqueta militar que siempre vestía. Los dedos se le dormían sobre el cañón de la espingarda. Y no hablaba hasta al cabo de un rato: el uniforme no hace al militar. Lo hace el juramento. Que él no era de aquellos que, por miedo a la Vida, se alistaban en el ejército. Se había hecho militar porque, como él mismo decía, se había dejado llevar por la corriente. En su lengua materna ni siquiera había palabras para decir soldado. Se decía *massodja*, término robado al inglés.

—Nunca he tenido motivos; yo mismo he sido siempre mi bandera.

—Pero, Zaca, ¿y no te acuerdas de nuestra madre?

—No me gusta recordar el pasado. Mi cabeza es de corto alcance.

Ernestinho Sobra, ahora renombrado Zacaria Kalash, había conocido toda clase de muertes y tiroteos. Había escapado de balas, de toda reminiscencia. Por las perforaciones de su cuerpo se le habían escapado los recuerdos.

—Nunca he sido bueno en recordar; soy así de nacimiento.

El tío Aproximado desveló ese olvido: ¿por qué Zacaria no se acordaba de ninguna guerra? Porque siempre había luchado en el bando equivocado. En su familia siempre había ocurrido así: su abuelo había luchado contra Gungunhana, su padre se había incorporado a la policía colonial, y él mismo había combatido por los portugueses en la lucha de liberación nacional.

Para el tío Aproximado, aquella amnesia sólo merecía desprecio. Un militar sin

recuerdos de guerra es como una prostituta que dice ser virgen. Y Aproximado se lo echaba en cara sin ambages. Pero el militar hacía oídos sordos y jamás le respondía. Con una sonrisa angelical, desviaba la conversación para hablar de asuntos vacuos que le hacían sentir más cómodo:

—A veces me pregunto: ¿cuántas balas habrá en este mundo?

—Zaca, eso a nadie le importa...

—¿Es posible que en la guerra hubiera más balas que personas?

—Eso no lo sé —respondía Ntunzi—. Hoy en día, seguro que sí: bastan seis balas para exterminar a la humanidad. ¿Tú tienes seis balas?

Sonriendo, Zacaria señalaba las cajas. Estaban llenas de municiones. Había más que suficientes para exterminar varias humanidades. Todos se rieron menos yo. Porque me dolía pensar que vivíamos entre recuerdos y olvidos de las guerras. La pólvora formaba parte de nuestra Naturaleza, como aseguraba el desmemoriado militar:

—Un día sembraré mis balas. Las plantaré por ahí...

—¿Por qué te fuiste de la ciudad, Zaca? ¿Por qué viniste con nosotros?

—¿Qué iba a hacer yo en la ciudad, cavando hoyos en medio de la nada?

Y escupía al decirlo. Se disculpaba por sus modos. Él era un hombre enmendado. Sólo escupía para no quedarse con el sabor de sí mismo.

—Yo soy mi propio veneno.

De noche, su lengua se desdoblaba como la de la serpiente. Se despertaba con el sabor de la pezuña en la boca, como si lo hubiera besado el diablo. Y todo porque el dormir del soldado es un lento desfile de muertos. Se despertaba igual que vivía: tal era su soledad que hablaba consigo mismo para no olvidar el lenguaje humano.

—Pero, Zacaria, ¿y no echas de menos la ciudad?

—En absoluto.

—¿Y tampoco echas de menos a nadie?

—Siempre he vivido en la guerra. Ésta es la primera vez que vivo en paz...

Nunca volvería a la ciudad. No quería, como afirmaba, vivir entre órdenes y ordenados. Nos decía que viéramos qué hacía en Jerusalén: dormía como una gallina del campo. En las ramas de un árbol, por miedo a soñar. Pero en las ramas más bajas, por miedo a caer.

•••

Zacaria Kalash no se acordaba de la guerra. Pero la guerra se acordaba de él. Y lo martirizaba con la reaparición de viejos traumas. Cuando tronaba, salía al descampado, enloquecido, gritando:

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!

Alrededor, los animales se manifestaban y hasta Jezibela rebuznaba con desesperación.

—Se pone así por el fragor de los truenos —explicaba Silvestre.

Aquello era lo que lo sobresaltaba: el recuerdo de las explosiones. Para él, el estruendo de las nubes no era sólo un ruido, sino algo que volvía a abrir viejas heridas. Las balas se olvidan, las guerras no.

• • •

Mi padre nos había enviado a vivir al polvorín, y yo creo que sus verdaderas razones tenían que ver con Ntunzi y con la necesidad de distraerlo. Por jerarquía natural, a Ntunzi le correspondía una espingarda y a mí un simple tirachinas. De los viejos neumáticos del camión, Zacaria me enseñó a improvisar los elásticos y a crear un arma de mortífero alcance. La piedra salía proyectada con un silbido y, en un instante, abatía el vuelo del ave al ser alcanzada por el peso de aquélla. Era mi piedra de rapiña.

—Mata y comerás.

Tal era el mandamiento de Zaca. Con todo, yo me preguntaba: ¿podía una avecilla tan colorida, tan cantarina, formar parte de nuestro plato?

—Lo único que os puedo enseñar a ti y a Ntunzi es a no fallar el tiro. La felicidad es una cuestión de puntería.

—¿Y a ti no te da pena matar?

—Yo no mato: yo cazo.

Los animales, decía, eran sus hermanos.

—Hoy yo soy el depredador, mañana me devoran ellos —argumentaba.

Ser bueno con el punto de mira no es una habilidad: es una evidencia. En realidad, su puntería era suicida: siempre que mataba un animal acertaba contra sí mismo. Y esa mañana Zacaria tendría que disparar, una vez más, contra sí mismo: nuestro padre había ordenado que ese día le lleváramos una pieza para la cena.

—Va a venir el tío Aproximado, y lo recibiremos con el plato y el vaso llenos.

Tal fue el motivo por el cual nos adentramos en la selva para perseguir al imbabala, el antílope que ladra y muerde como un perro. El militar caminaba delante y sus manos nos iban transmitiendo órdenes. De vez en cuando Zacaria se detenía y se ponía de rodillas en el suelo. Luego hacía un hoyo, se agachaba y le hablaba a esa abertura, susurrando secretos inaudibles.

—La tierra me dirá dónde están esos animales con pezuña.

Y allá íbamos otra vez, siguiendo caminos que sólo se le revelaban a Zacaria. Era casi mediodía, y el calor nos obligó a buscar sombra. Ntunzi se dejó caer en el suelo y allí se vengó del cansancio somnoliento.

—Despertadme un día de éstos —solicitó.

Para mí fue inesperado: el militar se levantó e hizo una almohada con su chaqueta para acomodar el sueño de Ntunzi. Nunca se había imaginado que pudiera recibir aquellas atenciones en Jerusalén. Zacaria regresó a la sombra del *ntondo* y se lió

morosamente un cigarrillo, como si el placer fuera enrollarlo, y no fumar. Al poco se acomodó contra el tronco y se recreó en la contemplación de la parte alta del follaje.

—Este árbol responde bien a la tierra —dijo.

Eso sí, el tirachinas dormía en su mano, atento a los movimientos de las sombras. Las aves son siempre pasajeras. El cazador nunca descansa del todo. Una mitad de su alma, ese lado felino, siempre está emboscada.

—Nunca dejas de ser cazador, ¿eh?

—¿Qué? ¿Lo dices por el tirachinas? Eso es sólo para sentirme niño.

Y parecía vacilar ante el sueño, abatido por un cansancio de esos que ni siquiera te permiten mover los ojos. El calor cenital era tal que sólo el hecho de tener cuerpo era en sí un estorbo insoportable.

—¿Tú nunca has tenido mujer, Zaca?

—Siempre he vivido de acá para allá, sin llegar a ser padre. En este mundo, hijo mío, sólo hay lugar para los buitres.

Que se supiera, el militar nunca había tenido esposa ni hijos. Kalash se justificaba. Hay personas que son como la leña: buenas para juntarse. Hay otras que son como los huevos: siempre van a docenas. Él no. Él era como el imbabala: siempre vagaba sin compañía. Costumbre que le había quedado de las guerras. Por grande que sea el pelotón, el soldado siempre vive solo. Morirá en colectividad, lo sepultarán en una fosa común... o, más bien, como cadáver común. Pero vivirá en soledad.

•••

A la sombra del *ntondo*, parecía que todos nos habíamos entregado al sueño. Pero no era así: de pronto, el militar se levantó, impulsado por un muelle interior. Apuntó con el arma y, de un disparo, rompió del todo el silencio. Se oyó un crujido entre los arbustos y corrimos atropelladamente a buscar al antílope cazado. Pero el animal no estaba donde esperábamos. Había escapado entre la vegetación. En el suelo, un rastro de sangre indicaba la dirección que había seguido. Fue entonces cuando presenciábamos la inesperada transformación de Kalash. Se aturdió y empalideció y, para evitar caerse, se sentó sobre una piedra.

—Seguid vosotros el rastro.

—¿Nosotros solos?

—Llevaos la espingarda. Tú, Ntunzi, dispara.

—Pero ¿no vienes con nosotros, Zacaria?

—No puedo.

—¿Estás enfermo?

—Nunca he podido.

¿El experto cazador y militar en tantas guerras vacilaba en el disparo final? Zacaria nos explicó entonces que era incapaz de enfrentarse a la sangre y a la agonía

de las presas. O el tiro era certero y la muerte rápida, o desistía, arrepentido.

—La sangre me convierte en mujer. No se lo digáis a vuestro padre...

Ntunzi se llevó la espingarda y, poco después, oímos los tiros. No tardó en aparecer arrastrando al animal. A partir de ese día, Ntunzi le tomó gusto a la pólvora. Se levantaba antes del amanecer y se adentraba en la selva, feliz cual Adán antes de perder la costilla.

• • •

Mientras Ntunzi aprendía a ser cazador, lo que más me gustaba a mí era ser pastor. Temprano por la mañana, llevaba a las cabras a pacer.

—Para la cabra, toda la tierra es camino. Y todo el suelo es pasto. No hay animal más sabio —comentaba Zaca.

La sabiduría de la cabra consiste en imitar a la piedra para vivir. Una vez, mientras ayudaba a meter el ganado en el corral, Zacaria me confesó que, en efecto, había un recuerdo que lo visitaba de forma recurrente. Ese recuerdo era el siguiente: en una ocasión, durante la Guerra Colonial, había visto llegar al cuartel a un soldado herido. Ahora ya lo sabía: los soldados siempre están heridos. La guerra hiere incluso a los que no van a la batalla. Bien, pues aquel soldado no era más que un niño; aquel soldadito sufría el siguiente mal: cada vez que tosía le salía de la boca un torrente de balas. Aquella tos era contagiosa: había que alejarse. Pero Zacaria no sólo tenía ganas de alejarse del cuartel: quería dejar atrás el tiempo de todas las guerras.

—Menos mal que el mundo se ha acabado. Ahora recibo las órdenes del campo.

—¿Y de nuestro padre?

—Sin ofender a nadie, vuestro padre procede del campo.

Yo iba en sentido opuesto al de Zaca: un día sería animal. ¿Cómo era posible que, estando tan lejos de la gente, todavía fuéramos hombres? Ésa era mi duda.

—No pienses así. Donde nos animalizamos es en las ciudades.

En ese momento no me daba cuenta de cuánta razón tenía el militar. Pero hoy lo sé: el mundo es más inhabitable cuanto más poblado está.

• • •

Hacía mucho que ya no entendía a Zacaria Kalash. Mis dudas empezaban por el significado de su antiguo nombre. Ernestinho Sobra. ¿Por qué Sobra? La explicación resultó ser simple: él era una sobra humana, un resto anatómico, una pendencia del alma. Lo sabíamos, pero no hablábamos de ello: Zacaria había quedado disminuido al estallar una mina. El ingenio explotó, y el soldado Sobra alzó el vuelo en una tosca imitación del pájaro. Lo encontraron llorando, sin saber cómo andar. En vano buscaron los daños causados en su cuerpo. La explosión había dañado su alma por

completo.

Ahora bien, mis dudas sobre la humanidad de Zacaria iban más allá. Las noches sin luz de luna, por ejemplo, disparaba la espingarda al aire, como si fueran salvas.

—¿Que qué hago? Hago estrellas.

Las estrellas, decía, son agujeros en el cielo. Aquellos incontables astros no eran sino eso: agujeros que él había abierto a tiros, contra el oscuro blanco del firmamento.

Ciertas noches, las más estrelladas, Zacaria nos llamaba para asistir al espectáculo de los cielos. Medio dormidos como estábamos, nos quejábamos:

—Pero ya lo hemos visto tantas veces...

—No lo entendéis. No es para que lo veáis. Es para que os vean.

—¿Por eso tú duermes fuera de casa?

—Eso es por otras razones.

—Pero ¿no es peligroso dormir así, al relente?

—Yo ya he sido animal antes. Todavía estoy aprendiendo a ser persona.

Nosotros no entendíamos Jesusalén, decía Kalash.

—Las cosas, aquí, son personas —explicó.

Nos quejábamos de que estábamos solos, cuando todo a nuestro alrededor eran personas, criaturas humanas con forma de piedras, árboles, animales... y hasta de río.

—Tú, Mwanito, haz como yo: saluda a las cosas cuando pases cerca. Así tendrás paz. Así podrás dormir a cualquier relente.

Mis miedos nocturnos se dispararían si empezaba a saludar a arbustos y rocas... Nunca llegué a probar la eficacia de la receta de Zacaria Kalash, en parte porque él, en un momento dado, desapareció.

• • •

Luego se produjo la aparición inesperada del tío Aproximado. Al final de la tarde oímos pasos junto al polvorín, y Zacaria se agachó, arma en ristre, lista para disparar. El militar susurró a mi hermano:

—Eso es un animal herido: viene cojeando... Dispara tú, Ntunzi...

Y oímos la voz inconfundible de nuestro pariente detrás de la maleza:

—¡Y una mierda, «dispara»! Tranquilos, que soy yo...

—No he oído la camioneta —dijo él.

—Se ha averiado en la entrada. He venido a pie todo este trecho.

Aproximado saludó, se sentó, se puso a la sombra y bebió. Le llevó tiempo hablar.

—Vengo del Otro-Lado.

—¿Ha traído cosas? —le pregunté, curioso.

—Sí. Pero no he venido aquí por eso. He venido para deciros una cosa.

—¿El qué, tío?

—La guerra ha terminado.

Llenó la cantimplora y regresó al campamento. Todavía oímos el motor de la camioneta extinguirse en la distancia. En cuanto el silencio regresó, Zacaria ordenó a Ntunzi que le devolviera el arma. Mi hermano se negó con vehemencia:

—Mi padre me mandó que me entrenara...

—Tu padre manda en el mundo, yo mando en las armas.

La voz de Kalash estaba alterada, las palabras parecían rasparle la garganta. Guardó el arma en el polvorín y cerró el edificio con llave. También lo vimos ir al pozo e inclinarse como si quisiera lanzarse al abismo. Se quedó así una media hora. Se enderezó con aire aprensivo y sólo nos dijo:

—Vosotros regresad al campamento, que yo voy a...

—¿Adónde vas?

No respondió. Luego oímos los pies del militar pisando hojas secas.

• • •

Zacaria se retiró y, durante algunos días, nadie más lo vio. Nos reinstalamos en nuestro cuarto con la sensación de que todo tiempo era una espera. No había señal de Aproximado ni indicio alguno del militar. Ni siquiera un ocasional disparo en la distancia.

Cierta vez que fui a llevar tabaco a Jezibela, sorprendí a Zacaria echado en el corral, con la barba crecida y más pestilente que un animal.

—¿Cómo estás, Zacaria?

—Voy y vengo sin propósito y sin nada.

—Mi padre querrá saber qué haces ahí, tanto tiempo, encerrado.

—Estoy construyendo una muchacha. Me está llevando mucho tiempo porque es extranjera.

—¿Y cuándo tienes previsto acabarla?

—Ya está hecha, sólo le falta el nombre. Ahora vete, no quiero ver a ninguna persona viva por aquí.

—¿Eso ha dicho? —preguntó mi padre cuando regresé al campamento.

Silvestre me pidió que reprodujera, frase a frase, la conversación que había mantenido momentos antes con el militar. La arruga en la frente de mi viejo se ahondó. Todos sospechábamos que Zacaria tenía poderes ocultos. Sabíamos, por ejemplo, que pescaba sin red ni sedal. Con artes propias de un Cristo, entraba en el agua hasta que ésta le llegaba a la cintura. Después, sin dejar de avanzar, hundía los brazos durante unos segundos para sacarlos cargados de peces que se agitaban.

—Mi cuerpo es mi red —decía.

Al día siguiente, Zacaria regresó al trabajo, recuperado y uniformado. Mi padre no le preguntó nada. La rutina parecía haberse reinstaurado en Jesusalén: el militar salía de madrugada con la espingarda a cuestas. De vez en cuando se oían tiros a lo

lejos. Mi viejo nos tranquilizaba:

—Ahí anda Zacaria con sus locuras.

El ayudante no tardaba en aparecer por el horizonte cargado con un animal ya descuartizado. Pero un día empezaron a sonar disparos cuando Zacaria estaba con nosotros.

—¿Y esos que disparan ahora quiénes son, padre?

—Esos disparos son ecos antiguos.

—No lo entiendo, padre.

—No son disparos que estén dando ahora. Son ecos de la guerra que ha terminado.

—Se equivoca, querido Silvestre —aseguró Zacaria.

—¿Cómo que me equivoco?

—Ninguna guerra termina nunca.

# La borrica Jezibela

Aflicción de ser yo y de no ser otra.

Aflicción de no ser, amor, aquella  
que muchas hijas te dio, que se casó doncella  
y que por la noche se prepara y se adivina  
objeto de amor, atenta y bella.

Aflicción de no ser la gran isla  
que te retenga y no te desespere.  
(La noche como una fiera se avecina).

Aflicción de ser agua en medio de la tierra  
y tener la faz turbada y móvil.  
Y a la vez múltiple e inmóvil  
no saber si se ausenta o si te espera.

Aflicción de amarte, si te conmueve.  
Y siendo agua, amor, querer ser tierra.

HILDA HILST

Os presento, para acabar, el último personaje de la humanidad: nuestra querida burra, llamada Jezibela. La borrica tenía mi edad, lo que ya era mucho para un animal de su especie. Con todo, Jezibela estaba, según decía mi padre, en la flor de la vida. El secreto de su elegancia residía en el tabaco que masticaba. El manjar se encargaba al tío Aproximado y se dividía entre Zacaria y la borrica. Al final de la tarde, uno de nosotros le llevaba las hojas enteras; la burra se regocijaba al verlo y, con alegre trote, se acercaba para recibir la verdura. Una vez, Ntunzi comentó que se divertía viendo las delicadas muecas que hacía con aquellos labios groseros.

—¿Groseros? ¿Quién ha dicho que son groseros?

Era mi padre defendiendo a Jezibela. La lozanía de la burra no se debía tanto al tabaco como al amor que Silvestre le profesaba. Jamás se había visto tanta veneración en un caso de afecto zoológico. Los galanteos tenían lugar los domingos. Debo decir que sólo mi padre sabía en qué día de la semana estábamos. A veces era domingo dos días consecutivos. Dependía de su necesidad. Porque el último día de la semana era cierto y consabido: con un ramo de flores en la mano y ataviado con una corbata roja, Silvestre marchaba con paso solemne hacia el corral. El hombre desfilaba para cumplir con aquello a lo que él llamaba «fines del infinito». A cierta distancia del corral, mi padre se anunciaba, respetuoso:

—¿Me permite?

Con una mirada inescrutable, revestida de pestañas, la borrica daba dos pasos atrás, y mi padre aguardaba con las manos cruzadas sobre la barriga, a la espera de una señal. Qué señal era ésa, nunca lo supimos. Sólo sabíamos que, en un momento dado, Silvestre manifestaba su gratitud:

—Muy agradecido, Jezibela. He traído estas inmodestas flores...

Lo último que alcanzábamos a ver era a la burra masticando el ramo de flores. Luego mi padre desaparecía dentro del corral. Y nada más se sabía.

• • •

Un domingo las cosas no fueron bien. Silvestre volvió furibundo de su excursión amorosa. Traía rabia en la punta del pie y maldición en la punta de la lengua. Cabizbajo, repetía:

—¡Nunca me había ocurrido! ¡Nunca, nunca! ¡Es que nunca!

Daba vueltas por el cuarto, dando puntapiés a los escasos muebles que teníamos. Una impotente furia de prisionero le hacía temblar la voz:

—¡Esto es una maldición de la cabra!

Nosotros lo tomábamos casi al pie de la letra: por aproximación, la cabra sólo podía ser Jezibela. Pero no. La cabra era la difunta. Mi madre. Mi ex madre. El percance que había afectado a la virilidad de Vitalicio se debía a un mal ojo que le había echado doña Dordalma.

Hundido en la silla del soportal, mi padre requirió mis servicios de afinador de silencios. Era el final de la tarde, y las sombras corrían a ocupar el mundo. Silvestre era como una de esas sombras, que avanzan a una velocidad contenida. No tardó en ponerse de pie y, con un brusco ademán, me ordenó:

—¡Ven conmigo al corral!

—¿Qué vamos a hacer?

—Qué voy a hacer —corrigió—. Voy a pedirle disculpas a Jezibela. Para que la pobre no esté triste por creer que la culpa ha sido suya.

Me quedé a la entrada del corral, viendo cómo mi padre se abrazaba al pescuezo de la burra, y luego me envolvió la oscuridad. Un hervor interior me impidió seguir mirando. Rabiaba de celos de Jezibela.

De vuelta, un resplandor iluminó la sabana y un enorme estruendo nos ensordeció. Era el inicio de las lluvias de noviembre. Zacaria no tardaría en salir a injuriar a los dioses.

Aquella misma noche, mi padre nos mandó hacer guardia en el corral. ¿Y Zacaria?, preguntamos. ¿Por qué no encargaba ese trabajo a quien correspondía?

—Ese bruto se vuelve un inepto cuando truena. Id vosotros. Llevaos la linterna.

Jezibela estaba agitada; no dejaba de relinchar y cocear. Y no era por los improperios de Zacaria, que ya se había callado y estaba resguardado en su cabaña. El motivo debía de ser otro, y nuestra misión era averiguar la causa de aquella agitación. Así pues, Ntunzi y yo salimos bajo la fuerte tormenta. La borrica se me quedó mirando con un gesto suplicante casi humano, con las orejas gachas por el miedo. En sus ojos aterciopelados había una luz intermitente, como si relampagueara en su alma.

Ntunzi se sentó, soñoliento, mientras yo tranquilizaba al animal. Jezibela se sosegó y fue acercando el flanco a mi cuerpo, en busca de un apoyo que la reconfortara. Oí un comentario malicioso de mi hermano:

—La burra se hace la melindrosa, Mwanito.

—No es verdad, Ntunzi.

—Vamos, móntate a la moza.

—No he oído lo que has dicho.

—Sí, me has oído muy bien. Vamos, bájate la bragueta; la moza está ansiosa por que alguien la monte.

—Hermano, Jezibela sólo tiene miedo.

—El que tiene miedo eres tú. Vamos, Mwanito, bájate los pantalones; nadie diría que eres hijo de Silvestre Vitalício.

Ntunzi se aproximó y, de un empujón, me obligó a acercarme al lomo de la burra, mientras yo le imploraba:

—No hagas eso, no hagas eso...

De repente, en medio de la arboleda, entreví el movimiento de una sombra que se deslizaba como un felino. Señalé hacia allí, aterrorizado:

—¡Una leona! ¡Una leona!

—¡Corre! ¡Vámonos! Dame tu linterna...

—¿Y Jezibela? ¿Vamos a dejarla aquí?

—¡La madre que parió a la puta burra!

De repente, se oyó un disparo. Nos pareció otro trueno, pero un segundo tiro disipó las dudas. Nuestro militar tenía razón: con un tiro, certero o fallido, siempre muere alguien. Y en ocasiones, hay quien tiene suerte y regresa, agitado por el sobresalto. Y eso mismo nos pasó a nosotros. En medio del alboroto, Ntunzi tropezó conmigo y nos caímos. En el suelo, empapados y enfangados, miramos entre el capín. Zacaria Kalash había alcanzado a la leona que nos acechaba.

La felina todavía dio unos pasos atontados, como si la muerte fuera un aturdimiento que causa el propio suelo. Luego se desplomó con una fragilidad impropia de su porte regio. En el instante en que la leona cayó, dejó de llover. Zacaria se cercioró de que estaba realmente muerta y después se arrodilló y pidió a las alturas que se cerrara la herida que se había abierto en su interior.

Mi padre apareció, apresurado, pero no se detuvo ante nosotros. Recorrió el coto entero en busca de Jezibela y, cuando al fin la encontró, se detuvo a consolarla.

—Pobrecilla... Está temblando. Esta noche dormirá en casa.

—¿En casa? —se asombró Ntunzi.

—Dormirá en casa esta noche y las noches que hagan falta.

Sólo durmió en casa esa noche. El tiempo suficiente para que Ntunzi desahogara sus celos, diciéndome:

—A ti, que eres hijo suyo, nunca te ha dejado dormir dentro, pero a la burra se lo permite...

• • •

Después del incidente, el corral se trasladó más cerca de la casa. En cuanto anochece, hogueras encendidas a su alrededor protegían a la borrica de la codicia de los depredadores.

Pasaron semanas, hasta que un día Silvestre decidió convocarnos. Nos reunimos apresuradamente, en silencio, en la placita del crucifijo. El tío Aproximado, que había pasado la noche con nosotros, también aguardaba, derecho, a mi lado. Con el ceño fruncido, mi padre nos miró uno a uno fija y detenidamente a los ojos hasta que, al fin, dijo entre dientes:

—Jezibela está preñada.

Me entraron ganas de reír. La única hembra que vivía entre nosotros había hecho honor a su naturaleza. Pero la mirada helada de mi padre me disuadió de mostrar la menor ligereza. Alguien había violado la norma sagrada: una semilla de la humanidad se había abierto paso y amenazaba con fructificar en un animal de Jerusalén.

—Así es como vuelve a empezar el puterío en el mundo.

—Pero, disculpa, cuñado —dijo Aproximado—, ¿no habrás sido tú el autor de la gracia?

—Yo tomo precauciones, como bien sabes.

—A lo mejor alguna vez, por accidente, con la urgencia de la calentura...

—Ya he dicho que no he sido yo —bramó el viejo.

La rabia lo había trastornado tanto que la saliva no le cabía en la boca, y los perdigones parecían meteoritos cuando exclamó:

—¡Lo que está claro es que está preñada! ¡Y el canalla que la ha preñado está aquí, entre nosotros!

—Yo le juro, Silvestre, que ni siquiera se me ha ocurrido mirarla nunca —declaró, dolido, el militar Zacaria.

—Puede que sólo esté hinchada por alguna enfermedad —sugirió, tímido, Aproximado.

—Sí, una enfermedad que le ha transmitido un hijo de puta con tres colgajos entre las piernas —gruñó mi viejo.

Yo mantenía la mirada clavada en el suelo, pues era incapaz de soportar la pasión de mi padre por la borrica. Una amenaza reiterada nos persiguió de regreso a nuestro cuarto:

—A quienquiera que haya sido, lo voy a dejar bizco de un huevo.

• • •

Un mes después, Zacaria dio la voz de alarma: Jezibela había estado sangrando y retorciéndose entre rebuznos y cabriolas durante toda la madrugada. Rayaban las

primeras luces cuando tuvo una convulsión. Parecía haberse muerto. Pero resultó que sólo había expulsado el feto. Zacaria agarró al nuevo candidato a la vida y, entre sangre y mucosidades, lo alzó en brazos. Con la voz empañada, el militar anunció:

—¡Éste es hijo de Jerusalén!

Tan pronto conocimos la noticia, nos concentramos junto al corral, alrededor de la burra, que aún jadeaba. Queríamos ver al recién nacido, que estaba oculto entre el espeso pelaje de su progenitora. Pero no llegamos a entrar en el corral: la aparición intempestiva de nuestro padre aplazó nuestra ansiosa expectación. Silvestre ordenó que nos apartáramos, pues quería ser el primero en encararse al intruso. Con presteza marcial, Zacaria avanzó hasta la cancela del corral y sugirió:

—Mire a la criatura, Silvestre, y enseguida sabrá quién es el padre.

Silvestre se adentró en la oscuridad y desapareció durante unos momentos. Salió alterado, andando con un paso apresurado que anunciaba un torbellino. En cuanto lo perdimos de vista, invadimos precipitadamente el recinto y nos arrodillamos junto a la borrica. Cuando la vista se acostumbró a la oscuridad, vimos el cuerpecillo peludo echado junto a Jezibela.

Unas listas blancas y negras en el pelaje, aunque mal dibujadas, eran muy reveladoras: era una cría de cebra. Algún macho bravío había visitado nuestro lugar para cortejar a su parienta lejana. Ntunzi tomó al recién nacido y lo acarició como si fuera un ser humano. Mientras lo paseaba, acunándolo como una madre, le susurraba cariñitos. Nunca había imaginado que mi hermano fuera capaz de expresar tanta ternura: el animalillo se le acurrucó en el regazo, y Ntunzi le susurró con una sonrisa:

—Pues sí, mi niño: tu padre le ha dado una buena coz al corazón del mío.

Ni Ntunzi sabía cuánta razón tenía. Silvestre no tardó en volver al corral, arrebató con brusquedad la cría de los brazos que la sostenían y dio una orden con efecto inmediato e irrevocable:

—Quiero que le arranques los huevos a esa maldita cebra, ¿me has oído, Zaca?

• • •

Esa noche, mi padre fue al corral y cogió al burrito cebra. Jezibela seguía sus movimientos con los ojos húmedos, mientras Silvestre repetía, como si entonara un canto gregoriano:

—Ay, Jezi, ¿por qué me has hecho esto? ¿Por qué?

Parecía estar acariciando al recién nacido. Pero en realidad sus manos estaban asfixiando a la frágil criatura, a la cebra mulatita. Entonces, con el animalillo ya sin vida en brazos, se alejó del corral. Él mismo lo enterró junto al río. Yo observaba lo que ocurría sin ser capaz de intervenir, de entender por qué mi padre hacía aquello. Aquel terrible suceso quedaría grabado para siempre como un obstáculo en mi opinión sobre la bondad de nuestro padre. Ntunzi nunca llegó a saber lo que había ocurrido esa noche. Siempre creyó que el recién nacido no había sobrevivido por

razones naturales. La feroz naturaleza había corregido las rayas en el pelaje de un asno nacido en un entorno doméstico.

Después de tapan el hoyo, Silvestre Vitalicio descendió hasta las aguas. Le seguí de lejos, suponiendo que iría a lavarse las manos. De pronto, lo vi caer de rodillas. ¿Acaso flaqueaba, alcanzado por un relámpago interior? Me acerqué con ánimo de prestarle ayuda, pero el miedo al castigo me mantuvo apartado de su vista. Entonces lo entendí: Silvestre Vitalicio rezaba. Y aún hoy me estremezco al recordar ese momento. Porque no sé si invento o si de verdad recuerdo aquella súplica: «Dios mío, protege a mis hijos como no has sabido protegerme a mí. Ahora que ni ángeles tengo, ven a Jerusalén para darme fuerzas...».

De repente, advirtió mi presencia. Enderezó la posición sumisa, se sacudió las rodillas y preguntó:

—¿Qué quieres, darme un susto?

—He oído ruidos, padre. He venido por si necesitaba ayuda.

—Estaba palpando la tierra. Todavía está seca. Espero que llueva más.

Miró las nubes fingiendo que valoraba si el cielo anunciaba lluvia. Después suspiró y dijo:

—¿Sabes, hijo mío? He cometido un terrible error.

Pensé que iba a confesarme el crimen. Al final, mi padre se redimiría, quedaría absuelto de su pecado gracias a la confesión de sus remordimientos.

—¿Y qué error es ése, padre?

—Nunca le he dado nombre a este río.

Ésa fue su confesión. Sumaria, impasible. Se levantó y me puso la mano sobre el hombro.

—Escoge tú mismo, hijo mío, el nombre para este río.

—No sé, padre. Un nombre es algo muy grande para mí.

—Entonces lo escogeré yo: lo llamaré río Kokwana.

—Me parece bonito. ¿Qué quiere decir?

—Significa «abuelo».

Me sobresalté: ¿mi padre cedía respecto a la prohibición de evocar a los antepasados? Pero era una situación tan delicada que no dije nada por temor a que se retractara de su propósito.

—Tu abuelo paterno rezaba junto a los ríos cuando invocaba a la lluvia.

—¿Y luego llovía?

—Luego siempre llueve. Lo que pasa es que a veces se reza con demasiada antelación —y añadió—: La lluvia es un río protegido por los difuntos.

Quizá mi abuelo paterno guardaba aquel río recién nombrado. Quizá de ese modo me sentiría más acompañado.

Regresé a mi habitación; la lamparilla de mi hermano aún estaba encendida. Ntunzi dibujaba un nuevo mapa, o eso me pareció. Había flechas, señales de prohibición e infinitos garabatos que semejaban letras rusas. En el centro de ese mapa

había la serena evidencia de una tira pintada de azul.

—¿Es un río?

—Sí, es el único río del mundo.

Y de repente el papel se mojó, y unas grandes gotas cayeron al suelo. Me aparté del charco que se formó sobre el entarimando y me senté en una esquina de su cama. Ntunzi me regañó:

—Cuidado con esos pies mojados; lo estás pringando todo.

—Ntunzi, dime, ¿cómo es un abuelo?

Para mi gran envidia, Ntunzi había conocido al conjunto de abuelos al completo. Tal vez por pudor nunca hablaba de ellos. O quizá tenía miedo de que mi padre se enterara. Silvestre Vitalício tenía prohibidos los recuerdos. La familia éramos nosotros y nadie más. Los Ventura no tenían ni un antes ni un después.

—¿Un abuelo? —preguntó Ntunzi.

—Sí, dime cómo es.

—¿Un abuelo o una abuela?

Tanto daba. En realidad, no era la primera vez que le hacía la misma pregunta. Y mi hermano nunca respondía. Se ponía a contar con los dedos, como si la idea de esos progenitores surgiera de unos cálculos metódicos. Y así es, contaba por guarismos.

Esa noche, sin embargo, Ntunzi debió de haber terminado la cuenta. Porque retomó el asunto por iniciativa propia, cuando yo ya estaba arropado entre las sábanas. Ntunzi ahuecaba un vacío con las manos, con el cuidado de quien lleva una frágil ave.

—¿Quieres saber cómo es un abuelo?

—Te lo he preguntado muchas veces, pero tú nunca me has respondido.

—Tú, Mwanito, nunca has visto un libro, ¿verdad?

Y me explicó cómo estaba compuesto ese tentador objeto, equiparándolo a una gran baraja de cartas.

—Imagínate unas cartas del tamaño de una mano. Un libro es una baraja hecha de esas cartas, todas pegadas por el mismo lado.

Con la mirada perdida en el vacío, pasó la mano sobre una baraja de cartas imaginaria y dijo:

—Si acaricias un libro así, sabes cómo es un abuelo.

La explicación me decepcionó. La idea de un abuelo dirigiendo ríos me parecía mucho más interesante. Ya casi nos habíamos dormido cuando recordé algo.

—Por cierto, Ntunzi, ya se ha terminado la baraja.

—¿Cómo que se ha terminado? ¿Has perdido las cartas?

—No. Ya no queda espacio para escribir.

—Buscaré algo sobre lo que escribir. Mañana mismo te lo traeré.

•••

Al día siguiente, Ntunzi se sacó de la camisa un fajo de papeles de colores y, con sequedad, me indicó:

—Puedes escribir aquí.

—¿Qué es esto?

—Esto es dinero. Son billetes.

—¿Y qué hago con ellos?

—Haz como hacías con las cartas: escribe en todos los espacios vacíos.

—¿Y dónde estaba este dinero?

—¿Tú cómo crees que nuestro tío consigue las cosas que nos trae?

—Él dice que son restos que recoge en lugares abandonados.

—Tú no sabes nada, hermano. Todavía tienes edad para que te engañen, yo ya tengo edad para ir a la cárcel.

—¿Puedo escribir ahora?

—Ahora no. Esconde bien ese dinero, no vaya a pillarnos nuestro padre...

Oculté los billetes bajo la sábana como si los guardara para que me hicieran compañía durante el sueño. Cuando me quedé solo y Ntunzi ya roncaba, mis dedos se estremecieron al acariciar el dinero. Sin saber por qué lo hacía, acerqué los papeles pintados al oído para comprobar si oía voces. ¿Hacía como Zacaria al escuchar los agujeros de la tierra? A lo mejor había historias ocultas en aquellos billetes gastados.

Sin embargo, lo único que oí fue el latido del corazón en el pecho. Aquel dinero era la posesión más secreta de mi viejo padre. Su presencia constituía la prueba fatal de su gran mentira. Al final resultaba que el Otro-Lado estaba vivo y gobernaba a las almas de Jerusalén.

## LIBRO SEGUNDO

### La visita

Aquello a lo que llaman «morir» no es sino acabar de vivir, y a lo que llaman «nacer» es empezar a morir. Y aquello a lo que llaman «vivir» es morir viviendo. No esperamos a la muerte: vivimos con ella perpetuamente.

JEAN BAUDRILLARD

# La aparición

Quiero permiso para dormir,  
Perdón para descansar horas seguidas,  
Sin al menos soñar  
La leve insignificancia de un pequeño sueño.

Quiero lo que antes de la vida  
Fue el sueño profundo de las especies,  
La gracia de un estado.  
Semilla.  
Mucho más que raíces.

ADÉLIA PRADO

Durante la mayor parte de nuestra vida no conseguimos vivir de verdad. Nos echamos a perder en una dilatada letargia a la que, para nuestro engaño y consuelo, llamamos existencia. Por lo demás, brillamos como una luciérnaga: sólo nos encendemos en breves intermitencias.

Una de esas intermitencias puede trastocar una vida entera en un solo día. Para mí, Mwanito, aquél fue el día. Empezó una mañana, cuando salí de casa para afrontar un viento impetuoso que levantaba remolinos de polvo por todas partes. Los torbellinos giraban en danzas caprichosas y, luego, de la misma forma fantasmagórica que habían surgido, se extinguían. Las copas de los grandes árboles tocaban el suelo mientras las pesadas ramas se desprendían para estrellarse con un estruendo.

—Que a nadie se le ocurra salir ahí fuera...

Era la orden de mi padre, que miraba por la ventana del cuarto, martirizado por el temporal y sus llamaradas de aire. Nada perturbaba más a Silvestre Vitalício que los árboles al retorcerse y las ramas al ondear como serpientes etéreas.

Desobedeciendo las órdenes paternas, me aventuré por los senderos que unían las estancias a la casa grande. Y enseguida me arrepentí. La tempestad parecía la sublevación de los puntos cardinales. Un frío interior me recorrió el cuerpo: ¿tendrían fundamento los temores de mi padre? ¿Qué sucedía? ¿El suelo estaba cansado de ser terrenal? ¿O estaría Dios anunciando su llegada a Jerusalén?

Con la mano izquierda protegiéndome la cara y la derecha juntando ambos lados de la vieja chaqueta, avancé por el sendero hasta llegar frente a la casa encantada, donde me detuve. Permanecí unos momentos parado, escuchando el silbido del vendaval. Aquel ulular me reconfortó: yo era huérfano, y el viento se lamentaba como alguien que busca a unos parientes perdidos.

Pese a la incomodidad, saboreaba aquella desobediencia como una venganza contra Silvestre Vitalício. En el fondo deseaba que el vendaval se agravara para castigar los desvaríos de nuestro progenitor. Tuve ganas de volver atrás y enfrentarme al viejo Vitalício frente a la ventana desde la que vigilaba los desmanes cósmicos.

Entretanto, la furia de las ráfagas había aumentado. Tanto era así, que la puerta

delantera de la casa grande se desatrancó sola. Pensé que era una señal, que una mano invisible me invitaba a cruzar la línea prohibida. Subí las escaleras principales y miré el soportal donde cientos de hojas hacían piruetas en un baile delirante.

De súbito, vi un cuerpo. Tendido en el suelo, había un cuerpo humano. Una vorágine interior me aturdió. Volví a mirar con el ansia de confirmar la primera impresión. Pero en ese instante un mar de hojas me nubló la vista. Me temblaron las piernas, que no me respondían. Seguramente me había confundido y sólo había sido un espejismo. Pero llegó una nueva ráfaga, un nuevo remolino de hojas muertas, y volví a ver la visión, aunque esta vez fue más clara y real. La presencia del cuerpo se confirmaba; allí estaba, tendido en el soportal.

Eché a correr gritando como un poseso. Al soplar en dirección contraria, el viento engullía mis gritos, y mi angustia no se hizo escuchar hasta que hube entrado, sin aliento, en nuestra casa.

—¡Una persona! ¡Hay una persona muerta!

Silvestre y Ntunzi estaban reparando el extremo de una azada y no interrumpieron la tarea. Mi hermano alzó la vista sin entusiasmo:

—¿Una persona?

Atropelladamente, di detalles de la aparición. Mi padre, impávido, comentó en voz baja:

—¡Ese hijo de puta del viento! —Luego dejó el martillo que tenía en las manos y preguntó—: ¿Cómo tenía la lengua?

—¿La lengua?

—¿Le colgaba de la boca?

—Padre, era un muerto, estaba lejos. No le he visto ni la boca ni la lengua.

Yo buscaba la complicidad de Ntunzi, pero él no decía palabra. Sin embargo, ante mi convicción, mi padre ordenó:

—Llamadme a Zacaria.

Ntunzi salió corriendo. No tardó en regresar con el militar empuñando la eterna espingarda. En dos medias palabras, el viejo aceleró el procedimiento.

—Ve a ver qué es lo que pasa...

Zacaria marcó un saludo y taconeó, pero no obedeció de inmediato. Hizo una pausa para pedir el permiso debido:

—¿Puedo hablar?

—Habla.

—Seguramente lo que Mwanito ha visto no era real. Habrá sido una ilusión óptica.

—Puede ser —concedió Silvestre—. Pero también puede que sea uno de esos muertos que ya había en la casa. Y que un animal haya arrastrado el cuerpo hasta el soportal.

—Eso es posible. Anoche rondaban hienas por aquí.

—Pues si es así, enterradlo. Enterrad el cuerpo, pero debajo de un árbol no.

—Pero ¿no quiere saber quién es?

—Ese muerto no puede ser nadie. Id adelantando trabajo y, si el viento amaina, me uniré a vosotros...

—A lo mejor vivía aquí, en Jesusalén, y nosotros lo ignorábamos —vaticinó Ntunzi con inesperado arrojo.

—¿Estás loco? Si ahí hay un cuerpo no es de nadie que haya muerto. Es de alguien que siempre ha estado muerto, que ya nació así, sin vida.

—Padre, disculpe, pero yo creo...

—¡Basta! No quiero oír más opiniones. Vais a abrir un hoyo y ese cuerpo, o lo que sea, se entierra.

En fila india, Ntunzi, Zacaria y yo salimos en un cortejo prefúnebre. Todavía oímos la voz de Silvestre haciendo un resumen de las conclusiones:

—Más tarde, cuando pare el viento, iré a enterarme de lo que ha pasado.

El militar marchaba delante de nosotros con una pala en cada mano. Subimos la escalinata de la casa grande de puntillas y, para mi alivio, se confirmó la visión. Medio cubierto entre el follaje yacía, a contraluz, el cadáver. Una fuerza oculta nos retuvo en el umbral de la puerta, hasta que Kalash susurró:

—¡Voy para allá!

—¡No entres, Zaca! —advirtió Ntunzi.

—¿Por qué?

—No me gusta esa luz —y señaló la franja de sol que pasaba entre las tablas.

Sentado en los escalones de la entrada, Zacaria husmeó el aire como si buscara un olor anómalo.

—A mí no me parece que huelga a muerte —dijo en un tono cavernoso que nos horripiló.

Y volvimos a mirar al fondo del soportal, tratando de contrarrestar la luz procedente de la parte posterior.

—Es un hombre —aseguró el militar.

El cadáver yacía de espaldas sobre el entarimado de madera, como si éste fuera un féretro anticipado. No se le veía el rostro, que estaba vuelto hacia el lado opuesto. Una especie de trapo atado detrás le cubría la cabeza.

—Parece —dijo Zaca— un negro forastero.

—¿Cómo lo sabes?

El cuerpo no abrazaba el suelo, como hacen los cadáveres indígenas. Aquellos huesos no buscaban en la tierra otro vientre. Claro que, por otra parte, estaba el detalle de las botas. Zacaria nunca había visto unas iguales.

—Ahora me parece un blanco —afirmó Zaca sin apartar la vista, desde la escalinata—. Diría que el alma del tipo ya ha empezado a soltar la corteza.

Y dio la orden de que nos adelantáramos y empezáramos a cavar la sepultura. Cuando el hoyo estuviera listo, volveríamos a buscar al muerto. Mientras, la luz del soportal habría cambiado y estaríamos a salvo de los malos espíritus.

Y nos pusimos a cavar. Las palas abrían la postrera morada de aquel extraño. No obstante, sucedió que el hoyo no llegó a terminarse. Cuando llegábamos al fondo, la arena que el viento traía tapaba otra vez el agujero. Esto ocurrió una, dos y hasta tres veces. A la tercera, Zacaria tiró la pala como si le hubiera picado una avispa y exclamó:

—Esto no me gusta. Niños, venid aquí, de prisa.

Y nos empujó a la sombra de una mafurreira<sup>[3]</sup>. Se sacó del bolsillo un trapo blanco y lo ató a un tronco. Las manos le temblaban tanto que Ntunzi habló por él.

—Sé qué estás pensando, Zaca. Yo tengo la misma sensación —y, volviéndose hacia mí, añadió—: Esto mismo pasó en el funeral de mamá.

—Es el mismo maleficio.

Y entonces me hablaron de lo que sucedió el día que fueron a enterrar a mi madre. «Enterrar» es sólo una manera de expresarlo, pues en realidad nunca hay tierra suficiente para enterrar a una madre.

—No quiero enterrador.

Tal fue la orden de Silvestre, que dio a gritos para que se oyera bien sobre el viento. El polvo le hirió los ojos, pero ni siquiera cerró un poco los párpados, ya que las lágrimas le protegían.

—No quiero enterrador. Entre mi hijo y yo cavaremos la sepultura, nosotros haremos el funeral.

Pero el hoyo que empezaron nunca se llegó a terminar. Mi padre y Ntunzi lo intentaron en vano varias veces seguidas. En cuanto cavaban un agujero, volvía a cubrirse de arena. Kalash y Aproximado se les unieron, pero el resultado fue el mismo: el polvo, que el viento soplabá con furia, llenaba la cavidad al momento. Enterradores profesionales tuvieron que terminar la labor de abrir y cerrar la sepultura.

Ahora, ocho años después, la tierra volvía a negarse a abrir su vientre para recibir un cuerpo.

—¡Callad! —decretó Zacaria Kalash—. Oigo ruidos.

Con suma cautela, el ayudante se aproximó al soportal. Miró entre las tablas para luego volverse hacia nosotros con el gesto espantado. Donde antes yacía el cuerpo no había rastro de nada.

—El muerto ya no está. No lo veo por ninguna parte —repetía Zacaria a media voz.

El viento había amainado. Aun así, las hojas muertas se arremolinaban, realzando el vacío.

—Voy a buscar un arma —dijo Zaca.

Y echó a correr por los senderos.

Al poco, un nuevo estado de ánimo se apoderó de mí: tras el sobresalto me dominó una sensación de sosiego. Miré a Ntunzi, que temblaba como una caña, y, para su espanto, eché a caminar, firme, en dirección a la casa grande.

—¿Estás loco, Mwanito? ¿Adónde vas?

En silencio, subí al soportal pisando las tablas viejas con cuidado, para que el entarimado no se derrumbara, ni mi cuerpo se hundiera con él y acabara, quizá, junto al del muerto desaparecido. Recorrí el recinto en busca de algún indicio, hasta que decidí llamar a la puerta. Con la voz trémula, mi hermano me preguntó:

—¿Esperas que el difunto venga a abrirte?

—No hables tan alto.

—Tú estás loco, Mwanito. Voy a llamar a nuestro padre —dijo Ntunzi, dando media vuelta y alejándose a todo correr.

Me quedé solo frente al abismo. Despacio, abrí la puerta y con la vista examiné el vestíbulo. Era un amplio espacio entarimado, vacío, que olía a tiempo encerrado. Mientras mis ojos se acostumbraban a la penumbra, pensé: ¿por qué será que, en tantos años de infancia, nunca he tenido la curiosidad de explorar este lugar prohibido? La razón era que nunca había ejercido mi propia infancia: mi padre me había envejecido desde el día de mi nacimiento.

Entonces tuvo lugar la aparición: de la nada surgió una mujer. Bajo mis pies se abrió una grieta, y una neblina me envolvió. La visión de aquella criatura hizo que, de repente, el mundo desbordara las fronteras que yo tan bien conocía.

De soslayo, con los ojos entornados, afronté a la intrusa. Era blanca, alta y vestía como un hombre, con pantalones, camisa y botas altas. Tenía el cabello liso, medio oculto bajo un pañuelo, el mismo que habíamos visto sobre la cabeza del supuesto cadáver. Las botas eran asimismo iguales a las que éste calzaba. La nariz y los labios mal dibujados, además del tono de piel, le conferían el aspecto de una criatura desenterrada.

Tuve ganas de huir, pero mis piernas eran raíces seculares. Sin mover la cabeza, con la mirada busqué ayuda en el paisaje desenfocado de afuera. Nada. No había rastro de Ntunzi ni de Zacaria; apenas una neblina envolvía los alrededores de la casa. Aturdido, sentí que las lágrimas pesaban más que mi propio cuerpo. Fue entonces cuando oí las primeras palabras de la mujer:

—¿Estás llorando?

Sacudí la cabeza enérgicamente. Pensé que si confesaba mi fragilidad, sólo conseguiría alentar las intenciones diabólicas de la aparecida.

—¿Qué buscas, hijo mío?

—¿Yo? Nada.

¿Había hablado? ¿O esas palabras habían pasado por mí sin yo darme cuenta? Porque me sentía absolutamente desamparado, descalzo sobre un suelo abrasador. De pronto ya no sabía vivir, la Vida se había convertido en una lengua desconocida.

—¿Qué te pasa? ¿Me tienes miedo?

Aquella voz tierna y dulce sólo consiguió agravar mi sensación de irrealidad. Me pasé las manos por los ojos para secarme las lágrimas y, luego, levanté el rostro lentamente para examinar a la criatura, pero sin dejar de mirar de soslayo por miedo a

que la visión me arrancara los ojos para siempre.

—¿Eras tú quien cavaba un hoyo hace un momento en el huerto?

—Sí, era yo. Yo y otros más. Éramos muchos.

—Al oír voces he mirado. ¿Y para qué hacíais un hoyo?

—Para nadie... O sea, para nada.

Volví a dirigir la mirada al soportal, ansioso por saber qué había ocurrido con el cadáver. En el suelo no había indicios de que alguien lo hubiera arrastrado, las hojas estaban esparcidas por el terreno sin rastro alguno. La intrusa pasó cerca de mí y, por primera vez, sentí la dulzura de un perfume femenino. Pasó de largo hacia la salida. Me fijé en la manera en que se movía: era grácil y carecía de los ademanes grotescos a los que Ntunzi solía recurrir para representar a las criaturas femeninas.

—Disculpe, ¿usted es una mujer?

La intrusa levantó la mirada; una mirada herida por un antiguo dolor. Vaciló un momento, el tiempo que tarda en pasar una nube, se sacudió la tristeza y preguntó:

—¿Por qué? ¿No parezco una mujer?

—No lo sé. Nunca había visto a ninguna.

Aquella era la primera, y hacía evaporarse el suelo. Años después, viví amores y pasiones por mujeres y, siempre que las amé, el mundo volvió a desaparecer bajo mis pies. Aquel primer encuentro marcó en lo más profundo de mi ser el misterioso poder de las mujeres.

Al sentir que recuperaba las fuerzas, eché a correr cual gacela entre los matorrales. La mujer blanca se me quedó mirando, intrigada, desde la puerta. Me atreví a mirar atrás, esperando que se hubiera desvanecido, deseando que todo aquello sólo hubiera sido un delirio.

Una vez a salvo en casa, el corazón me brincaba en el pecho y, cuando me encontré a Ntunzi, apenas si podía articular palabra:

—Ntunzi, no..., no te lo vas a creer.

—Ya lo he visto —dijo, igual de agitado que yo.

—¿Qué has visto?

—A la mujer blanca.

—¿Sí? ¿La has visto?

—No podemos decirle nada a nuestro padre.

• • •

Esa misma noche, mi madre me visitó. Se me apareció en sueños, aunque sin rostro, pero esta vez con voz. Y esa voz era la de la aparecida, con sus requiebros y dulzuras. Me desperté aturdido, tan real era el sueño. Oí pasos por el cuarto: Ntunzi no podía dormir. A él también lo habían asaltado visitas nocturnas.

—Ntunzinho, dime: ¿nuestra madre se parecía a ella?

—No.

—¿Por qué no puedes dormir, Ntunzi?

—Porque he tenido sueños.

—¿Tú también soñabas con mamá?

—¿Te acuerdas de aquella chica que se quedó sin cara cuando me enamoré de ella?

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa con eso?

—En este sueño se me ha aparecido su rostro.

Callamos al oír voces fuera. Acudimos a la ventana. Era Zacaria, que hablaba con nuestro padre. Por sus ademanes, era evidente que el militar le estaba dando cuenta de la aparición. Y nos quedamos observando cómo Zacaria, con gestos, hacía una viva representación de lo que había sucedido en la casa encantada. Vimos cómo el rostro de mi padre se transfiguraba, asombrado: alguien nos había visitado; la tierra y los cielos se estremecían en Jerusalén.

De repente, Silvestre se puso en pie y desapareció en la oscuridad. Muertos de curiosidad, lo seguimos de lejos para averiguar qué pasaba por la cabeza de aquel hombre que avanzaba por el huerto como un animal herido. Silvestre fue derecho al camión y sacudió a Aproximado, que dormitaba en el asiento delantero. No hubo introducción ni saludo:

—¿Qué hace aquí esa blanca?

—No es la única que ha llegado. ¿Por qué no me preguntas a mí qué hago yo aquí?

Afectado por la emoción, mi padre llamó a Kalash con una seña. Parecía que Silvestre iba a decirle algo en secreto, pero de su boca no salió ni una palabra. De pronto, arrancó a darle patadas a Aproximado, mientras el militar intentaba impedir en vano que Silvestre alcanzara a nuestro tío. Y allí se quedaron los tres, dando vueltas como las palas rotas de un molino de viento. Por fin, mi padre, cansado, se apoyó en la parte delantera del vehículo y respiró hondo, como si quisiera volver a entrar en su alma. Y con voz de Cristo en la cruz, preguntó:

—¿Por qué me has traicionado, Aproximado? ¿Por qué?

—No tengo ningún contrato contigo.

—Pero ¿no somos familia?

—Eso pregunto yo.

Fueron demasiadas palabras. Aproximado había ido demasiado lejos. Mi padre permaneció callado, jadeando igual que Jezibela después de una carrera al trote. Y así, medio abatido, observó cómo Aproximado descargaba del camión una caterva de bagatelas: anteojos, poderosas linternas que penetraban en la noche, máquinas fotográficas, pamelas y trípodes.

—¿Qué es esto? ¿Una invasión?

—Nada de esto es superfluo. A la señora le gusta fotografiar garzas.

—¿Y aún te atreves a responder que «nada de esto es superfluo»? ¿Quién va por el mundo fotografiando garzas?

Aquello sólo era una razón añadida a su malestar. Porque únicamente la presencia de la portuguesa era, en sí misma, una intrusión insoportable. Una única persona —y encima una mujer— desmoronaba la nación entera de Jerusalén. En apenas unos momentos, se derrumbaba en pedazos la ardua creación de Silvestre Vitalício. Al final resultaba que ahí fuera había un mundo vivo, y un enviado de ese mundo se había instalado en el corazón de su reino. No había tiempo que perder: que Aproximado volviera a embalarlo todo y se llevara a la intrusa de vuelta.

—¡Tú, cuñado, llévate de aquí a esa mujer!

Aproximado sonrió con un gesto confuso y torpe: era lo que hacía cuando no encontraba las palabras.

—Querido Silvestre: nosotros no somos los dueños...

—¿Que no somos qué? Porque yo soy muy dueño de este lugar, y soy la única entidad vigente en todo este paisaje.

—No sé, no sé... ¿No has pensado que, en todo caso, nosotros somos quienes tendríamos que salir de aquí?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las casas que ocupamos son propiedad del Estado.

—¿Qué Estado? Aquí no veo ningún Estado.

—El Estado nunca se ve, cuñado.

—Por esa razón y por otras me largué de ese mundo donde el Estado nunca se ve pero siempre aparece para quitarnos las cosas.

—Puedes vociferar todo lo que quieras, Silvestre Vitalício, pero tú estás aquí de manera ilegítima...

—Ilegítima es la puta que te parió...

Era tanta su rabia que su voz se quebró, se rasgó como un trapo al partirse en dos. Nunca le habíamos oído gritar en aquel tono. Mi padre avanzó unos pasos hacia la casa de la administración y luego exclamó a voz en grito:

—¡Esa puta! ¡Esa grandísima puta!

Sacudía el cuerpo como si las palabras fueran piedras que arrojara.

—¡Vete de aquí, puta!

Viéndole luchar de aquel modo, contra el vacío, sentí pena. Mi padre quería cerrar el mundo que existía fuera de sí mismo. Pero no había puerta para encerrarse por dentro.

• • •

Era de madrugada cuando el viejo me sacudió en la cama y me susurró, inclinado sobre la almohada:

—Tengo una misión que darte, hijo mío.

—¿Una qué, padre? —pregunté, desorientado.

—Una misión de espionaje —añadió.

La tarea era simple y se me explicó en dos pinceladas: iría a la casa grande y espiaría lo que pasaba en la habitación de la portuguesa. Silvestre Zacaria quería encontrar pistas que pudieran revelar los propósitos secretos de la visitante. Ntunzi se encargaría de distraerla manteniéndola alejada de la casa. Y que no tuviera miedo de sombras ni apariciones. La portuguesa ya había espantado a todas las almas en pena. Los fantasmas nacionales no se llevan bien con los extranjeros, aseguró.

Más tarde, a media mañana, los objetos personales de la portuguesa se revelaban ante mí, en mis trémulas manos. Durante horas, escruté con la vista y con los dedos los papeles de Marta. Cada hoja que tocaba era un ala con la que ganaba más vértigo que altura.

# Los papeles de la mujer

Aquello que la memoria ama, será eterno.  
Yo te amo con la memoria, imperecedera.

ADÉLIA PRADO

Soy mujer, soy Marta y sólo puedo escribir. Al fin y al cabo, tal vez sea oportuna tu ausencia. Porque yo, de otro modo, nunca podría alcanzarte. Ya no estoy en posesión de mi propia voz. Si aparecieras ahora, Marcelo, me quedaría sin habla. Mi voz ha emigrado a un cuerpo que antes fue mío. Y cuando me escucho, ni yo misma me reconozco. En asuntos de amor sólo puedo escribir. No sólo ahora, siempre ha sido así, incluso cuando estabas presente.

Y escribo como las aves redactan su vuelo: sin papel, sin caligrafía, sólo con luz y nostalgia. Palabras que, siendo mías, nunca han morado en mí. Escribo sin tener nada que decir. Porque no sé qué decirte que fuimos. Y nada tengo que decir sobre qué seremos. Porque soy como los habitantes de Jerusalén. No tengo añoranzas, no tengo memoria: mi vientre nunca ha engendrado vida, mi sangre nunca se ha abierto en otro cuerpo. Así es como envejezco: evaporada en mí, velo olvidado en el banco de una iglesia.

Sólo te he amado a ti, Marcelo. Esa fidelidad me llevó al más penoso de los exilios: ese amor me apartó de la posibilidad de amar. Ahora, entre todos los nombres, sólo me queda el tuyo. Sólo a él puedo pedirle lo que te pedía antes a ti: que me haga nacer. ¡Porque me hace tanta falta nacer! Nacer como otra, lejos de mí, lejos de mi tiempo. Estoy exhausta, Marcelo. Exhausta, pero no vacía. Para estar vacía hace falta tener adentros. Y yo he perdido mi interioridad.

¿Por qué nunca me escribiste? Lo que más añoro no es leerte, sino el sonido del cuchillo al rasgar el sobre que me traía tu carta. Y sentir, de nuevo, una caricia en el alma, como si en alguna parte estuvieran golpeando un cordón umbilical. Pero me equivocaba: ni hay cuchillo ni hay carta. No hay nada que parir, nadie a quien parir.

• • •

¿Ves cómo me hago pequeña cuando escribo para ti? Por eso nunca podría ser poeta. El poeta se engrandece ante la ausencia, como si la ausencia fuera su altar y se volviera más grande que la palabra. En mi caso no: la ausencia me sumerge, impidiéndome acceder a mí misma.

Éste es mi conflicto: cuando estás, no existo, ignorada. Cuando no estás, me desconozco, ignorante. Sólo soy en tu presencia. Y sólo me tengo en tu ausencia. Ahora lo sé. Apenas soy un nombre. Un nombre que no se enciende sino en tu boca.

• • •

Esta mañana he contemplado a lo lejos la quema. Del otro lado del río, extensiones inmensas se consumían en un momento. No era la tierra lo que se convertía en llama: era el propio aire que ardía, el cielo entero era devorado por demonios.

Más tarde, cuando las llamaradas se han aplacado, ha quedado un mar de ceniza oscura. En ausencia del viento, las partículas flotaban como libélulas negras sobre la extensión de capín. Podía ser una escena del fin del mundo. Pero para mí era lo contrario: era un parto de la Tierra. He tenido ganas de gritar tu nombre:

—¡Marcelo!

Mi grito se habría oído lejos. Y es que en este lugar hasta el silencio tiene eco. Si existe un sitio donde pueda renacer es aquí, donde el más breve instante me sacia. Soy como la sabana: ardo para vivir. Y muero ahogada por mi propia sed.

• • •

—¿Qué es esto?

En la última parada antes de llegar a Jerusalén, Orlando (a quien debo acostumbrarme a llamar Aproximado) me preguntó, señalando mi nombre escrito sobre la tapa de mi diario:

—¿Qué es esto?

—Ésta —corregí—. Ésta soy yo.

Debería haber dicho: esto es mi nombre, escrito en la tapa de mi diario. Pero no. Dije que era yo, como si todo mi cuerpo y toda mi vida fueran cinco simples letras. Eso es lo que soy, Marcelo: soy una palabra, de día me escribes, de noche me apagas. Cada día es una hoja que rompes, soy el papel que espera tu mano, soy la letra que aguarda la caricia de tus ojos.

• • •

En Jerusalén, lo que más me impresionó desde el primer instante fue la ausencia de electricidad. Nunca había sentido la noche, nunca me había abrazado la oscuridad, nunca me había abrazado por dentro hasta ser, yo misma, oscuridad.

Esta noche me siento en el soportal bajo el cielo estrellado. No. Bajo el cielo, no. En medio del cielo. El firmamento está tan cerca que podría derramarlo, respiro con delicadeza por miedo a desordenar las constelaciones.

El olor del petróleo al quemarse en la lamparilla es la única ancla que me fija al suelo. Todo lo demás son vapores insondables, fragancias desconocidas, ángeles que pululan a mi alrededor. Nada es anterior a mí, estoy inaugurando el mundo, las luces,

las sombras. Más aún: estoy fundando las palabras. Yo misma las estreno, creadora de mi propio idioma.

Todo esto, Marcelo, me hace recordar nuestras noches en Lisboa. Tú me mirabas mientras yo, en la cama, extendía las cremas de belleza por mi cuerpo. Te quejabas de que eran demasiadas: una loción para la cara, otra para el cuello, una para las manos, otra más para el contorno de los ojos. Se inventaron como si cada porción de mí fuera un cuerpo distinto y contuviera una belleza propia. Para los vendedores de cosméticos ya no basta con que una mujer tenga su propio cuerpo. Cada una de nosotras tiene varios cuerpos que existen en una federación autónoma. Eso decías tú para disuadirme.

Perseguida por el miedo a la vejez, dejé envejecer nuestra relación. Ocupada en embellecerme, dejé escapar la verdadera belleza, que sólo habita en el desnudar de la mirada. La sábana se enfrió, la cama se volvió infeliz. Ésa es la diferencia: la mujer que encuentras aquí, en África, sólo se embellece para ti. Yo me embellecí para mí, que es otra forma de decir para nadie.

Eso es lo que esas negras tienen y que nosotras nunca podremos tener: ellas siempre son un cuerpo entero. Ellas habitan en cada porción del cuerpo. Todo su cuerpo es mujer, todo su cuerpo es femenino. Y nosotras, blancas, vivimos en una extraña trashumancia: unas veces somos alma, otras cuerpo. Aspiramos a las alas del deseo para, luego, caer bajo el peso de la culpa.

Ahora que he llegado aquí, de pronto ya no quiero encontrarte. Era un sentimiento extraño en mí: yo, que tanto me recreé en el sueño de reconquistarte. En el viaje a África, sin embargo, ese sueño se disipó. Tal vez esperé demasiado tiempo. Y en esa espera aprendí a apreciar la añoranza. Recuerdo los versos de un poeta, que decían: «Yo he venido al mundo para sentir añoranza». Como si sólo por la ausencia me poblara interiormente. Siguiendo el ejemplo de esas casas que sólo se sienten cuando están vacías. Como esta casa que ahora habito.

• • •

El dolor de un fruto ya caído, eso es lo que siento. El anuncio de la semilla, eso es lo que espero. Como ves, me reconozco como árbol y suelo, tiempo y eternidad.

—Te pareces a la Tierra. Ésa es tu belleza.

Eso me decías. Y cuando nos besábamos y yo perdía la respiración y, entre suspiros, preguntaba: ¿qué día naciste? Y me respondías con la voz trémula: estoy naciendo ahora. Y tu mano ascendía entre el surco de mis piernas y yo volvía a preguntarte: ¿dónde naciste? Y tú, casi sin voz, respondías: estoy naciendo en ti, mi amor. Eso decías. Marcelo, eras un poeta. Yo era tu poesía. Y cuando me escribías, era tan hermoso lo que me contabas que me desnudaba para leer tus cartas. Sólo podía leerte desnuda. Porque te recibía no con mis ojos, sino con todo mi cuerpo, con cada línea, con cada poro.

• • •

Cuando todavía estaba en la ciudad, y Aproximado me preguntó quién era yo, me quedé con la sensación de haber hablado la noche entera. Se lo conté todo sobre nosotros, se lo conté casi todo sobre ti, Marcelo. En cierto momento, tal vez por cansancio, reparé en que yo misma me sorprendía con esa narración. Los secretos son fascinantes porque están hechos para ser revelados. He revelado secretos porque ya no soporto vivir sin fascinación.

—Ya sabe, doña Marta, que el viaje hasta el coto es muy peligroso.

No respondí, pero la verdad era que sólo me interesaba viajar para atravesar infiernos, para hacer pasar el alma entre llamaradas.

—Hábleme de ese Marcelo. Su marido.

—¿Marido?

Ya estoy acostumbrada: las mujeres se explican a sí mismas hablando de sus hombres. Si fueras tú, Marcelo, quien me explicara a los demás y yo me convirtiera, con tus palabras, en una criatura simple que cabe en el habla de un único hombre.

—El año pasado Marcelo vino de viaje a África.

Vino como todo aquel que se ilusiona por un lugar en el que vivió: en un peregrinaje nostálgico. Pasó un mes aquí y, al volver, estaba extraño. Tal vez el reencuentro con la tierra lo sacudió. En Mozambique, años antes, había combatido como soldado. Creía que lo habían enviado a matar a una tierra extraña. Pero lo habían enviado a matar a una tierra remota. En esa mortal operación, Marcelo acabó naciendo como otra persona. Quince años después, quería volver a ver no esa tierra sino ese nacimiento. Insistí en que no fuera. Ese viaje me causaba un extraño presentimiento. No hay recuerdo que pueda visitarse. O, peor: hay recuerdos que sólo vuelven a encontrarse en la muerte.

• • •

Todo esto he contado, Marcelo, porque todo esto me duele como una uña que nace torcida. Necesito hablar, roer esa uña hasta la carne. No sabes cuánto me has hecho morir, Marcelo. Porque tú regresaste a África, pero una parte de ti no volvió. Todos los días, temprano por la mañana, salías de casa y deambulabas por las calles como si no reconocieras nada de tu ciudad.

—Esta ciudad ya no es mía, ¿verdad?

Así me decías. Una tierra es nuestra del mismo modo que una persona puede pertenecernos: sin llegar a poseerla nunca. Días después de tu regreso, encontré una fotografía en el fondo de tu maleta. Era la imagen de una mujer negra. Joven, bonita, con unos ojos profundos que desafiaban a la cámara. En el dorso había una anotación en letra pequeña: era un número de teléfono. Escrito de aquella manera, en miniatura,

parecía un simple tachón. Pero era un abismo al que yo regresaba una y otra vez para volver a caer.

Mi primer impulso fue hacer una llamada telefónica. Pero lo reconsideré. ¿Qué iba a decir? Me sobrevino una furia incontenible. Dejé la foto boca abajo, como se hace con un cadáver cuyo rostro no quiere verse.

—Traidor, quiero que mueras de sida e infestado de piojos...

Quería maltratarte, Marcelo, quería detenerte. Para encadenarte a mi rabia. Poco importaba que hubiera amor o no. Durante las noches siguientes, mi espera fue un largo insomnio. Esperaba que llegaras para hablarte, pero llegaste demasiado vacío para escuchar. Dijiste que estarías menos cansado al día siguiente. Pero al día siguiente me llamaste desde el aeropuerto para decirme que volvías a marcharte a Mozambique. Por primera vez mi propia voz se me hizo extraña. Y te dije: «Pues ve a acostarte...». Sólo eso. Cuando en realidad quería haberte dicho: «Pues ve a acostarte con tus negras...». Dios mío, cómo me avergüenzo de esa rabia y de lo mezquina que me volvió ese sentimiento.

Me quedé en Lisboa, consumida por la parte de mí que había partido contigo. Por una triste ironía, quien más compañía me hizo en tu ausencia fue tu amante. En la mesita de noche, la fotografía de esa otra mujer me miraba fijamente. Y las dos nos mirábamos, día y noche, como si un lazo invisible nos hubiera unido siempre. A veces le murmuraba mi decisión:

—Voy a hablar con él...

Y entonces la amante negra me aconsejaba: «¡No lo hagas!». Déjalo que se hunda solo en el fango. Me convencí de lo irremediable: mi marido había desaparecido para siempre, víctima de un acto de canibalismo. Marcelo había sido devorado, como sucedía en el pasado con los viajeros que partían al África salvaje. Lo había engullido una boca inmensa, una boca del tamaño de un continente. Había sido deglutido por misterios ancestrales. Pero ahora ya no hay salvajes: ahora hay indígenas. Y los indígenas pueden ser bellos. Sobre todo pueden ser bellas. De esa belleza que hace resurgir su antiguo salvajismo. Es una belleza salvaje. Los hombres blancos, otrora verdugos y temerosos de ser devorados, hoy quieren que la belleza negra se los coma, que los devore.

Esto me decía tu amante. Cuántas veces me dormí con la fotografía de esa rival rondándome el sueño. Y todas esas veces murmuré entre dientes: ¡malditas mujeres! No me conformaba con la injusticia del destino. Durante años, me había aplicado en maquillarme, en hacer dieta y gimnasia... Creía que era la manera de seguir seduciéndote. Ahora entiendo que la seducción reside en otra parte. Tal vez en la mirada. Pero hacía mucho que yo había dejado que esa mirada ardiente se desvaneciera.

Al contemplar la quema en la sabana sentí añoranza de ese intercambio de fuego, reflejo del deslumbramiento que cautivó a Marcelo. Deslumbrar, como manda la palabra, debería significar cegar, retirar la luz. Y a fin de cuentas, lo que yo pretendía

era una ofuscación. Yo sabía que esa alucinación que había sentido una vez viciaba como la morfina. El amor es una morfina. Podría comercializarse en envases bajo el nombre: Amorfina.

Las llamadas «revistas para mujeres» venden recetas, secretos y técnicas para amar más y mejor. Consejos para mejorar el sexo. Al principio me embarqué en esa ilusión. Quería reconquistar a Marcelo y estaba dispuesta a creerme cualquier cosa. Ahora lo sé: del amor sólo me interesa no saber, dejar el cuerpo al margen de la mente, en absoluta libertad. Mujer sólo en apariencia. Debajo de ese aspecto: animal, fiera, lava...

• • •

Todo este cielo me recuerda a Marcelo. Él solía decirme: «Voy a contar estrellas». Y tocaba cada una de mis pecas. Con el dedo puntuaba los hombros, la espalda, el pecho. Mi cuerpo era el cielo de Marcelo. Y yo no supe volar, entregarme al sopor de contar estrellas. Nunca me sentí a gusto en el sexo. Era, digamos, un territorio extraño, un idioma desconocido. Mi timidez era más que simple vergüenza. Yo era una traductora sorda, incapaz de convertir en movimiento el deseo que hablaba dentro de mí. Yo era el diente cariado en la boca de un vampiro.

Y vuelvo a mi mesita de noche para hacer frente al rostro de la amante negra. Aquélla fue la mirada que penetró, al tomarse la fotografía, en los ojos de mi hombre. Una mirada luminosa, como la luz a la entrada de una casa. Tal vez fuera eso, una mirada deslumbrada, lo que Marcelo siempre había deseado. No era el sexo. Sino el sentirse deseado, aunque fuese de manera breve y fingida.

Bajo el sol africano vuelvo a ser mujer. La tierra, la vida, el agua son de mi género. El cielo no, el cielo es masculino. Siento que el cielo me toca con todos sus dedos. Me duermo bajo la caricia de Marcelo. Y escucho, a lo lejos, los acordes brasileños de Chico César: «*Se você olha para mim eu me derreto suave, neve num vulcão...*»<sup>[4]</sup>.

Quiero vivir en una ciudad donde sueñan con la lluvia. En un mundo donde la lluvia es la mayor felicidad. Y donde todos llovemos.

• • •

Esta noche he seguido el ritual: me he desnudado entera para releer las viejas cartas de Marcelo. Mi amor escribía de un modo tan profundo que, mientras leía, sentía su brazo rozando mi cuerpo, y era como si me desabotonara el vestido, y la ropa se deslizara a mis pies.

—Marcelo es un poeta.

—No lo digas más.

—¿Y por qué?

—La poesía es una enfermedad mortal.

Marcelo se dormía enseguida, después de hacer el amor. Doblaba la almohada entre las piernas y se entregaba al sueño. Yo me quedaba sola, despierta, reflexionando sobre el tiempo. Al principio veía en aquella actitud de Marcelo una señal insoportable de egoísmo. Después, cuando ya era demasiado tarde, lo entendí. Los hombres no miran a las mujeres a las que acaban de amar porque tienen miedo. Tienen miedo de lo que puedan encontrar en el fondo de su mirada.

## Orden de expulsión

He perdido el miedo de mí. Adiós.

ADÉLIA PRADO

Los papeles de Marta me quemaban en las manos. Los ordené de manera que no se notara que había violado las intimidades que contenían. Regresé a mi casa con un peso en el alma. Tememos a Dios porque existe. Aunque tememos más al demonio porque no existe. Pero lo que más miedo me daba en aquel momento no era Dios ni el demonio. Así es, me angustiaba la reacción de Silvestre cuando le dijera que en el cuarto de la portuguesa no había encontrado nada aparte de unas cuantas cartas de amor. El viejo me esperaba a la entrada del campamento con las manos en las caderas.

—¡Informe! —exclamó en un tono cargado de ansiedad—. Quiero un informe. ¿Qué has encontrado entre las cosas de la *tuga*<sup>[5]</sup>?

—Sólo papeles. Nada más.

—¿Y qué ponían?

—¿Se ha olvidado, padre, de que no sé leer?

—¿Has traído algunos de esos papeles?

—No. La próxima vez...

No me dejó acabar. Salió de la cocina y, al instante, volvió a entrar con Ntunzi, tirándole de un brazo.

—Iréis los dos a la casa de la portuguesa y le transmitiréis mi orden.

—¿Qué orden, padre? —preguntó Ntunzi.

—¿Y todavía preguntas?

Que la conmináramos a regresar a la ciudad. Que fuéramos parques, que fuéramos groseros. Que la *tuga* recibiera el mensaje sin sutilezas.

—Quiero a esa mujer lejos, fuera de aquí, y que no vuelva.

Miré a Ntunzi, que estaba quieto, como si acatara las órdenes. Por dentro debía de estar rabiando de ganas de negarse. Pero nada dijo, nada objetó. Así nos quedamos, esperando a que Silvestre volviera a hablar. El silencio de mi padre nos mantuvo callados a ambos y, de este mismo modo, humildes y anulados, nos encaminamos hacia la casa encantada. A medio camino pregunté:

—¿Vas a echar a la portuguesa? ¿Cómo se lo vas a decir?

Ntunzi sacudió la cabeza con un desanimado gesto de negación. En él chocaban los dos polos de lo imposible: no era capaz de obedecer, pero tampoco era capaz de transgredir. Al fin dijo:

—Tú hablarás con ella.

Y dio media vuelta. Yo seguí adelante con paso solemne, como en un desfile fúnebre, hacia la casa grande. Encontré a la intrusa sentada en la escalera con un

bolso a sus pies. Me saludó de manera cariñosa y miró al cielo como si de un momento a otro fuera a echarse a volar. Esperaba oírle decir cosas con aquella dulzura que me había visitado en sueños. Sin embargo, guardó silencio mientras sacaba del bolso una máquina fotográfica, como supe después. Me fotografió, fijándose en rincones de mi alma que yo mismo desconocía. Después sacó de la bolsa un pequeño aparato metálico y se lo acercó al oído para luego dejarlo.

—¿Qué es eso?

Me explicó que era un teléfono móvil y para qué servía. Sin embargo, allí, en Jerusalén, no había servicio para aquel aparato.

—Sin él —dijo señalando el teléfono— me siento perdida. Dios mío, cuánto necesito hablar con alguien...

Una profunda tristeza le nubló los ojos. Parecía que fuera a prorrumpir en llanto. Pero se contuvo y se acarició el rostro con las manos. Durante unos momentos permaneció distante. Me pareció que balbucía el nombre de Marcelo. Pero era tan lento y silente que más parecía una oración de difuntos. Despacio, volvió a guardarlo todo en el bolso y, al final, preguntó:

—¿Dónde suelen posarse las garzas por aquí?

—En la laguna hay muchas —dije.

—Cuando haga menos calor, ¿me llevarás a esa laguna?

Asentí con la cabeza. No le hablé del cocodrilo que vigila las orillas del pantano por temor a que cambiara de opinión y revocara la decisión de dar el paseo. En aquel momento empezó a extenderse cremas por el cuerpo. La sorprendí al preguntarle, intrigado:

—¿Quiere que vaya a buscarle un balde con agua?

—¿Agua? ¿Para qué?

—¿No se está lavando?

De pronto, la tristeza que la envolvía se disipó: la portuguesa soltó una carcajada que casi me ofendió. ¿Que si se estaba lavando? Se estaba aplicando cremas de protección solar. Pensé que a lo mejor tenía alguna enfermedad. Pero no. La mujer dijo que, hoy en día, la luz estaba envenenada.

—Pero aquí no, señora, aquí en Jerusalén no.

La portuguesa se apoyó sobre un larguero de madera, cerró los ojos y empezó a canturrear. Volví a perder el mundo de vista. Nunca había oído una melodía como aquella, que fluyera de labios humanos. Había oído el canto de pájaros, brisas y ríos, pero nada se asemejaba a aquella tonada. Acaso para protegerme de su seducción, pregunté:

—Disculpe, ¿usted también es puta?

—¿Cómo?

—Putá —deletreé con dificultad.

Atónita primero, divertida después, la mujer inclinó la cabeza como si le pesara el pensamiento y, por fin, respondió con un suspiro:

—Tal vez lo sea. ¿Quién sabe?

—Mi padre dice que todas las mujeres son unas putas...

Me pareció que sonreía. Luego se irguió y me miró intensamente, con los ojos a medio cerrar, y exclamó:

—Tú te pareces a tu madre.

Una especie de inundación se desató dentro de mí, la suavidad de su voz se extendió y cubrió toda mi alma. Necesité unos instantes para preguntarme: ¿la extranjera conocía a Dordalma? ¿Cómo y cuándo se habían encontrado?

—Perdone, pero usted...

—Llámame Marta.

—Sí, señora.

—Conozco la historia de tu familia, pero nunca conocí a Dordalma. ¿Y tú? ¿Llegaste a conocer a tu madre?

Sacudí la cabeza con toda la lentitud que la tristeza me permitía, como si mi cuerpo me fuera ajeno.

—¿Te acuerdas de ella?

—No lo sé. Todos dicen que no.

Quería pedirle que cantara otra vez. Porque ahora, dentro de mí, había una certeza. Marta no era una visitante: era una enviada. Zacaria Kalash había presentido su llegada. Pero yo sospechaba que Marta era mi segunda madre. Había venido para llevarme a casa. Y Dordalma, mi primera madre, era esa casa.

• • •

Empezaban a encorvarse las sombras cuando acompañé a Marta a la laguna de las garzas. La ayudé a cargar los utensilios de fotografiar y escogí los caminos menos escabrosos para descender la ladera. De vez en cuando se detenía en medio del camino y se llevaba las dos manos a la nuca para recogerse el cabello, como si quisiera evitar que éste le estorbara la vista. Luego volvía a escrutar el firmamento. Recordé lo que decía Aproximado: «Quien quiere la eternidad mira al cielo, quien quiere el momento mira a la nube». La visitante lo quería todo: cielo, nube, aves e infinitos.

—Qué luz tan esplendorosa —repetía, extasiada.

—¿No le da miedo que esté envenenada?

—No puedes imaginarte hasta qué punto necesito, en este momento, la luz...

Hablaba como si dijera una oración. La luz esplendorosa, para mí, era la que emanaba de sus movimientos; tampoco había visto nunca cabellos tan lisos y reverberantes. Pero ella hablaba de algo que siempre había estado allí y que yo jamás había advertido: de la luz que irradian no el Sol, sino los lugares en sí mismos.

—Allí, nuestro Sol no habla.

—¿Dónde es «allí», señora Marta?

—Allí, en Europa. Aquí es diferente. Aquí el Sol gime, susurra, grita.

—Sí, pero —corregí yo, por delicadeza— el Sol siempre es el mismo.

—Te equivocas. Allí el Sol es una piedra. Aquí es un fruto.

Sus palabras eran extranjeras pese a pronunciarlas en la misma lengua. El idioma de Marta era de otra raza, de otro sexo, de otro pelaje. El simple hecho de escucharla era, para mí, un modo de emigrar de Jerusalén.

En un momento dado, la portuguesa me pidió que no mirara: se quitó la blusa y dejó caer la falda. Y fue a bañarse en ropa interior. De espaldas al río, reparé en Ntunzi escondido entre los matorrales. Con una seña me dio a entender que disimulara. Desde su escondrijo, con los ojos como platos, mi hermano se regalaba la vista, así como el cuerpo. Y por primera vez vi el rostro de Ntunzi desaparecer en llamas.

• • •

Mi padre enseguida adivinó que no habíamos seguido sus instrucciones. Para nuestro asombro, no se enfadó. ¿Había comprendido nuestras excusables razones, disculpaba nuestro retraimiento, nube que pasa ante el sol? Fue a vestirse de punta en blanco, con la misma corbata que solía ponerse para ir a ver a Jezibela, los mismos zapatos oscuros, el mismo sombrero de fieltro. Nos cogió a cada uno de una mano y nos arrastró hasta la casa encantada. Llamó a la puerta y, en cuanto la portuguesa apareció, le soltó:

—Por primera vez mis hijos me han desobedecido...

La mujer lo miró con serenidad y esperó a que prosiguiera. Silvestre moduló la voz, corrigiendo la aspereza inicial:

—Pido permiso para entrar. Para entrar yo y mis dos hijos legítimos.

—Entren. No tengo sillas.

—No vamos a quedarnos ni un momento, señora.

—Me llamo Marta.

—Nunca llamo a una mujer por su nombre.

—¿Y entonces cómo la llama?

—No tendré tiempo de llamarla de ninguna manera. Porque la señora se va a marchar de aquí.

—Mi nombre, señor Mateus Ventura, es como el suyo: una especie de enfermedad de nacimiento...

Al oír su antiguo nombre, mi padre reaccionó como si hubiera recibido un latigazo invisible. Sus dedos me apretaron la mano, tensos como arcos de azagaya.

—No sé qué le han contado, pero está equivocada, señora. Aquí no hay ningún Ventura.

—Tengo que marcharme, no se preocupe. Lo que me ha traído a África se ha terminado.

—¿Y puedo saber qué la ha traído aquí?

—He venido en busca de mi marido.

—Y yo le pregunto, señora: ¿ha venido tan lejos sólo para buscar a su marido?

—Sí. ¿Le parece poco?

—Una mujer no sale en busca de su marido. Una mujer se queda a esperarlo.

—Entonces es que, a lo mejor, no soy una mujer.

Miré con desesperación a Ntunzi. ¡La extraña declaraba no ser una mujer! ¿Decía la verdad, contrariando el sentimiento maternal que ya me había inspirado?

—Antes de viajar, me informé sobre su historia —afirmó Marta.

—No hay ninguna historia, estoy aquí para una temporada de vacaciones, este lugar es un retiro exclusivo...

—Conozco su historia...

—La única historia, querida señora, es la historia de su salida, de su regreso al lugar del que ha venido.

—Usted no me conoce; no sólo un marido hace mover a una mujer. En la vida hay otra clase de amores...

Esta vez, con un gesto perentorio, mi padre levantó el brazo para interrumpirla. Si a algo tenía alergia era a hablar de amores. El amor es un territorio en el que no se pueden dar órdenes. Y él había creado un retiro gobernado por la obediencia.

—Esta conversación se está alargando. Y yo ya soy viejo, señora. Con cada instante que desperdicio pierdo la Vida entera.

—Entonces ¿lo que ha venido a decirme ya está dicho?

—No hay nada más que añadir. La señora ha dicho que ha venido a buscar a una persona. Ahora ya puede irse, porque aquí no hay nadie...

—Querido Ventura, una cosa puedo asegurarle: usted no es el único que ha querido salir del mundo...

—No la entiendo...

—¿Y si le dijera que usted y yo estamos aquí por la misma razón?

Era doloroso presenciar aquella escena. Una mujer —una mujer blanca— estaba desafiando la autoridad de nuestro viejo progenitor, estaba exponiendo ante sus hijos su debilidad como padre y como hombre.

Silvestre Vitalício pidió permiso y se retiró. Más tarde nos explicó que, en el momento en que puso fin a la conversación, la furia ya empezaba a desbordarse, como el magma en el cráter de un volcán:

—Las mujeres son como las guerras: convierten a los hombres en animales.

• • •

Tras el enfrentamiento con la visitante, mi padre tuvo un sueño inquieto toda la noche. Se revolvía en un crepitar de pesadillas. Entre indescifrables interjecciones, oímos cómo llamaba unas veces a nuestra madre, otras a la burra:

—¡Alminha! ¡Jezibelinha!

A la mañana siguiente ardía de fiebre. Ntunzi y yo nos acercamos a su cama. Silvestre ni siquiera nos reconoció:

—Padre, somos nosotros, sus hijos...

Nos miró con un gesto compadecido y así se quedó, con la sonrisa fija en el rostro, y la mirada desvanecida como si nunca nos hubiera visto. Pasado un rato se puso la mano sobre el pecho, como si de este modo ayudara a su propia voz, y sentenció:

—Es lo que queríais, ¿verdad?

—No le entendemos —dijo Ntunzi.

—¿Queríais cuidar de mí? ¿Era eso lo que queríais, verme abatido, enterrarme sumido en este estado de debilidad? Pues no os daré ese gusto...

—Pero, padre, sólo queremos ayudarle...

—Salid de mi cuarto y no volváis a entrar ni para retirar mi cadáver...

Durante días, mi padre agonizó en la cama. Su fiel servidor, Zacaria Kalash, estuvo a su lado en todo momento. Esos días fueron providenciales para aproximarnos a Marta. Yo la veía cada vez más como una madre. Ntunzi soñaba con ella cada vez más como una mujer. Mi hermano estaba en celo: soñaba con la desnudez de Marta, la desnudaba con la voracidad del macho, en sus sueños la ropa interior de la lusitana caía al suelo. Lo que me gustaba de Marta era su amabilidad. Ella se dedicaba a escribir. Todos los días se inclinaba sobre unos papeles, hilvanando caligrafías. Al igual que yo, Marta era una extranjera en el mundo. Ella escribía recuerdos, yo afinaba silencios.

De noche, mi hermano se vanagloriaba de los avances sobre el corazón de Marta. Parecía un general informando sobre los territorios conquistados. Decía que había contemplado sus senos, que la había sorprendido en sus intimidades y que la había visto desnuda del todo mientras se bañaba. Le faltaba poco para consumarse en su cuerpo. Entusiasmado ante la proximidad de ese momento dorado, mi hermano se levantaba en la cama y declaraba:

—¡O Dios existe, o está a punto de nacer!

Aquellos episodios eran como las historias de cazadores: sólo podían contarse debidamente si eran mentira. Sin embargo, con cada una de sus narraciones, yo me violentaba, dolido y traicionado. Aun sabiendo que eran más deseos que hechos, los relatos de Ntunzi me llenaban de rabia. Por primera vez había una mujer en mi vida. Y esa mujer había sido enviada por la difunta Dordalma para proteger lo que me quedaba de infancia. Poco a poco, la extranjera se iba convirtiendo en mi madre, en una especie de segundo turno de existencia.

• • •

Los relatos eróticos de mi hermano podían ser delirantes, pero lo cierto es que, al

final de la tercera tarde, presencié cómo Ntunzi apoyaba la cabeza sobre el regazo de ella. Aquella intimidación me hizo dudar: ¿sería verdad todo lo que mi hermanito me había contado sobre su romance con la forastera?

—Estoy cansado —confesó Ntunzi, echado sobre Marta.

La portuguesa acarició la frente de mi hermano y dijo:

—No es cansancio. Es tristeza. Echas en falta a alguien. Tu enfermedad se llama añoranza.

Hacía mucho tiempo que mi madre ya no vivía, pero nunca había llegado a morir dentro de mi hermano. A veces, Ntunzi quería gritar de dolor, pero le faltaba vida para ese grito. Entonces la portuguesa aconsejó a Ntunzi que se pusiera de luto, que domesticara el salvaje aguijón de la añoranza.

—Tienes todo este lugar tan bueno para llorar...

—¿De qué me vale llorar si no tengo quien me escuche?

—Llora, querido mío, que yo te doy mi hombro.

Los celos me hicieron alejarme, dejando atrás el triste espectáculo de Ntunzi echado sobre la intrusa. Por primera vez odié a mi hermano. En el cuarto lloré al sentirme traicionado por Ntunzi y por Marta.

• • •

Para empeorar la situación, mi padre mejoró. Una semana después de haber caído en cama, salió del cuarto. Se sentó en la silla del soportal para recuperar el aliento, como si la enfermedad no fuera más que cansancio.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

—Hoy ya me he despertado vivo —me respondió.

Ordenó que Ntunzi se presentara. Quería examinar nuestros ojos para ver cómo andábamos de sueño. Nuestros rostros desfilaron ante su examen sentenciador.

—Tú, Ntunzi, te has levantado tarde. Ni siquiera has saludado al astro.

—He dormido mal.

—Yo sé qué te está quitando el sueño.

Con los párpados cerrados, aguardé ante lo que se anunciaba. Se avecinaba la tempestad, o yo no conocía a Silvestre Vitalício.

—Te aviso: si te veo rondar a esa portuguesa...

—Pero, padre, si no estoy haciendo nada...

—Esas cosas no se hacen: aparecen hechas. Luego no digas que no te he avisado.

Ayudé al viejo a recuperar el sosiego. Después me dirigí al patio donde aguardaba la portuguesa. Esperaba que la ayudara a trepar a un árbol. Dudé. Primero pensé que la mujer quizá quería volver a sentirse como en la infancia. Pero no. Sólo quería comprobar si el teléfono móvil captaría una señal desde un punto más elevado. Mi hermano se ofreció y la ayudó a subir entre las ramas. Al ver que le miraba las piernas a la mujer blanca, me alejé, incapaz de presenciar aquella degradante escena.

Más tarde, alrededor de la mesa donde, en silencio, acabábamos de cenar, el viejo Silvestre disparó:

—Hoy he acabado de empeorar.

—¿Ha vuelto a ponerse enfermo?

—Por vuestra culpa. ¿Cómo permitís que esa mujer se suba a un árbol?

—¿Qué mal hay en eso, padre?

—¿Qué mal hay? ¿Ya habéis olvidado que yo... que soy un árbol?

—Padre, no está usted hablando en serio...

—Esa mujer se estaba subiendo sobre mí, me pisaba con sus pies, apoyaba todo su peso sobre mis hombros...

Y calló, tan graves eran las ofensas. Sólo sus manos se agitaban con desesperación en el vacío. Se levantó con dificultad. Al intentar ayudarlo, extendió el índice frente a nuestras narices.

—Mañana, esto se va a acabar.

—¿Qué se va a acabar?

—Mañana, a esa mujer se le termina el plazo de seguir aquí. Mañana será su último día.

• • •

El golpe más duró llegó con la oscuridad de la noche: Ntunzi anunció que pensaba huir con la extranjera. Según él, estaba todo preparado. Planificado hasta el último detalle.

—Marta va a llevarme a Europa. Allí hay países en los que se puede entrar y de los que se puede salir.

Eso conforma un lugar: poder llegar a él y poder partir de él. Por eso nosotros no vivíamos en ningún lugar. Una sensación de frío me paralizó al pensar que me quedaría solo en la inmensidad de Jerusalén.

—Yo iré con vosotros —proclamé con un grito agudo.

—No, tú no puedes.

—¿No puedo? ¿Por qué?

—En Europa no permiten la entrada a niños de tu edad.

Y me contó lo que decía el tío. Que en esos países ni siquiera hace falta trabajar: las riquezas estaban a disposición de todos, bastaba cumplir los debidos requisitos.

—Voy a recorrer Europa del brazo de la mujer blanca.

—No te creo, hermano. Esa mujer se te ha subido a la cabeza. ¿Te acuerdas de aquella historia de amor que me contaste? Pues te has vuelto a quedar ciego.

• • •

No era el hecho de que Ntunzi pensara marcharse. Era el hecho de que fuera a marcharse con Marta: eso era lo que más me dolía. Por ese motivo no fui capaz de dormir. Miré hacia la casa grande y, al ver que aún había una lamparilla encendida, fui a hablar con Marta para comunicarle sin rodeos:

—¡Estoy enfadado con usted!

—¿Conmigo?

—¿Por qué ha escogido a Ntunzi?

—¿Qué tontería es ésta?

—Ya lo sé todo: piensa huir con mi hermano. Va a dejarme aquí.

Marta echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Me pidió que me acercara. Me negué.

—Mañana me voy. ¿No quieres dar un paseo conmigo?

—Quiero salir de aquí con usted de una vez por todas... Con Ntunzi.

—Ntunzi no vendrá conmigo. Puedes estar seguro. Mañana llegará Aproximado con combustible y nos marcharemos los dos. Sólo vuestro tío y yo, nadie más.

—¿Me lo jura?

—Te lo juro.

La portuguesa me tomó de la mano y me llevó a la ventana. Se quedó contemplando la noche como si todo aquel cielo fuera para ella una estrella.

—¿Ves esas estrellas? ¿Sabes cómo se llaman?

—Las estrellas no tienen nombres.

—Tienen nombres, sólo que nosotros no los sabemos.

—Mi padre dijo que en la ciudad ponían nombre a las estrellas. Y que lo hacían por miedo...

—¿Por miedo?

—Por miedo a sentir que el cielo no les pertenecía. Pero yo no me lo creo; además, yo ya sé quién ha hecho las estrellas.

—Dios, ¿no?

—No. Zacaria. Con su espingarda.

La portuguesa sonrió. Me pasó los dedos por el pelo y yo le apreté la mano contra mi rostro. Sentí el deseo infinito de rozar mis labios con la piel de Marta. Entonces me di cuenta: yo no sabía besar. Y esa ineptitud me dolió como el anuncio de una enfermedad fatal. Al ver que las sombras se cernían sobre mi cuerpo, Marta dijo:

—Ya es tarde. Ahora vete a dormir.

Regresé al cuarto. Cuando me disponía a deslizarme entre las sábanas, oí a Silvestre y a Ntunzi discutiendo en el pasillo. Cuando entré, el viejo estaba sentenciando:

—¡Esta conversación se ha terminado!

—Padre, se lo pido...

—¡Ya está todo dicho!

—Por favor, padre...

—Soy tu padre. Lo que hago, lo hago por tu bien.

—Usted no es mi padre.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Usted es un monstruo!

Miré con miedo el semblante de Silvestre: las arrugas no le cabían en la cara, y venas malignas le surcaban el pescuezo. Abría y cerraba la boca más de lo que las palabras exigían. Como si hablar no bastara para tanta rabia. Ninguna lengua podía expresar lo que él quería decir. Esperé el estallido que se producía siempre que le bullía la sangre. Pero no. Pasado un instante, Silvestre dominó su exaltación. Esa resignación sería un hecho único, pues mi padre era obstinado como la aguja de una brújula. Y gracias a esa obstinación pudo proseguir. Avanzó la mandíbula y, con la pose de un rey de naipes, remató con arrogancia:

—No oigo nada.

—Pues esta vez seguirás sin oír nada. Voy a contarlo todo, todo lo que se ha ocultado aquí dentro...

—No se oye nada —se quejó mi padre, mirándome.

—Usted ha sido lo contrario de un padre. Los padres dan a los hijos la vida. Usted ha sacrificado nuestras vidas a su locura.

—¿Te gustaría vivir en aquel mundo de mierda?

—Sí, padre, me gustaría. Me gustaría simplemente vivir. Pero ya es tarde para preguntar...

—Yo sé muy bien quién te ha metido esas ideas en la cabeza. Pero mañana esto se terminará... y de una vez por todas.

—¿Sabe qué le digo? Durante mucho tiempo pensé que usted había asesinado a mi madre. Pero ahora sé que fue al revés: ella lo mató a usted.

—Cállate o te reviento la cara.

—Usted está muerto, Silvestre Vitalício. Huele a podrido; ni ese retrasado de Zacaria soporta ya su olor.

El brazo de Silvestre Vitalício se levantó y centelleó en el aire para arremeter contra la cara de Ntunzi. Saltó la sangre, y yo embestí el cuerpo de mi padre. La intervención de la portuguesa, que de pronto apareció de la nada, complicó la pelea. Una danza grotesca de cuerpos y piernas recorrió el cuarto hasta que los tres caímos, enredados, al suelo. Cada uno de nosotros se levantó, se sacudió y se arregló la ropa. Marta fue la primera en hablar:

—Cuidado: ninguno de vosotros querría pegarle a una mujer, ¿no es así, señor Mateus Ventura?

Silvestre mantuvo el semblante perplejo unos instantes, con el brazo levantado sobre la cabeza, como si una parálisis súbita lo hubiera dejado en estado catatónico. La portuguesa se le acercó en actitud maternal:

—Mateus...

—Ya le he dicho que no me llame por ese nombre.

—No se puede olvidar todo durante tanto tiempo. No existe un viaje tan largo...

Y nos despedimos sin sospechar el terrible acontecimiento que tendría lugar esa noche. Los neumáticos de la camioneta de Aproximado serían descuartizados, reducidos a elásticos para tirachinas. El vehículo amanecería parálítico, descalzo sobre el suelo de la ardiente sabana.

## Segundos papeles

Una noche de luna pálida y geranios  
él vendrá con la boca y la mano increíbles  
a tocar la flauta en el jardín.  
Estoy en el inicio de mi desespero  
y sólo veo dos caminos:  
o me vuelvo loca o me vuelvo santa.  
Yo que rechazo y censuro  
lo que no es natural como la sangre y las venas  
descubro que lloro todo el día,  
el cabello entristecido,  
la piel asaltada de indecisión.  
Cuando venga, porque es seguro que vendrá,  
¿de qué modo llegaré al balcón sin juventud?  
La luna, los geranios y él serán los mismos:  
sólo la mujer entre las cosas envejece.  
¿Cómo abriré la ventana, si no estoy loca?  
¿Cómo la cerraré, si no soy santa?

ADÉLIA PRADO

Cuando anuncié en Lisboa que iba a rescatar a mi esposo perdido en África, mi familia abandonó su habitual distanciamiento flemático. En el calor de la discusión, mi padre llegó a decir:

—Esos delirios, hija mía, tienen un nombre: ¡dolor de cuernos!

Yo hacía un rato que lloraba, pero sólo entonces reparé en las lágrimas. Mi madre intervino para calmar los ánimos. Con todo, reiteró con escepticismo:

—Nada salva un matrimonio salvo el amor.

—¿Y quién le ha dicho que no hay amor?

—Eso aún es más grave, porque precisamente el amor no tiene salvación.

Al día siguiente consulté los periódicos y recorrí las páginas de anuncios clasificados. Antes de ir a África debía hacer que África viniera a mí en una ciudad que, según dicen, es la más africana de Europa. Buscaría a Marcelo sin tener que salir de Lisboa. Con esa convicción, ante la página de anuncios clasificados mi dedo se paró sobre el profesor Bambo Malunga. Junto a la fotografía del adivino había una lista de habilidades mágicas: «Recupera a la persona querida, ayuda a encontrar a la persona querida...». Al final, añadía: «Y se aceptan tarjetas de crédito». En mi caso, tal vez fuera tarjeta de descrédito.

Al día siguiente recorrí las calles estrechas de Amadora, cargada con los pertrechos que el anuncio pedía: «Foto de la persona en cuestión, siete velas negras, tres velas blancas, una botella de vino o aguardiente».

El hombre que me abrió la puerta era casi un gigante. La túnica colorida aumentaba aún más su volumen. Al presentarme, vacilé en tratarlo de «profesor»:

—Soy la que llamó ayer, profesor.

Bambo era de otras Áfricas, pero no se amilanó: «Los africanos —dijo— son todos bantúes, todos se parecen, usan las mismas mañas, los mismos hechizos». Hice ver que le creía al avanzar entre estatuillas de madera y tapices colgados en las paredes. El apartamento era estrecho, y yo procuraba no pisar las pieles de cebra y de leopardo que cubrían el suelo. Por muertos que estuvieran, no hay que pisar a los animales.

Después de asignarme un banco redondo, el adivino comprobó las cosas que había traído y señaló un fallo:

—Falta una pieza de vestuario de su marido. Ayer le dije por teléfono que necesitaba una pieza de ropa íntima.

—¿Íntima? —repetí.

Sonreí para mis adentros. Toda la ropa de Marcelo era íntima, toda había rozado su cuerpo, toda había pasado por mis dedos encantados.

—Vuelva mañana, señora, con el material completo.

Al día siguiente vacié el guardarropa de Marcelo en un bolso de mano y crucé Lisboa con el bulto. No llegué a Amadora. A medio camino me detuve junto al río y tiré la ropa al agua como si la esparciera en el suelo del consultorio del adivino. Me quedé a verla flotar y, de súbito, me pareció que era Marcelo el que flotaba en las aguas del Tajo.

En ese momento me sentí como una curandera. La ropa es, primero, un abrazo que abriga a los que nacen. Luego vestimos con ella a los muertos como si se fueran de viaje. Ni el profesor Bambo podía imaginar mis artes hechiceras: las prendas de Marcelo avanzaban como un anuncio de nuestro reencuentro. En algún lugar del continente africano habría un río que me devolvería a mi bienamado.

•••

Acabo de llegar a África y el lugar me parece demasiado inmenso para recibirme. He venido para encontrar a alguien. Sin embargo, desde que llegué, no hago más que perderme. En el hotel, ya instalada, veo cuán frágil es mi vínculo con este nuevo mundo: siete cifras garabateadas en el dorso de una fotografía. Ese número es el único lazo para atravesar el puente que podría llevarme a Marcelo. No tengo amigos, no tengo conocidos, ni siquiera desconocidos. Estoy sola; nunca he estado tan sola. Mis dedos conocen esa soledad cuando marcan el número en el disco y desisten. Y luego vuelven a marcar. Hasta que una voz afable atiende al otro lado:

—¿Quién habla?

La voz me dejó parada, incapaz de decir nada. La pregunta de mi rival era absurda: ¿quién habla? Si yo no había pronunciado palabra. Habría sido más apropiado preguntar: ¿quién no habla? Segundos después, la voz insistió:

—Yo soy Noci. ¿Y tú quién eres?

Noci. Así se llamaba. Hasta ese momento, la otra era un rostro inmóvil. Ahora era

una voz y un nombre. Un escalofrío me devolvió el habla: lo solté todo de una sola vez, como si únicamente pudiera explicarme con un arrebato. La mujer guardó silencio unos instantes y, a continuación, impasible, accedió a verse conmigo en el hotel. Una hora después se presentó en el bar de la piscina. Era joven, llevaba un vestido blanco y zapatillas del mismo color. Algo se rompió dentro de mí. Esperaba encontrar a una mujer con porte de reina. En cambio, tenía ante mí a una joven derrotada, a la que le temblaban los dedos, como si el cigarrillo que sostenían pesara demasiado.

—Marcelo me ha dejado...

Extraña sensación: la amante de mi marido me confesaba que él la había dejado. De pronto, yo ya no era la traicionada. Y, de ser dos desconocidas, pasábamos a ser antiguas allegadas que compartían un mismo abandono.

—Marcelo se fue con una mujer casada.

—Antes ya estaba con una mujer casada.

—¿Aquí?

—No, allí. Conmigo. ¿Y quién es esta nueva mujer?

—Nunca lo llegué a saber. De todos modos, Marcelo ya no está con ésa. Nadie sabe dónde para.

Recogió la ceniza del cigarrillo en el hueco de su propia mano. Al ver caer la ceniza comprendí aquello que no me estaba diciendo. Inventé una excusa para retirarme a la habitación. Me disculpé diciendo que sería un minuto. Pero lo que lloré en ese lapso fue el llanto de una vida entera.

•••

Recobrada la serenidad, regresé. Aun así, Noci se percató de mis ojos martirizados.

—Dejemos de hablar de Marcelo, dejemos de hablar de hombres...

—Ninguno merece la tristeza de una mujer.

—Y menos de dos.

Y nos pusimos a hablar de esas cosas sin importancia de las que las mujeres saben hablar. Sentí lástima de la soledad de esa mujer, que casi era una niña. Me había escogido como confidente y, durante un rato, se lamentó de lo mucho que había sufrido por ser la amante de un blanco. En los lugares públicos, las miradas la condenaban: *¡es una puta!* Y, por otra parte, su familia la animaba a marcharse del país y aprovecharse del extranjero. Mientras Noci hablaba, pensé: ¿qué diría yo si la viera entrar en un bar con mi Marcelo? ¿Qué clase de rabia irrumpiría en mi interior? La verdad es que en ese momento sólo sentía un afecto solidario por aquella mujer. Todas las veces que la habían insultado a ella, también me habían ofendido a mí.

—¿Y ahora qué haces, Noci?

Para conseguir empleo, se había entregado a los brazos de un comerciante, dueño

de varios negocios. Se llamaba Orlando Macara, de día era su patrón y de noche su amante. En la entrevista para la selección del puesto de trabajo, Orlando llegó tarde, cojeando como el puntero de un reloj. Midiéndola de arriba abajo con una sonrisa taimada, le dijo:

—Ni siquiera me hace falta mirar tu currículum. Tú serás la recepcionista.

—¿Recepcionista?

—Sí, para mis recepciones personales.

Obtuvo un empleo renunciando a sí misma. En el fondo ya había tomado una decisión. Se dividiría en dos, como una fruta que se abre: su cuerpo era la pulpa, el hueso era el alma. Entregaría la pulpa al apetito de aquel y otros patrones. Sin embargo, su semilla se conservaría intacta. De noche, después de que lo comieran, ensuciaran y escupieran, el cuerpo volvería al hueso y, por fin, ella dormiría entera como una fruta. Pero aquel sueño reparador se retrasaba hasta la desesperación.

—Algunas amigas hacen comentarios. Y yo pregunto: ¿ahora que ando con uno de mi raza ya no se considera prostitución?

No estaba pidiendo mi opinión. Noci estaba segura, hacía mucho que no reflexionaba sobre esas penas. Una puta alquila su cuerpo. En su caso era al revés: su cuerpo la alquilaba a ella.

—Así estoy bien, te lo aseguro...

La negra vio la duda en mi rostro. ¿Cómo se puede estar bien con un cuerpo que ha dejado de ser nuestro? El sexo, dijo ella, no se hace ni con el cuerpo ni con el alma. Se hace con el cuerpo que hay bajo el cuerpo. Sus dedos volvieron a temblar al echar la ceniza. En aquel instante pasó ante mis ojos la ropa de Marcelo flotando en las aguas del río. Esos mismos dedos alargados habían desabrochado aquella ropa.

—Hace tanto tiempo que no hago el amor —confesé— que ya no me acuerdo de cómo se desviste a un hombre.

—¿Tan mal estás?

Y nos reímos como si fuéramos viejas amigas. La mentira de un hombre nos había acercado. La verdad de dos vidas nos había unido.

• • •

Orlando Macara, patrón de Noci, vino a buscarla al hotel. Ella me presentó, y enseguida lo vi: aquel hombre era la amabilidad en persona. Era achaparrado y cojo, pero de una simpatía sin par.

—¿De qué os conocéis? —nos preguntó.

No tenía ni idea de qué contestar. Pero Noci improvisó una respuesta de manera sorprendente:

—Nos conocimos a través de Internet.

Y desvió la conversación hablando sobre las ventajas y los peligros de los ordenadores.

Orlando quiso saber qué me traía por allí, quiso conocer mis impresiones. Cuando le hablé de Marcelo, de pronto le vino un recuerdo.

—¿Tienes una fotografía de él? —preguntó.

Le enseñé la imagen que llevo en la cartera. Mientras Orlando la miraba con detalle, me dirigí a Noci:

—Marcelo quedó bien en esta foto, ¿verdad?

—¿Cómo lo voy a saber?, ¡si yo no conozco a ese hombre! —respondió bruscamente.

El comerciante se levantó y se llevó la cartera junto a la ventana. Seguí sus movimientos con cierta suspicacia, hasta que exclamó:

—Es este mismo. Yo llevé a su marido al coto.

—¿Y cuándo fue?

—Hace ya tiempo. Quería fotografiar animales.

—¿Y lo dejó allí?

—Casi.

—¿Cómo que casi?

—Lo dejé antes de llegar al destino, cerca del portalón de acceso. No quiero preocuparla, pero me pareció que estaba enfermo...

La enfermedad de Marcelo, podría haber respondido yo, era él mismo. En otras palabras: era un hombre sin cura.

—¿Y nunca más supo de él, si regresó, si se quedó?

—¿Si se quedó? Señora mía, nadie se queda en ese sitio...

• • •

Esa noche, ya sola en mi habitación, cavilé sobre los motivos que habrían llevado a Marcelo a querer desplazarse hasta el coto. No sería sólo para hacer fotografías. El misterio me devoró el sueño, hasta que a la mañana siguiente, temprano, volví a solicitar los servicios del novio de Noci. Se presentó tarde, pero renqueaba de tal modo que la cojera no me pareció un defecto, sino una forma de disculparse por el retraso. O acaso una gentileza para con la tierra que pisaba. Noci lo acompañaba. Pero en esta ocasión se mostró tan distante y recatada que apenas si reconocí a la muchacha del día anterior. Fui al grano:

—Lléveme donde dejó a mi marido.

Esperaba una reacción negativa por parte de Orlando. Me dijo que aquello no era sitio para un hombre, y menos para una mujer. Y además una mujer blanca —con los debidos respetos—. Insistí en que me llevara al coto.

—Su marido, querida señora, su marido ya no está allí...

—Ya lo sé.

Orlando Macara me lo puso difícil. Luego entendí que era una cuestión de desembolso. Y el asunto quedó zanjado: iría con él hasta la entrada del coto, donde

había dejado a Marcelo. A partir de entonces, él no tendría nada más que ver con el asunto.

—¿Por qué no se lo cuentas todo, Orlando?

La intervención de Noci no dejó de sorprenderme. Argumentó a mi favor y reveló que en el coto vivían familiares de Orlando y que seguramente me recibirían.

—¿Familiares? Aquello no son familiares.

—Son extraños. Pero buena gente.

—No hable con ellos, están todos locos.

Renuente, Orlando acabó por ceder. Aun así, me dio un sinfín de instrucciones: tendría que evitar el contacto con la familia que vivía en el campamento. Y entender la idiosincrasia de cada uno de sus cuatro habitantes.

—Por ejemplo, yo allí no soy Orlando.

—¿Y eso?

—Soy Aproximado. Me conocen por ese nombre: soy el tío Aproximado.

La condición para llevarme era aceptar una mentira: si en el coto me preguntaban cómo había llegado hasta allí, debía eximirle de toda responsabilidad. Había llegado sola.

• • •

Orlando pasó temprano por el hotel. Con mi coche le seguí en su viejo camión. Sería un viaje largo, el más largo que había hecho en toda mi vida. La camioneta se hallaba en tal estado de decadencia que el viaje duraría tres días.

Me entraron ganas de experimentar la sensación de hacer algo que seguramente nunca más tendría ocasión de probar: conducir un vehículo decrepito como aquél por carreteras vertiginosas.

—Orlando, déjeme conducir; sólo un poco.

—Acostúmbrese a llamarme Aproximado.

Accedió a dejarme conducir, pero sólo cuando saliéramos de la ciudad. Y así fue como conduje por estrechas carreteras suburbanas. Raras veces llegué a ver las calles, de tan llenas de gente y basura. Adivinaba la calle por las dos hileras de personas que flanqueaban los bordes. Aquí la gente no anda por las aceras. Van por la calle como si fuera un derecho natural.

Y me preguntaba: ¿seré capaz de conducir en medio de este caos? Sólo después entendí que no era yo quien conducía, que eran las manos de Marcelo, y que hacía mucho que yo estaba ciega por dentro y por fuera. Era como la calle africana, que sólo se sabe que existe por la presencia de quien transita por ella.

Devolví el volante a Orlando y regresé a mi sitio, segura de una cosa: no importaba si conducía yo o si me conducían. Hubo una época en que quería viajar por el mundo. Ahora sólo quería viajar sin mundo.

• • •

En cuanto salimos de la ciudad, el cielo descargó: jamás había visto semejante diluvio. Tuvimos que parar porque la carretera no era segura. De repente, me pareció ver que la corriente de las aguas pluviales arrastraba la ropa de Marcelo. Y pensé: «El Tajo se ha desbordado en tierras tropicales y en alguna orilla próxima me espera mi amado».

Yo creía que sabía qué era llover. Pero en aquel momento entendí el significado del verbo y pensé que en vez de un coche quizás habría sido mejor alquilar un barco. La inundación se produjo al parar la lluvia: fue un diluvio de luz. De luz intensa, absoluta, cegadora. Y el agua y la luz casi me parecieron indistintas. Ambas se prodigaban en exceso, ambas confirmaban mi infinita pequeñez. Como si hubiera miles de soles, innumerables fuentes de luz dentro y fuera de mí. He aquí mi lado solar, nunca antes revelado. Todos los colores se desvayeron, todo el espectro se volvió un manto de blancura.

Marcelo siempre se viste así, de blanco. Tal vez esté aquí, al alcance de una mirada. Sé que es así, siento que Marcelo está aquí, presente, al alcance de una palabra. Si no lo veo es por la reverberación de la luz, por la coincidente incidencia de la claridad.

• • •

Más adelante paso junto a un grupo de mujeres. Se están bañando en una laguna de aguas someras. Más allá, otras lavan la ropa. Paro el coche y me acerco. Al reparar en mi presencia, se cubren con telas apresuradamente, atándoselas a la cintura. Sus pechos están mustios, desmayados sobre el vientre. Marcelo no se dejaría engatusar por este tipo de mujeres precisamente.

Las observo durante un rato. Se ríen como si conocieran mis secretos. ¿Conocerán mi condición de mujer traicionada? ¿O acaso nos une la condición de mujeres, traicionadas siempre por un destino infeliz? Después, las campesinas reanudan la marcha con latas y fardos sobre la cabeza. Sólo entonces me doy cuenta de lo elegantes que llegan a ser. Su paso de gacela anula el peso que transportan, sus caderas se contonean como las de bailarinas que avanzan en un escenario sin fin. Forman parte de un eterno espectáculo justamente porque nadie las mira nunca. Con la lata en la cabeza, cruzan la frontera entre el cielo y la tierra. Y pienso: la mujer no transporta agua; lleva todos los ríos dentro de sí. Ese manantial fue lo que Marcelo persiguió en su interior.

De súbito, de las manos de una lavandera se escurren unas prendas que me resultan familiares. Son camisas blancas, de una albura que no me es ajena. Un escalofrío me paraliza: es la ropa de Marcelo. Aturdida, desciendo a trompicones por

la ladera y las mujeres se asustan ante mi intempestiva aproximación. Gritan en su lengua, recogen la ropa del agua y huyen hacia la orilla contraria.

• • •

El segundo día de viaje nos levantamos temprano. Contemplo el sol al nacer, y en medio del polvo me parece un pedazo de la Tierra que se ha separado y emerge, levitando. África es el continente más sensual de todos. Odio tener que reconocer este tópico. Salgo del vehículo y me siento en la parte de atrás del camión. Este silencio no se parece a ninguna calma que haya experimentado jamás. No es una ausencia que llenamos apresuradamente con el miedo al vacío. Es un despertar interior. Eso es: me siento poseída por el silencio. Pienso que nada es anterior a mí. Y Marcelo todavía ha de nacer. Estoy aquí para presenciar su parto.

—Soy la primera criatura de todas —proclamo en voz alta, volviendo a abrir los ojos ante el espanto de Aproximado.

Las luces, las sombras, todo el paisaje parece recién nacido. Y hasta las palabras: las estaba vistiendo como niños que, en domingo, inundan los pueblecillos.

—Mire, señora Marta. Mire lo que he encontrado —anunció Aproximado, exhibiendo en su mano un carrete fotográfico.

—¿Era de mi marido?

—Sí. Paré aquí con él para descansar.

De repente, el sentimiento de creación se ensombrece. Nada, al final, es un principio. En mi vida todo es agónico, terminal. Soy la que ya ha sido. Vengo en busca de mi esposo. Si es que se puede llamar esposo a un hombre que ha huido con otra. Éste puede ser el lugar del principio del mundo. Pero es mi fin.

• • •

Y de nuevo las mujeres. Son otras, pero para mí nada las distingue de las anteriores. Medio desnudas, cruzan la carretera. La desnudez de los africanos ya ha sido un tema de discusión entre Marcelo y yo. De la noche a la mañana, empezaron a aparecer cuerpos negros en el comercio del deseo socialmente aceptado. Mujeres y hombres de piel oscura asaltaron revistas, periódicos, la televisión, los desfiles de moda. Son cuerpos bellos, esculpidos con gracia, equilibrio, erotismo. Y yo pregunto: ¿cómo es que no los habíamos visto antes?

¿De qué modo la mujer africana ha dejado de ser una cuestión etnográfica para figurar en las portadas de las revistas de moda, en los anuncios de cosméticos, en las pasarelas de alta costura? Marcelo —yo lo notaba— se deleitaba con la contemplación de estas imágenes. Una profunda rabia hervía en mi interior. Cierto que la invasión de la sensualidad negra era una señal de que los patrones de belleza

encerraban menos prejuicios. Aun así, la desnudez de la mujer negra me conducía a mi propio cuerpo. Al pensar en la manera en que yo veía mi cuerpo llegué a la conclusión de que no sabía estar desnuda. Y me di cuenta de que aquello que me tapaba no era tanto el vestuario como la vergüenza. Así había sido desde Eva, desde el pecado. Para mí, África no era un continente. Era el miedo a mi propia sensualidad. Una cosa parecía cierta: si quería reconquistar a Marcelo, debía dejar que África emergiera de mi interior. Debía hacer que naciera en mí la desnudez africana.

• • •

Mientras estoy de cuclillas, inspecciono los alrededores. Miles de hormigas desfilan en infinitas procesiones y atraviesan el suelo. He oído decir que las mujeres de por aquí se comen esta arena roja. Cuando están muertas, la tierra se las come. Cuando están vivas, ellas devoran el mismo suelo que las engullirá mañana.

Me subo las bragas al levantarme. Decido contenerme. La vejiga puede esperar a llegar a otro suelo. Un suelo que no esté garabateado de insectos famélicos.

Regresamos al camión. La carretera es una serpiente que se ondula en la curva del horizonte. La carretera está viva y su gran boca me está devorando.

El vehículo avanza por la sabana, y la sustancia de la mordedura se deshace; una nube de polvo se levanta como las alas de un buitre. El polvo me cubre el rostro, los ojos, la ropa. Me estoy convirtiendo en tierra, enterrada fuera de la tierra. ¿Estaré convirtiéndome, sin saberlo, en la mujer africana por la que Marcelo se dejó seducir?

# La locura

Cuando no hemos perdido la patria  
Que tenemos por silencio y por renuncia  
Hasta la voz del mar se vuelve exilio  
Y la luz que nos rodea es como una cadena.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

—¿Qué haces aquí?

Los papeles cayeron al suelo. Pensé que caerían levemente, como un aleteo. Pero no: se desplomaron como un bloque, y el ruido que hicieron calló a las cigarras alrededor de la casa.

—¿Estabas leyendo mis cartas?

—Yo no sé leer, doña Marta.

—Entonces ¿qué hacías con esos papeles en la mano?

—Es que nunca había visto...

—... papeles.

Marta se inclinó para recoger las hojas. Las repasó una a una, como si cada una encerrara una fortuna incalculable.

—Mi padre está dando gritos en el campamento. Creo que será mejor que vaya.

• • •

El destrozo en los neumáticos del coche de la portuguesa había acabado de enloquecer a mi padre. En el soportal, desgreñado, Silvestre se lamentaba:

—Estoy rodeado de traidores y cobardes.

La lista de canalladas era larga: su hijo mayor no le respetaba, su cuñado se había pasado al bando de los del Otro-Lado, alguien había metido mano en la caja del dinero, y hasta Zacaria Kalash empezaba a desobedecerle.

—Sólo falta que tú, hijo mío..., sólo falta que tú me abandones.

Dio un paso adelante para tocarme y yo me aparté, haciendo como si me arreglara las chinelas. Y así me quedé, cabizbajo, hasta que fue a ocupar el sitio donde solía descansar. No despegué la vista del suelo, pues sabía que Silvestre leería mis aviesos pensamientos.

—Ven aquí, Mwanito. Me hace falta un silencio.

Sentado en la poltrona, cerró los ojos y dejó caer los brazos como si ya no le pertenecieran. Casi sentí pena de él. Pero tampoco podía dejar de pensar que con aquellos mismos brazos le había pegado repetidamente a mi pobre hermano. Y a lo mejor eran los brazos que habían estrangulado a Dordalma, mi querida madre.

—No siento nada. ¿Qué pasa, Mwanito?

El silencio es una travesía. Hay que tener bagaje para emprender ese viaje. Y en aquel momento, Silvestre estaba vacío. Y yo estaba lleno de pena y sospechas. ¿Cómo iba a esculpir un silencio con tanto zumbido en mi cabeza? Me levanté apresuradamente, me incliné con respeto al pasar junto a la poltrona y me alejé.

—No me dejes, hijo mío, nunca he estado tan desesperado... Mwanito, ven.

Pero no fui. Me quedé en la esquina, oculto por la pared que me servía de apoyo. Oí un gemido en su pecho. Parecía que el viejo iba a prorrumpir en llanto. Pero, de pronto, ocurrió algo que me sobresaltó de espanto: ¡mi padre canturreaba una melodía! Por primera vez en mis once años de vida, oí a mi viejo padre cantar. Era una tonada triste y su voz era como un riachuelo de manantiales. Ceñí los brazos alrededor de las rodillas: mi padre cantaba, y su voz cumplía con el propósito divino de alejar los nubarrones. Presté atención con todo mi cuerpo, como si supiera que aquella sería la primera y la última vez que Vitalício iba a cantar.

—Me gusta escucharte, cuñado.

Casi di un respingo del susto que me dio Aproximado al aparecer. Mi padre se sobresaltó aún más, avergonzado porque le hubieran sorprendido entonando canciones de antaño.

—Me ha salido así, sin querer.

—Me acuerdo tantas veces de la coral de nuestra iglesia... Eras el maestro, Silvestre, lo hacías tan bien...

—Voy a confesarte algo, cuñado. No hay nada que añore más.

Más que a las personas, más que a los amores y a los amigos. La ausencia de música era lo que más le costaba soportar. En medio de la noche, dijo, entre las sábanas y las mantas, solía canturrear a escondidas. Entonces se le unían las demás voces, y entonaban con tal rigor que sólo Dios podía oírlas.

—Por eso no dejo a los niños entrar en mi cuarto de noche.

—Así que desobedeces tus propias órdenes, querido Silvestre...

Y entonces confesó que habían sido tantas las veces que había estado tentado de pedirle a Aproximado que le trajera de la ciudad el viejo acordeón... Todo esto confesó Silvestre Vitalício, y las manos le temblaban de tal modo que el otro se preocupó:

—¿Te encuentras bien, cuñado?

Silvestre se levantó para calmar los nervios. Echó atrás los hombros, se ajustó el cinturón, tosió y declaró:

—Estoy bien, sí, ha sido algo pasajero.

—Menos mal, cuñado, porque vengo a hablarte de algo muy poco pasajero.

—Anunciado así, no debe de ser nada bueno...

—Como ya te había dicho, me han readmitido en el Departamento de Fauna, ahora con nuevas responsabilidades...

Mi padre se sacó del bolsillo el paquete de cigarrillos e inició el largo ritual de enrollar el tabaco. Alzó el rostro y volvió a enfrentarse al visitante:

—Es donde estás mejor, Aproximado, en el departamento de animales...

—Y bajo esta nueva posición vengo a anunciarte algo que no te gustará. Querido Silvestre, tienes que irte de aquí.

—¿De aquí, de dónde?

—Se ha aprobado un proyecto de desarrollo para esta zona. El coto se ha privatizado.

—No entiendo lo que dices. Explícate mejor.

—El Departamento de Fauna ha dado esta concesión a una compañía privada extranjera. Tendrás que marcharte.

—Debes de estar bromeando. Cuando lleguen esos extranjeros, que vengan a hablar conmigo.

—Tendrás que irte tú antes.

—Tiene gracia: yo esperaba que antes viniera Dios a Jerusalén. Y al final vendrá una compañía extranjera.

—Así son las cosas, el mundo...

—¿Quién sabe?, a lo mejor esos extranjeros son los nuevos dioses.

—¿Quién sabe?

—Es curioso cómo cambian las personas.

Silvestre empezó a echarle en cara lo siguiente: al principio, Aproximado era su medio hermano, cuñado a más no poder, familia, todo ayuda y simpatía. Después empezó a cobrarse esa atención, y sus idas y venidas se convirtieron en un negocio que había que pagar por anticipado. Y ahora Aproximado desembarcaba con cara de gobierno para decirle que el Estado quería echarlo de allí. Ahora se presentaba con cara de dinero para anunciar que unos extranjeros sin nombre ni rostro eran los nuevos dueños del lugar.

—No olvides, cuñado, que ahí fuera hay un mundo. Y ese mundo ha cambiado. Es la globalización...

—¿Y si no me voy? ¿Me expulsarán a la fuerza?

—No. Los observadores internacionales están pendientes de que se cumplan los derechos humanos. Hay un plan para reasentar a las comunidades locales.

—¿Y ahora resulta que soy una comunidad local?

—Es mejor que lo seas, cuñado. Es mucho mejor que ser Silvestre Vitalício.

—Pues si yo soy una comunidad, tú has dejado de ser mi cuñado.

Apuntando con el dedo y con la voz crispada, Silvestre remató: que aquel funcionario y ex cuñado suyo supiera que el ganado bovino es reasentable, y no él. Que él, Silvestre Vitalício, otrora conocido como Mateus Ventura, moriría allí, junto al río Kokwana, que él mismo había bautizado.

—¿Me has entendido, funcionario? Quienes me entenderán son esos dos hijos míos...

—¿Tus hijos? Tus hijos ya han decidido que vendrán conmigo. Vas a quedarte solo.

—Zacaria no me dejará...

—Ya he hablado con Zaca: él también está harto.

El viejo alzó el rostro; tenía la mirada vacía, titilante. Yo sabía que buscaba en su interior los ingredientes de la paciencia.

—¿Ya has acabado de contarme todas las novedades, cuñado?

—No tengo nada más que contar. Ahora me marcho.

—Antes de irte, dime, amigo mío: ¿cómo te llamas?

—¿Qué broma es ésta, Silvestre?

—Voy a enseñarte una cosa, querido extraño. No te ofendas si te llamo así; siempre he preferido a los extraños que a los amigos...

Mientras decía esto, se puso de pie, hundió las manos en los bolsillos y retiró fajos de billetes que amontonó en el suelo, junto a sus pies.

—Siempre he preferido a los amigos que a los familiares. Ahora tienes la ventaja de ser un extraño.

Se inclinó e hizo una concha con la mano izquierda, mientras encendía un fósforo con la derecha.

—¿Qué estás haciendo, Silvestre? ¿Estás loco?

—Me voy a fumar mi dinero.

—Ese dinero, Silvestre, es para pagarme las mercancías...

—Era.

Con el gesto pasmado, Aproximado se alejó y casi tropezó conmigo al girar la esquina. Yo me quedé allí, inmóvil, mirando al soportal. Desde ahí entreví cómo mi padre volvía a ocupar la vieja poltrona, suspirando ruidosamente; luego profirió unas palabras inesperadas:

—Ya queda poco, Alminha. Ya queda poco.

Todavía tenía la piel de gallina cuando escapé furtivamente, como una sombra, entre los arbustos. Una vez estuve en territorio seguro, arranqué a correr.

• • •

—¿De quién huyes, Mwanito?

Zacaria estaba sentado a la puerta del polvorín, empuñando una pistola en la mano, como si acabara de disparar.

Retrocedí enseguida y me senté junto al militar. Noté que quería decirme algo. Pero no pronunció palabra durante un rato, al tiempo que hacía un dibujo en la arena con el cañón de la pistola. Observé los surcos que hacía en el suelo y, de pronto, advertí que Zacaria estaba escribiendo algo. Sentí una sacudida en el alma al leer lo que había escrito: Dordalma.

—¿Mi madre?

—No olvides, chiquillo, que tú no sabes leer. ¿Cómo lo has sabido? ¿Lo has adivinado?

Entendí que ya era demasiado tarde: Kalash era un cazador, y yo había pisado la trampa que me había tendido.

—Y sé más, chiquillo. Sé dónde escondes los papeles escritos.

Era cierto y sabido que se lo contaría todo a su patrón y mi padre, Silvestre Vitalício. Ntunzi y yo no tardaríamos en formar parte del grupo de excomulgados.

—No tengas miedo. Yo también he mentido por palabras y papeles.

Con la planta del pie borró el nombre de mi madre. Los granos de arena engulleron, una a una, las letras, como si la tierra volviera a tragarse a Dordalma. Después Zacaria me contó lo que le había ocurrido en la época que había pasado en la compañía de comandos coloniales. Cuando llegaba el correo, él era el único a quien nadie escribía. Invariablemente, Zacaria era excluido, por lo que se sentía marginado: no por el color de su piel, sino por quedar siempre al margen de la alegría general.

—Ninguna mujer me escribió jamás. Para mí, Jesusalén empezó antes de llegar aquí...

Media docena de soldados portugueses que no sabían leer lo eligieron para que les descifrara las cartas que les llegaban de Portugal. Aquél sería su momento. Sentado en la parte más alta de las literas triples del dormitorio, los blancos lo miraban con ojos ávidos, como si fuera un poderoso profeta.

Pero su efímera vanidad no era comparable al éxtasis de los que recibían las cartas. Zacaria sentía una envidia descomedida. Del otro lado del mundo llegaban mujeres, amores, palabras de ánimo. Por envidiar, envidiaba hasta el nombre de las postales, «aerogramas». Casi le sonaba al nombre de un pájaro. Entonces se le ocurrió hacerse pasar por uno de los portugueses. Y de este modo, mediante un indebido intercambio de identidades, Zacaria Kalash se ganó una madrina de guerra.

—Es esta de aquí, mira. Maria Eduarda, Dadinha...

Y me enseñó la fotografía de una mujer de piel clara, flequillo y grandes pendientes. Me sonreí: mi madrina sin guerra, mi Marta, era sin duda mucho más blanca que aquella mujer de ojos tristes. Zacaria se dio cuenta de que, por un instante, me había ensimismado. El militar se guardó la fotografía en el bolsillo mientras me contaba que nunca se separaba de aquel talismán de papel.

—Es mi protección contra las balas.

Zacaria y su madrina se escribieron durante meses. Hasta que, al acabar la guerra, el militar le confesó que había falsificado su verdadera identidad. En la carta siguiente, ella le respondió que también había mentido sobre su nombre, su edad y el lugar desde el que le escribía. Maria Eduarda no tenía los veintiún años requeridos para escribir cartas de esperanza a muchachos.

—Cada uno de nosotros había sido una mentira, pero nosotros dos habíamos sido verdad. ¿Entiendes, Mwanito?

•••

A la mañana siguiente reinaba un gran ajetreo en Jerusalén. Una vez más, Silvestre nos convocó en la plaza. Un Zacaria abatido —o poco convencido— dio el aviso y nos hizo ponernos en fila junto al gran crucifijo. Éramos los de siempre. Esta vez, sin embargo, había una mujer. Y esa mujer, de pie a mi lado, parecía ora sorprendida, ora asustada. Sobre el pecho, la máquina fotográfica rivalizaba con la espingarda que Kalash exhibía colgada de través.

—¿Falta mucho para que aparezca? —preguntó Marta con ansias de espectadora.

No me dio tiempo a responder, pues oímos ruidos extraños que parecían una bandada de perdices espantadas. Entonces Silvestre hizo una aparatosa aparición, convertido en un vehículo que emitía el sonido intermitente de las sirenas. La representación era simple: se acercaba una autoridad. Hizo como si le abrieran la puerta del vehículo imaginario. Con soberbia, subió a un podio inexistente y declaró:

—Señoras y señores. La razón por la cual he convocado esta asamblea es de suma gravedad. He recibido una comunicación alarmante de las Fuerzas de Defensa y Seguridad.

Permanecimos callados, a la expectativa. A mi lado, Marta parecía entusiasmada y murmuraba: «¡Fantástico, es un actor de primera!». La mirada inquisitiva del orador se fijó sobre cada uno de los asistentes para detenerse en mi hermano. El brazo acusador no se hizo esperar:

—¡Tú, joven ciudadano!

—¿Yo? —preguntó Ntunzi, pasmado.

—Dicen que tú duermes allí, en la casa de la portuguesa.

—No es verdad.

—¿Ya te has follado a esa puta?

—¿Qué es esto, padre?

—No me llames padre...

Un grito descompuesto nos dejó estupefactos. Miré con temor el semblante de mi padre: las arrugas no le cabían en el rostro, y venas malignas le surcaban el cuello. Abría y cerraba la boca más de lo que pedían las palabras. Para el loco, hablar siempre es poco. Lo que él quería decir estaba más allá de cualquier idioma. Ntunzi me miró con los ojos abiertos de par en par, buscando un sentido a la escena que estábamos presenciando.

—A partir de ahora aquí no habrá ni «padre», ni «medio padre». A partir de hoy, yo soy la Autoridad. O mejor: yo soy el Presidente.

Hizo como si descendiera del falso podio y pasó muy cerca de nosotros, mirándonos detenidamente a cada uno. Al llegar ante la portuguesa, le pidió permiso para retirarle la máquina fotográfica.

—Confiscada. Cuando salga del territorio se le devolverá, estimada señora. Sin carrete, claro. Se la entrego al ministro de Interior, aquí presente.

Y le pasó el aparato a Zacaria. La portuguesa hizo amago de quejarse. Pero Aproximado la disuadió con una simple mirada. Silvestre regresó al podio, bebió de

un vaso de agua y carraspeó para proseguir:

—Jesusalén es una nación joven e independiente, y yo soy el Presidente. Soy el Presidente Nacional.

Y, rebuscando los términos, se ensoberbeció aún más, exaltado con su propia distinción:

—Además, como mi propio nombre indica, soy el Presidente Vitalício...

Su mirada desvariada se detuvo en mí. Pero en lugar de mirarlo a los ojos, me fijé en una mosca que paseaba por su barba. Pensé que era la mosca de siempre, que hacía un recorrido conocido: cruzaba la mejilla izquierda y subía hasta la frente a la espera del brusco guantazo que le haría dar vueltas por los aires. En efecto, mi padre se había transformado. Antes temía quedarme sin padre. Ahora ansiaba ser huérfano.

—Es una lástima que la juventud, la savia de la nación, esté tan degradada. Nosotros, que tanta confianza habíamos depositado en ella...

Volví a buscar los ojos de Ntunzi, esperando hallar comprensión mutua. Pero, a diferencia de Marta, mi hermano parecía aterrorizado. Zacaria y Aproximado eran el rostro de la inquietud. Y esa aprensión se sumó a la mía al oír al nuevo Silvestre proclamar su decisión definitiva:

—Por razones de seguridad se impondrá el toque de queda general en todo el territorio nacional.

Y la ley marcial se impondría en respuesta a lo que él, clavando la mirada en Marta, calificó de «injerencia de los poderes coloniales». Anunció que él mismo, el Presidente, asumiría todas las funciones de vigilancia. Y que su brazo derecho, el ministro Zacaria Kalash, le ayudaría en las labores de ejecución.

Entre el glorioso espejismo rutilante que contorneaba sus andares, se volvió hacia atrás para rematar:

—Y punto final.

# Orden de matar

Yo me levanté de mi cadáver, yo fui en  
busca de quien soy. Peregrina de mí,  
he ido hacia la que duerme en un  
país al viento.

ALEJANDRA PIZARNIK

La verdad por sí sola es triste. Y más triste aún cuando la fealdad que encierra — como en el caso de los aerogramas de Zacaria— no trae aparejada la mentira. Y en Jerusalén, en aquel momento la verdad era que nuestro padre había enloquecido. Pero no era una locura bendita y salvadora. Era el demonio trasvasado en él.

—Hablaré con él —dijo Marta al advertir la preocupación general.

A Ntunzi no le pareció buena idea. Aun así, Aproximado la animó a visitar al viejo cascarrabias en su propia guarida. Yo acompañaría a la portuguesa para garantizar que todo transcurriera dentro de los límites de lo razonable.

En cuanto nos adentramos en la penumbra de su cuarto, la voz ronca de Silvestre nos detuvo.

—¿Ha pedido audiencia?

—Sí, la he pedido. He hablado con el ministro Zacaria.

Marta le seguía el juego, algo que Silvestre no había previsto. Una mezcla de sorpresa y desconfianza tiznó el semblante de mi padre. La extranjera confesó, sin rodeos:

—Vengo a decirle que voy a acatar sus instrucciones, Su Excelencia.

—¿Se va a marchar de Jerusalén? ¿Y cómo?

—Iré a pie hasta el portalón: son unos veinte kilómetros. Después, en la carretera, ya encontraré a alguien que quiera ayudarme.

—En tal caso, le concedo autorización.

—El problema es el recorrido dentro del coto. No es seguro. Solicito que su ministro del Ejército me escolte hasta el portalón.

—No lo sé. Lo pensaré... O, más bien, no me haría gracia dejarla sola con Zacaria.

—¿Por qué?

—He perdido la confianza en él.

Y después de una pausa, añadió:

—He perdido la confianza en todos.

La portuguesa se le acercó. Hizo amago de tocar el hombro del viejo con la mano, pero la visitante se echó atrás.

—Querido Silvestre, usted sabe perfectamente que aquí hace falta algo...

—Aquí no hace falta nada. Ni nadie.

—Lo que aquí hace falta es una despedida.

—Así es: su despedida.

—No. Usted no se ha despedido de su difunta esposa. Eso es lo que le atormenta: el hecho de no haber pasado el luto le impide hallar la paz.

—No la autorizo a hablar de esos asuntos. Soy el Presidente de Jesusalén, no necesito consejos que vienen de Europa.

—Esto lo he aprendido aquí, en África, con ustedes. Dordalma necesita morir en paz, morir de una vez por todas.

—Retírese del Palacio Presidencial antes de que la furia no me permita responder de mis actos.

Tomé a la portuguesa de la mano y aceleré su retirada del cuarto. Yo conocía los límites de mi padre en estado normal. En aquella circunstancia, la locura lo volvía aún más imprevisible. Antes de salir, Marta dio un paso atrás y volvió a enfrentarse al rostro iracundo de Silvestre:

—Dígame sólo una cosa. Ella se había marchado, ¿verdad?

—¿Cómo?...

—Dordalma... Se había marchado en autobús. Había huido de casa...

—¿Quién se lo ha dicho?

—Sencillamente lo sé. Soy una mujer.

• • •

—Ya puedes preparar la espingarda, querido Zaca.

—Pero, Silvestre, ¿quiere que la prepare para matar?

—Para matar, y de una vez por todas.

Zacaria se alegraría de recibir tamaño encargo. Matar animales no era labor digna de un soldado jurado. La existencia de Dios se confirmó cuando creó al Hombre. Los animales son precriaturas. Lo demostrable es el Hombre. Con sólo romper la última página del libro de Dios, puede desafiar los poderes divinos.

No estaba muy claro con qué sentimiento el militar asumió la misión de asesinar a la portuguesa. Me pareció impasible. Y de este modo, con gesto impenetrable y paso lánguido, Zacaria se alejó, con la espingarda colgada de través, para mi estupefacción. Miré a mi padre, que estaba sentado cual rey en su nuevo trono. No valía la pena echarme a sus pies a implorarle clemencia. La decisión era irreversible: Marta, mi reciente madre, iba a ser asesinada sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. ¿Dónde estaría Ntunzi? Corrí a buscarlo al cuarto, a la cocina, al pasillo... No había ni rastro de él. Y tío Aproximado aún no había llegado del otro lado del mundo. Me derrumbé en el suelo, abatido y vacío, a la espera del disparo inevitable. ¿Sabría volver a quedarme huérfano?

Sin embargo, nada de esto sucedió. El militar no debió de llegar muy lejos, ya que minutos después ya estaba de vuelta; su sombra ocupó la entrada de nuestra casa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber el viejo.

—No he podido.

—Tonterías. Vuelve allí y haz lo que te he ordenado.

—No puedo.

—¿Acaso ya no eres un soldado?

—Ya no soy Zacaria Kalash.

—Tonterías —insistió mi padre—. La orden que te he dado...

—No se enfade, Silvestre, pero ni Dios puede darme esa orden.

—No quiero verte delante de mí, Zacaria Kalash. Vete a la parte de atrás... y vosotros también; ya no sois mis hijos.

Dijo que la única criatura que merecía sus afectos era Jezibela; que él, Silvestre Vitalício, nos desterraba al corral. A cambio, su amada entraría en casa. Y era una decisión definitiva e irrevocable.

• • •

Acompañé a Zacaria hasta el polvorín, mientras Ntunzi iba a buscar a la extranjera. El militar se estuvo lamentando todo el camino. Declaraba estar arrepentido, como si nos pidiera absolución:

—Yo he contribuido a matar vuestra infancia.

Y repetía:

—La mitad de lo que he hecho está mal; lo demás fue mentira.

La única cosa intacta y valiosa que le quedaba era la puntería, el modo certero en que perdonaba la vida a los animales que cazaba.

Una vez sentados en el umbral de la puerta, le pedimos que dejara a un lado sus amarguras. El hombre no respondió. Se tiró de la pernera de los pantalones y exhibió las piernas:

—¿Veis? Las balas ya no se aguantan.

Y una bala cayó al suelo sin necesidad de apretarla.

—Me están diciendo algo.

—¿Quiénes?

—Las balas. Me están diciendo que la guerra ha terminado y que no volverá.

—¿No eras tú quien decía que las guerras no terminan nunca?

—A lo mejor lo que tuvimos en el país ni siquiera fue una guerra —dijo Zacaria como si fuera un lamento.

—¿Y cómo voy a saberlo yo, que siempre he vivido aquí, lejos de todo?

—Estar lejos era lo que yo también quería, estar lejos de las guerras. Pero ahora me marcharé.

Una vez reinstaurada la paz en el Otro-Lado, ¿qué lo retenía allí? Aunque las comprendiera, me costaba aceptar sus razones.

—¿Por qué no te has ido antes?

—Por Silvestre.

—Tú siempre le has obedecido como un hijo.

—Es mucho peor —dijo él.

¿Peor? Así era: él obedecía como sólo un padre puede obedecer a un hijo. Así se expresó, con misteriosa circunspección.

—No lo entiendo, Zaca —le dije.

—Voy a contarte una historia, una cosa verdadera que me sucedió...

Ocurrió durante la Guerra Colonial, en un sendero, allá en el norte, junto a la frontera. La columna del ejército portugués que Zacaria seguía se retrasó en la llegada al cuartel y pernoctó a orillas del río. Llevaban con ellos a mujeres y niños capturados cerca de una aldea. En medio de la noche, un niño de pecho empezó a llorar. El furriel que dirigía el pelotón llamó a Sobra y le ordenó:

—Ve a dar una vuelta con ese niño.

—Por favor, no me pida que haga eso.

—El niño no se calla.

—Debe de estar enfermo.

—No podemos arriesgarnos.

—No me mande a mí, se lo ruego.

—¿Acaso no sabes distinguir una orden? ¿O quieres que te lo diga en esa lengua tuya de mierda?

Y el furriel dio media vuelta.

• • •

La llegada de Ntunzi interrumpió el relato de Kalash. No había encontrado a la portuguesa. Pero había oído el motor del camión de Aproximado. Aquél sería el vehículo que conduciría a la portuguesa a su destino.

Miré el semblante triste de Zacaria. Esperaba que acabara de contarme la historia interrumpida. Pero el militar parecía haberse olvidado del relato.

—¿Y obedeciste, Zaca?

—¿Cómo?

—¿Obedeciste las órdenes del furriel?

No, no las obedeció. Se llevó al niño lejos de allí, y pidió a una familia de los alrededores que lo acogiera. De vez en cuando, pasaba para darles dinero y raciones de combate.

—Fui yo quien le puso nombre a ese niño.

• • •

Zaca se quedó por allí. Se levantó y las balas cayeron, tintinando sobre el cemento.

—Podéis quedaros con ellas, como un recuerdo mío...

Cerró de un golpe la puerta de su habitación y nos dejó cavilando sobre los posibles desenlaces del episodio de guerra. Había un mensaje en aquella historia, y yo quería que Ntunzi me ayudara a desvelar el significado que encerraba. Pero mi hermano tenía prisa, y echó a correr ladera abajo.

—Vamos, Mwana —me apremió.

Eché a correr tras él. Era evidente que a Ntunzi lo movía la urgencia de saber qué había traído nuestro pariente de la ciudad en aquella ocasión. Pero la razón de su ansia no era tal. Dimos la vuelta a la casa y vimos a Aproximado y Silvestre hablando en la sala, a la luz de la lamparilla. Acto seguido, Ntunzi rodeó el camión, abrió la puerta y ocupó el asiento del conductor. Comiéndose las palabras, me llamó desde la ventana del vehículo:

—¡Aquí están las llaves! Mwanito, apártate para que no te atropelle.

No esperé ni un momento: al instante estaba sentado a su lado, uniéndome a la fuga. Escaparíamos juntos, levantando polvaredas por caminos ignotos hasta llegar, triunfales, a la ciudad.

—¿Sabes conducir, Ntunzi?

La pregunta no era oportuna. En cuanto hizo girar la llave de contacto, por la puerta de la casa aparecieron mi padre y mi tío con un gesto de sorpresa estampado en el rostro. El camión dio una sacudida, Ntunzi aceleró a fondo y fuimos catapultados hacia la oscuridad. Los faros encendidos deslumbraban más que iluminaban. A una velocidad vertiginosa, el camión pasó junto a la casa encantada y vimos a Marta abrir la puerta y echar a correr detrás de nosotros.

—¡No te distraigas, Ntunzi! —imploré.

Mis palabras fueron en vano. Ntunzi no apartaba la vista del retrovisor. Entonces ocurrió el atropello. Oímos un tremendo ruido, como si el mundo se partiera por la mitad: habíamos embestido el crucifijo de la plaza. La tablilla que daba la bienvenida a Dios saltó por los aires y cayó, milagrosamente, a los pies de Marta. El vehículo redujo la velocidad, pero no se detuvo. Es más: cual búfalo enfurecido, la vieja camioneta volvió a levantar polvareda y recuperó la velocidad vertiginosa.

—¡El freno, esta mierda de freno!... —gritó Ntunzi.

Y a continuación chocamos con violencia. Un baobab abrazó la vieja chapa, como si la naturaleza hubiera engullido toda la maquinaria del mundo. Una nube de humo nos inundó. La primera persona en aparecer fue la portuguesa. Nos ayudó a salir del vehículo destrozado. Mi padre se había quedado atrás, junto al maltrecho altar, y gritaba:

—Más vale que os hayáis muerto, niños. Lo que habéis hecho al monumento sagrado es una ofensa contra Dios...

Furibundo, Aproximado no nos prestó ninguna atención: inspeccionó los daños en la carrocería, abrió el vientre del vehículo, le examinó las vísceras y sacudió la cabeza:

—Ahora sí que nadie saldrá nunca de aquí.

• • •

Regresamos al campamento tras dejar a Marta en la casa grande. Mi padre todavía se quedó un rato más junto al altar destrozado. Caminamos en silencio; goteaba silencio hasta de los ojos bajos de mi hermano. De súbito, nuestro viejo padre apareció en medio de la oscuridad y, abriéndose a empujones, nos adelantó y proclamó:

—¡La voy a matar!

Entró en casa y, segundos después, salía empuñando un *canhangulo*<sup>[6]</sup>.

—Yo mismo la mataré.

El militar Kalash se interpuso, impidiendo el paso a nuestro padre. Una mueca grotesca deformó el rostro y la voz de Silvestre:

—¿Qué es esto, Zacaria?

—No le voy a dejar pasar, Silvestre.

—Tú, Zacaria... Ah, es verdad, que tú ya no eres Zacaria... Pues corrijo: tú, Ernestinho Sobra, cabrón, me has traicionado...

Dio un paso hacia Kalash, le clavó el arma en el hombro y lo empujó contra la pared.

—¿Te acuerdas de ese tiro en el hombro?

Estábamos atónitos: de pronto, el pánico dominaba el semblante del militar. Intentó zafarse, pero el cañón de la escopeta lo inmovilizó.

—¿Te acuerdas o no?

Un hilo de sangre nos reveló que la vieja herida se había vuelto a abrir. La antigua bala volvía a alcanzar al soldado. Se impuso un silencio y Aproximado trató de intervenir.

—¡Silvestre, por amor de Dios!

—Cállate la boca, paticojo...

Entonces sucedió algo a lo que nunca llegaré a dar crédito del todo por más veces que lo recuerde. Con sorprendente serenidad, mi hermano Ntunzi dio un paso al frente y dijo:

—Deme el arma, padre. Lo haré yo mismo.

—¿Tú?

—Entrégueme el arma, que yo mataré a la portuguesa.

—¿Tú?

—¿Usted no me ordenó que aprendiera a matar? Pues mataré.

Silvestre dio unos pasos alrededor de su hijo, rebosando sorpresa, destilando recelo.

—¡Zacaria!

—Dígame, Silvestre.

—Tú irás con él. Quiero un informe...

—No meta en esto a Ernestinho, padre. Iré solo.

Con la lentitud del sueño, mi padre depositó el arma sobre los brazos de su hijo. En un abrir y cerrar de ojos, Ntunzi desapareció en la oscuridad. Sus pasos decididos se desvanecieron, engullidos por la arena. Al rato se oyó un disparo. Me eché a llorar sin poder contenerme. La amenaza de Silvestre fue inmediata:

—Una lágrima más y te reviento a patadas.

Los sollozos se me agolparon en el pecho y sentí un estremecimiento en los brazos, como si un seísmo me recorriera interiormente.

—¡Cállate!

—No pu..., no puedo.

—¡Ponte de pie y canta!

Me levanté sin rechistar. Pero jadeaba, sin poder contener los sollozos.

—¡Canta!

—Pero, padre, ¿qué quiere que cante?

—¡Canta el himno nacional!

—Perdone, padre, pero ¿el himno de qué nación?

Silvestre Vitalício me miró, asustado por la pregunta. Le temblaba el mentón, absorto ante la lógica simple de mi pregunta. La única nación que había tenido quedaba muy lejos, en la casa donde naciera. Y la bandera de esa nación era ciega, sorda y muda.

• • •

Los ojos trastocados de Ntunzi recorrían cada rincón del cuarto. En un tono de voz irreconocible, me dejó de piedra al confesar:

—Esta noche le ha tocado a esa mujer. Pero la próxima noche lo mataré a él.

—Ntunzi, por favor, deja esa arma.

Pero abrazó la escopeta y se quedó profundamente dormido. Esa noche no dormí, hostigado por el miedo. Miré hacia la ventana de la casa encantada. No había señal de la lamparilla. El trabajo estaba hecho. Miré al cielo para distraerme, y el miedo se convirtió en pánico. En el firmamento no había ni un astro que se sostuviera: todas las estrellas, todas las luces eran candentes. En el muro ennegrecido sobre el que Ntunzi grababa los días, las estrellas ya habían caído. Ahora, ni en la tierra ni en el cielo de Jerusalén quedaban estrellas.

• • •

Caía la tarde sin que ninguno de nosotros hubiera salido de casa. Entonces, de repente, la calma se interrumpió. Primero nos llegó un olor a cuerpo muerto,

devorado por el calor, masticado por el Sol. Mi padre me mandó averiguar de qué se trataba. ¿Sería la portuguesa, que empezaba pudrirse?

—¿Ya huele? ¿Tan pronto? Zacaria, ve y entierra a la *tuga*.

No convenía que se descompusiera cerca de allí, porque atraería a los grandes felinos. Zacaria salió y yo, venciendo el entumecimiento, le seguí de cerca. Iba a enfrentarme a la muerte, iba a apuñalarme con su cruel verdad. Los buitres que circunvolaban el cielo nos condujeron a la parte de atrás: Ntunzi había arrastrado el cuerpo hasta dejarlo muy cerca de la casa. Y allí estaba, rodeado de aves voraces disputándose la comida, apartándose, dando saltitos ridículos, con ferocidad recíproca. Cuando Zacaria se acercó, aquéllas abrieron el círculo y, de pronto, tuve ante mí el espectáculo: la burra Jezibela, la fiel amante de mi padre, yacía en el suelo, descuartizada por los buitres.

## LIBRO TERCERO

# Revelaciones y regresos

El Dios del que os hablo  
No es un Dios que conceda favores.  
Es mudo. Está solo. Y conoce  
La grandeza del hombre  
(Su vileza también).  
Y en el templo contempla  
Al ser que así se hizo.  
[...]

HILDA HILST

# La despedida

En nombre de tu ausencia  
Construí con locura una gran casa blanca  
Y a lo largo de las paredes te lloré.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

La visión del cuerpo descuartizado de la burra me quitó el sueño toda la noche. No podía imaginar que una criatura con pelo pudiera contener tanta sangre. La jumenta parecía haberse convertido en un río de aguas rojas que brotaba de un corazón más grande que la tierra.

Al día siguiente, mi padre enterró solo a Jezibela. De buena mañana, la pala ya trabajaba entre sus manos. De lejos, le ofrecimos nuestra ayuda.

—No quiero a nadie aquí —gritó.

Nosotros tampoco queríamos acercarnos. La venganza inundaba la mirada de Silvestre. Zacaria dio la vuelta a la casa para espiarlo.

—Que nadie se le acerque —advirtió el militar.

Hablaba como si se tratara de un perro rabioso. A pesar de la advertencia, decidí aproximarme al lugar donde Silvestre velaba por la burra difunta. Ya había anochecido, y no apartaba ni el pie ni la pala de la sepultura. Me acerqué con el respeto propio de un velatorio y carraspeé antes de preguntar:

—¿No viene a dormir, padre?

—Voy a quedarme aquí.

—¿Toda la noche?

Asintió con la cabeza. Me senté a media distancia por cautela. Permanecí callado, sabiendo que no se pronunciaría ni una palabra más. Aunque también era consciente de que ni en aquel momento ni nunca más habría silencio posible. En la lejanía, se oían los golpes metálicos de Aproximado reparando el vehículo dañado. Ntunzi ayudaba a nuestro tío, y un foco de luz los ayudaba a ellos.

Mi padre era el retrato de la tristeza de un viudo. Derrotado, solitario, descreído de todo y de todos. Sin levantar la cabeza, murmuró:

—Hijo, dame la mano.

Pensé que no lo había oído bien. Me mantuve impassible, receloso, hasta que, de nuevo, Silvestre imploró:

—No me dejes aquí solo.

Me acosté y me dormí con la cadencia de los martillazos procedentes del improvisado taller. Aquel compás marcaba, para mí, el fin de Jerusalén. Tal vez por eso una pesadilla me alteró el sueño. Me asaltó una alucinación que, por más que la ahuyentara, se empeñaba en regresar: a mi lado, entre mi padre y yo, se había interpuesto una enorme víbora. Estaba inerte, como si durmiera, y el viejo, acostado a su lado, la contemplaba con la mirada absorta.

—Ven, hijo, ven a que te muerda.

La serpiente no es un animal: es un músculo con dientes, un ciempiés despornado con la barriga en medio del pescuezo. ¿Cómo podía cortejar Silvestre Vitalicio a un animal tan rastrero?

—¿A que me muerda?

—A mí ya me ha picado.

—No me lo creo, padre.

—Mírame la mano, mira qué hinchada la tengo; ha cambiado de color. Mi mano, querido Mwanito, ya es de la raza de los muertos.

Era una mano sin brazo, sin venas, ni nervios. Una porción de cuerpo sin pariente ni parentesco.

—Yo me parezco a esta mano —añadió Silvestre.

Había nacido sin querer, había vivido sin deseo, y ahora moría sin previo aviso ni sobresalto.

La serpiente decidió abandonar la inmovilidad y, poco a poco, empezó a enroscarse a mi alrededor con sensualidad. Resistí, apartándome con cuidado.

—No hagas eso, Mwanito.

Y se explicó: aquella serpiente no era sino el Tiempo. Durante años, él había resistido a las pantomimas de la serpiente. Esa noche había cedido, había desistido.

—¿No oyes las campanas?

Eran los martillos que golpeaban la chapa del camión. Pero no contesté. Mi preocupación era otra: la víbora me miraba fijamente, pero no se decidía a clavarme los dientes. Parecía hipnotizada, incapaz de hacer honor a su propia naturaleza.

—Ni siquiera necesita morder —afirmó Silvestre—. Su veneno pasa a través de los ojos.

Así le había ocurrido a él: en cuanto los ojos de la víbora se clavaron en los suyos, todo el pasado acudió a su boca. La serpiente ni siquiera tuvo que morderle. Antes de hacerlo, el veneno le recorrió las entrañas, y el Tiempo empezó a pudrirse dentro de su cuerpo. Cuando, al fin, aquellos dientes afilados se clavaron en él, Silvestre ya ni siquiera veía a la criatura ponzoñosa: apenas si era un recuerdo turbio y espeso, que se deslizaba entre el rocío y las piedras. Y de este modo, uno tras otro, se sucedieron los demás recuerdos, reptantes y viscosos como serpientes. Tardíos, casi eternos, como el torrente de los ríos.

—El Tiempo es un veneno, Mwanito. Cuanto más recuerdo, menos vivo estoy.

—¿Ya se acuerda de mamá?

—Yo no maté a Dordalma. Te lo juro, hijo mío.

—Le creo, padre.

—Se mató ella sola.

Las personas creen que se suicidan. Y nunca es así. Dordalma, la pobre, no lo sabía. Ella aún creía que una persona puede suprimir la existencia. Al fin y al cabo, sólo existe un verdadero suicidio: el de perder el nombre, perder el entendimiento

propio y el de los demás. Quedar lejos del alcance de las palabras y la memoria ajena.

—Yo me maté mucho más que Dordalma.

Silvestre Vitalício sí se había suicidado. Antes incluso de morir ya había puesto fin a su vida. Hizo desaparecer los lugares, apartó a los visitantes, apagó el tiempo. Hasta robó el nombre de los muertos. A fin de cuentas, los vivos no son simples enterradores de huesos: más bien son pastores de difuntos. Ningún antepasado está a salvo de que, al otro lado de la luz, siempre haya alguien que lo despierte. En el caso de mi padre no era así. A él, el Tiempo nunca le había sobrevenido. El mundo empezaba en él mismo, la humanidad terminaba en él, sin pasado ni antepasados.

—Padre, esa serpiente, ¿me abrirá a mí también las puertas del pasado?

Silvestre no respondió. Es más: se puso a cuatro patas, con pose de cazador. Es un deber de honra, incluso para un sonámbulo, matar a la serpiente asesina. ¿Sería ese mandamiento lo que hizo que mi padre se precipitara sobre la serpiente para asestarle un garrotazo fatal?

¿La serpiente había caído? Se había desvanecido como una sombra, había desaparecido para siempre. El viejo Silvestre se quejaba de un movimiento brusco, las articulaciones roídas:

—Mis huesos han muerto...

Vitalício reclamaba la extinción de su propio esqueleto. Y en mi caso, los huesos eran la única parte viva de mí.

• • •

A la mañana siguiente vinieron a despertarme. Me había dormido de agotamiento, a unos metros de la sepultura de Jezibela. A mi lado, Silvestre Vitalício aún dormía, enroscado en sí mismo. Cuando me levanté, mi tío empujó a su cuñado con la punta del pie. El cuerpo de Silvestre rodó como desprovisto de vida. ¿Cómo podía haber quedado sumido en un sueño tan profundo? ¿Por qué le salía de la boca una espuma espesa y blanca? La respuesta no se hizo esperar: dos hilos de sangre brotaban de una pequeña herida en el brazo.

—¡Le ha mordido una serpiente! ¡A Silvestre le ha mordido una serpiente!

Alarmado, el tío llamó a Zacaria y a Ntunzi. El militar acudió con un cuchillo y, en un instante, sajó el brazo de mi padre para succionar, al momento, la herida sangrante.

—¡No hagáis eso! —exclamé, oponiéndome con fervor—, ¡no hagáis nada, es todo un sueño!

Me miraron, extrañados. Zacaria se dio cuenta de que mis palabras reflejaban mi entumecimiento mental, de modo que me examinó en busca de la mordedura que explicara mi confusión. Pero no halló nada; a continuación, se llevaron a Silvestre en un estado de semiinconsciencia. En los brazos de Zacaria, mi padre parecía un niño más pequeño que yo. Las palabras se le caían de la boca como restos de comida,

como granos de arroz entre las encías de un viejo.

—Dordalma, Dordalma, ni Dios llega, ni tú te vas...

• • •

Me dejaron solo con Silvestre, mientras ellos se preparaban para hacer frente a la emergencia.

—Aquí estoy —suspiró.

Y, despacio, se pasó las manos por los brazos para enseñar que se deformaba, como si fuera pastoso y volviera no al polvo sino al barro.

—Padre, quédese tranquilo, aquí a la sombra.

—Voy a morir, Mwanito. Me sobraré la sombra, pues no tardará en hacerme efecto el veneno...

—No diga eso, padre. Está vacunado.

—Y yo pregunto, hijo mío: ¿no querrías morir conmigo?

La soledad es lo que más tememos de la muerte, añadió. La soledad, sólo la soledad. La mirada de Silvestre Vitalício era vaga y vacía. De repente, me asusté: mi padre ya no tenía rostro. Sólo era sus ojos, lagunas sin orilla en las que nuestras angustias se precipitaban.

—Mi sangre hace correr tu sangre, ¿lo sabías?

Aquellas palabras pesaron como una sentencia. Su vida, como decía Ntunzi, nunca me había dejado vivir. Lo extraño era que yo parecía estar muriendo en su muerte.

—Mira —dijo extendiendo la mano—. Son dos agujeros casi invisibles. Y, sin embargo, a través de ellos toda una vida se vacía.

• • •

¿Estaría muriendo Silvestre Vitalício? Su cara no reflejaba ese anuncio del fin, salvo por una mirada ciega, fuera de sí. Con todo, lo más preocupante era la mano: había cambiado de color y duplicado su volumen. La sangre brotaba del torniquete que le habían aplicado y goteaba en el suelo ante el horror de Zacaria. Aproximado tomó las riendas de la situación y sentenció:

—Aprovechemos para llevarlo a la ciudad.

Zacaria cogió a Silvestre por los brazos, pero no hizo falta levantarlo a pulso. Sólo estaba aturdido, desprovisto de cuerpo. Sudaba como una fuente y, de vez en cuando, violentos escalofríos lo sacudían.

—Hay que ingresar a este hombre en un hospital.

Las órdenes del tío fueron rápidas y certeras. Nos iríamos todos, nos marcharíamos de Jerusalén antes de que nuestro padre recobrara la razón.

—Mwanito, ve a buscar tus cosas. Corre.

Entré en el cuarto dispuesto a revolver rincones y recovecos. Pero, de repente, caí en la cuenta: ¿qué cosas poseía? Mis únicas pertenencias eran una baraja de cartas y un fajo de billetes enterrado en el huerto. Decidí dejar todos esos recuerdos donde estaban. Formaban parte del lugar. Las hojas que había garabateado eran pedazos de mí que había enterrado en el suelo. Me había plantado con palabras.

—Ntunzi, ¿no piensas llevarte la maleta?

—Sólo me llevo el mapa. Lo demás, lo deajo.

Ntunzi salió. No pude resistirme a lanzar una mirada a la maleta. Estaba vacía, a excepción de una carpeta de tela atada con cordeles. Deshice los cordeles y cayeron decenas de hojas. En todas ellas, Ntunzi había dibujado rostros de mujer. Eran decenas de rostros, todos distintos. En todas las hojas, había escrito en un ángulo: «Retrato de mi madre, Dordalma». Recogí los dibujos, volví a guardarlos en la maleta y salí corriendo sin siquiera mirar por última vez el cuarto. De niños no nos despedimos de los sitios. Siempre creemos que volveremos. Nunca creemos que será la última vez.

•••

Fui el primero en subir al camión. Ntunzi se sentó a mi lado, en la parte de atrás. Zacaria se presentó como nunca lo habíamos visto. Por primera vez, vestía de civil. Cargaba una mochila a la espalda.

—¿Sólo te llevas eso, Zacaria?

—Ya volveré después. Ahora tenemos prisa.

Aproximado y Zacaria fueron a buscar a mi viejo padre. Pensé que reaccionaría, que se negaría en redondo. Pero no. Con paso de niño y obediencia de sirviente, Silvestre acudió, se instaló en el asiento delantero y allí se acomodó, compartiendo el espacio con la portuguesa.

El camión rugió al arrancarse; luego avanzó lentamente y cruzó el portalón, dejando atrás una nube de polvo y humo.

Sentado sobre los trastos, Ntunzi, exultante, me cogía por los hombros con sus dos manos:

—Nos vamos a la ciudad, hermanito, no me lo puedo creer...

Volví el rostro hacia otro lado: mi hermano no tardaría en echarse a llorar de alegría, y yo, en ese momento, sólo tenía ganas de recrearme en mis impuros sentimientos, una mezcla de nostalgia y felicidad. Hice una seña para despedirme, sin pensar que al otro lado no había nadie. La única criatura que se había quedado en Jesusalén no era humana ni estaba viva: Jezibela, que Dios la guarde.

—¿A quién le estás diciendo adiós?

No respondí. No me despedía de Jezibela. Me despedía de mí mismo. Mi infancia se quedaba al otro lado. Al iniciar ese viaje había dejado de ser niño. Mwanito se

había quedado en Jesusalén, y me faltaba un nuevo nombre, un nuevo bautismo.

Entonces fue cuando me asaltó la visión: sin más viento que una brisa que levantó nuestro viejo camión, los árboles de alrededor se desprendían del suelo y alzaban el vuelo como torpes garzas verdes.

—¡Mira, hermano! Son garzas...

Ni Ntunzi ni Zacaria me oyeron. Se me ocurrió, entonces, fotografiar aquellos vuelos vegetales. Extraña apetencia la mía: por primera vez no me bastaba con ver el mundo. Ahora quería ver la manera en que veía el mundo.

Me levanté apoyándome en el techo de la cabina para pedirle la cámara fotográfica a Marta. De pie, contemplé el camino por el que avanzábamos, como si al pasar por debajo del vehículo me cortara por la mitad, separando la alegría de la tristeza.

Cuando miré el asiento delantero me sorprendí: mi padre iba cogido de la mano de la portuguesa. Mantenían una conversación muda sobre nostalgias. No tuve valor de interrumpir aquel diálogo de silencios. Y volví a sentarme, trasto entre trastos, resto entre restos polvorientos.

Pasaron dos días entre paradas breves y el constante roncar del vehículo. Al final del segundo día de viaje, dormido con el vaivén del camión, ya no prestaba atención al camino. Los empujones de Ntunzi me despertaron de un sobresalto. Estábamos atravesando el primer pueblo. Fue entonces cuando vi, maravillado, las calles atestadas de gente. Y sentí fascinación por todo. El ajeteo urbano, los coches, el vocerío, los vendedores ambulantes, las bicicletas, otros niños como yo... Y las mujeres: a manojos, a montones, a mares. Rebosantes de ropas, de colores, de alegría. Envueltas en capulanas<sup>[7]</sup>, como si las vistiera el misterio. Mi madre, Dordalma: la veía en cada cuerpo, en cada rostro, en cada carcajada.

—Mire a la gente, padre.

—¿Qué gente? Yo no veo a nadie.

—¿No ve las casas, los coches, no ve a la gente?

—Absolutamente nada. ¿No os dije que estaba todo muerto, todo vacío?

Se hacía el ciego. ¿O había quedado ciego de verdad por la mordedura de la víbora? Mientras Silvestre se encogía en el asiento, Marta sacaba el teléfono móvil por la ventana y lo orientaba en diferentes direcciones.

—¿Qué hace, doña Marta? —inquirió Zacaria.

—Compruebo si tengo cobertura —respondió.

La obligaron a volver a meter el brazo. Y durante el resto del trayecto, el brazo de Marta se movió como una antena giratoria. La añoranza guiaba su mano, en busca de una señal de Portugal, de una voz que la reconfortara, de una palabra que la arrancara de la geografía.

—¿Y cuándo llegaremos, Zaca?

—Ya hace rato que hemos llegado.

—¿Ya hemos llegado a la ciudad?

—Esto es la ciudad.

Habíamos llegado sin advertir dónde terminaba el mundo rural. No había una frontera clara. Apenas una transición de intensidad, sólo un caos que se había adensado. En la cabina, moviendo la cabeza de un lado a otro con gesto fúnebre, mi padre repetía en una letanía:

—Todo muerto, está todo muerto...

Hay quien muere y es enterrado. Como en el caso de Jezibela. Pero las ciudades mueren y se pudren ante nosotros, con las vísceras fuera, apestandonos por dentro. Las ciudades se pudren dentro de nosotros. Eso decía Silvestre Vitalício.

• • •

Una vez en la entrada del hospital, nuestro viejo padre se negó a salir del vehículo.

—¿Por qué me queréis matar?

—¿Qué dice, cuñado?

—Esto es un cementerio, los conozco muy bien.

—No, padre. Es un hospital.

En vano fueron los esfuerzos de la familia para sacarlo del camión. Aproximado se sentó en el paseo con la cabeza entre las manos. Por suerte, a Zacaria se le ocurrió la manera de salir de aquel punto muerto. Si el viejo Silvestre no había muerto ya, el caso había perdido la urgencia inicial. Propuso que fuéramos a nuestra casa. Harían llamar a Esmeralda, una vecina que era enfermera y le prestaría asistencia en nuestro domicilio.

—Entonces ¡vámonos a casa! —secundó Ntunzi con entusiasmo.

A mí me sonaba extraño. Todos, en aquel grupo, estaban de regreso. Salvo yo. La casa en la que había nacido nunca había sido mía. El único hogar que había tenido habían sido las ruinas de Jerusalén. A mi lado, Zacaria parecía haber oído mis silenciosos temores:

—Ya verás como aún te acuerdas del lugar donde naciste.

Al contemplar la fachada confirmé que nada me sonaba. Lo mismo parecía ocurrirle a Silvestre Vitalício. Aproximado abrió los diversos candados que cerraban la verja de la entrada. La operación llevó cierto tiempo, durante el cual mi padre mantuvo la mirada baja, como un prisionero ante su futura celda.

—Ya está abierta —anunció Aproximado—. Entra tú primero, Silvestre. Yo vivo aquí, tengo las llaves. Pero tú eres el dueño de la casa.

Sin hablar, sólo con gestos, Silvestre dio a entender que nadie más que él y yo pasaría por aquella puerta. Avancé, al abrigo de su sombra, pisando solamente el suelo que él había pisado.

—Primero, los olores —me dijo, llenando los pulmones.

Cerró los ojos y aspiró unos olores que yo no percibía. Silvestre inhalaba los

efluvios de la casa y despertaba recuerdos dentro de su pecho. Se quedó de pie, en el centro de la sala, hinchando el tórax.

—Es como una fruta. La abordamos con la nariz.

Luego usó los dedos. Sólo disponía de la mano que la serpiente le había perdonado. Como quien da una caricia, pasó los dedos sobre muebles, paredes y ventanas. Y era como si reconociera su propio cuerpo después de haber estado mucho tiempo en coma.

Debo confesar que, por más que yo hiciera el esfuerzo, seguía sin reconocer la casa donde había nacido. Ninguna habitación, ningún objeto me trajo recuerdos de mis primeros tres años de vida.

—Dime, hijo: ya he muerto, éste es mi féretro, ¿verdad?

Le ayudé a echarse en el sofá. Me pidió un silencio, y dejé que la casa le hablara. Silvestre parecía haberse dormido cuando se despertó repentinamente para quitarse el torniquete que le envolvía la mano.

—¡Ven, hijo mío! —interpeló, extendiendo el brazo hacia mí.

Ya no había herida. Ni señal de la hinchazón. Me pidió que llevara el torniquete a la cocina y que le prendiera fuego. Todavía no había encontrado el camino en el pasillo cuando volví a oír su voz:

—No quiero a ninguna enfermera ni a ningún extraño en casa. Y mucho menos vecinos.

Por primera vez, Silvestre reconocía la existencia de otras personas, aparte de nuestra pequeña constelación.

—El demonio siempre vive entre los vecinos.

• • •

A excepción de Zacaria, todos nos alojamos en nuestra antigua casa. Aproximado ocupó el cuarto donde ya dormía con Noci. Ntunzi compartió habitación con mi padre. Y yo compartí la mía con Marta.

—Sólo serán unos días —explicó Aproximado.

Una cortina separaba las dos camas, manteniendo la intimidad de cada uno.

Cuando llegamos, Noci todavía estaba en el trabajo. Por la noche, cuando llegó a casa, Marta estaba acostada, como si durmiera. Noci la despertó acariciándole el pelo. Al verse se abrazaron y, pecho contra pecho, lloraron desconsoladamente. Cuando fue capaz de hablar, la joven dijo:

—Te mentí, Marta.

—Ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías? ¿Desde cuándo?

—Desde que te vi la primera vez.

—Estaba enfermo, muy enfermo. No quería que nadie lo viera. Por una parte fue bueno que yo llegara tarde. Si lo hubiera visto los últimos días, ni lo habría

reconocido.

—¿Dónde lo enterraron?

—Cerca de aquí..., en un cementerio cerca de aquí.

La extranjera hizo girar un anillo de plata en las manos de Noci. Sin necesidad de preguntar nada, Marta sabía que el anillo había sido un regalo de Marcelo.

—¿Sabes, Noci? Me hizo bien quedarme allí, en el coto.

La portuguesa se explicó: ir a Jerusalén fue una manera de estar con Marcelo. El viaje había sido igual de reparador que un sueño profundo. Al participar de aquella simulación del fin del mundo, había conocido la muerte sin luto, la partida sin despedida.

—¿Sabes, Noci? Vi a unas mujeres lavando la ropa de Marcelo.

—No es posible...

—Ya lo sé, pero para mí aquéllas eran sus camisas...

Cualquier ropa que la portuguesa vea flotar en una corriente siempre será de Marcelo. La propia sustancia de todos los ríos estará hecha de recuerdos que contradigan el tiempo. Pero los ríos de Marta eran, cada vez más, los de África: más de arena que de agua, más de furias telúricas que de caudales suaves y domados.

—Mañana iremos juntas al cementerio.

• • •

La mañana siguiente me dejaron en casa para cuidar de mi padre. Silvestre se levantó tarde y, todavía desde la cama, donde estaba sentado, me llamó. Cuando acudí, se quedó mirándome, estudiando mi cuerpo. Siempre había sido así: mi padre te obligaba a esperar antes de empezar a hablar.

—Estoy preocupado por ti, Mwanito.

—¿Y por qué, padre?

—Tú, hijo mío, naciste con un gran corazón. Con ese corazón, no eres capaz de odiar. Y para amar este mundo hace falta mucho odio.

—Perdone, padre, pero no he entendido nada.

—Déjalo, es igual. Lo que quiero es pedirte lo siguiente: si me quisieran llevar por ahí, por la ciudad, hijo mío, no te separes de mí. ¿Me lo prometes?

—Se lo prometo, padre.

Se explicó: la serpiente no le había alcanzado sólo la mano. Le había mordido por todo el cuerpo. Todo el paisaje de alrededor le dolía, la ciudad entera lo lisiaba, la miseria de las calles lo afligía más que la contaminación de la sangre.

—¿Has visto cómo el lujo escandaloso se sustenta en la miseria?

—Sí —mentí.

—Por eso no quiero salir.

Jerusalén le había permitido olvidar. El veneno de la serpiente le había devuelto el tiempo. La ciudad lo había dejado ciego.

—¿No te gustaría salir, como hace Ntunzi?

—No.

—¿Y por qué?

—Aquí no hay un río como allá.

—¿Por qué no haces como Ntunzi, que no para en casa, que anda por ahí, de un sitio a otro?

—Yo no sé andar..., no sé andar por ahí.

—Hijo mío, me siento tan culpable... Estás tan viejo... Estás tan viejo como yo.

Me levanté y fui al espejo. Yo era un niño, mi cuerpo aún estaba por desarrollar. Con todo, mi padre tenía razón: el cansancio me pesaba. Había llegado a la vejez sin ningún mérito. Con sólo once años ya estaba marchito, consumido por los delirios paternos. Sí, mi padre tenía razón. Quien nunca ha sido niño no necesita tiempo para envejecer.

—Allá en Jesusalén te oculté algo.

—Usted me ocultó el mundo entero.

—Hay algo que no te dije.

—Padre, dejemos estar Jesusalén; ahora estamos aquí...

—¡Un día regresarás!

—¿A Jesusalén?

—Sí. Aquélla es tu tierra, tu condena. ¿Sabes, hijo? Ese lugar está lleno de milagros.

—Yo jamás presencié ninguno.

—Son milagros tan pequeñitos que ni siquiera nos damos cuenta cuando ocurren.

• • •

Hacía tres días que habíamos llegado a la ciudad, y Silvestre ni siquiera había descornado las cortinas. La casa era su nuevo retiro, su nuevo Jesusalén. No sé cómo, aquella tarde Marta y Noci lograron convencer a mi padre de salir. Las mujeres pensaron que le haría bien ver la sepultura de su difunta esposa. Yo les acompañé con unas flores; iba a la zaga del cortejo que avanzaba a pie hacia el cementerio.

Nos alineamos ante el túmulo de mi madre; Silvestre permaneció impasible, vacío, ajeno a todo. Nosotros mirábamos al suelo, él miraba las aves que surcaban el cielo. Marta le dejó sobre los brazos la corona de flores y le pidió que la pusiera sobre la lápida. Pero mi padre no fue capaz de sostenerla. Al caer al suelo, la corona se deshizo. Entretanto se unió a nosotros el tío Aproximado. Se descubrió la cabeza y cerró los ojos como muestra de respeto.

—Quiero ver el árbol —dijo Silvestre, rompiendo el silencio.

—Vamos —respondió Aproximado—, yo te llevaré a ver el árbol.

Y nos dirigimos al descampado junto a nuestra casa. Una casuarina se alzaba, solitaria, ante el cielo. Silvestre cayó de rodillas junto al viejo tronco. Me llamó y

señaló la copa:

—Este árbol, hijo mío..., este árbol es el alma de Dordalma.

# Una bala en el momento oportuno

Para cruzar contigo el desierto del mundo  
Para enfrentarnos juntos al terror de la muerte  
Para ver la verdad para perder el miedo  
Al lado de tus pasos caminé

Por ti dejé mi reino mi secreto  
Mi rápida noche mi silencio  
Mi perla redonda y su oriente  
Mi espejo mi vida mi imagen  
Y abandoné los jardines del paraíso

Aquí fuera la luz sin voz del día duro  
Sin los espejos vi que estaba desnuda  
Y al descampado se le llamaba tiempo

Por eso con tus gestos me vestiste  
Y aprendí a vivir a pleno viento

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Somos criaturas diurnas, pero en realidad las noches miden nuestro verdadero lugar. Y las noches sólo encajan bien en la casa de nuestra infancia. Yo había nacido en la casa que ahora ocupábamos, pero ésa no era mi casa; en ella el sueño no me llegaba con dulzura. Todo en esa residencia me resultaba extraño. Sin embargo, mi sueño parece haber reconocido algo familiar en esta quietud. Tal vez por eso una noche soñé como si nunca lo hubiera hecho antes. Porque caí en un abismo profundo y me arrastraron aguas y diluvios. Soñé que Jerusalén quedaba sumergido. Primero, llovió sobre la arena. Después, sobre los árboles. Después, sobre la propia lluvia. El campamento se convirtió en el lecho de un río, y ni los continentes bastaban para contener tanta agua.

Mis papeles se desprendieron del escondrijo donde estaban enterrados y ascendieron a la superficie de las revueltas aguas del río. Me acerqué a la orilla para recuperarlos. De pronto, cuando los tuve en las manos, sucedió lo siguiente: los papeles se convirtieron en ropa. Eran las vestiduras empapadas de reyes, sotas y reinas. Cada uno de los monarcas desfiló ante mí para entregarme aquellos pesados mantos. Luego, completamente desnudos, siguieron su camino río abajo hasta desaparecer en un remanso.

Sus vestiduras me pesaban tanto en los brazos que decidí retorcerlas para escurrirlas. Pero en lugar de agua cayeron letras, y cada una de éstas hacía una pirueta sobre la superficie y se lanzaba a la corriente. Cuando cayó la última letra, los ropajes se evaporaron, desaparecieron.

—¡Marcelo!

Era Marta, que había llegado a la orilla. Apareció como si hubiera surgido de entre la bruma y fue tras las letras por la orilla, siguiendo la corriente. Llamaba a

Marcelo a gritos; sus pies surcaban con dificultad las aguas. Luego, después de pasar la curva del río, la portuguesa desapareció.

Una vez en casa, el viejo Silvestre me preguntó con un ansia extraña por la portuguesa. Señalé la neblina de la orilla. Él se levantó de un salto, proyectado sobre su cuerpo, como si lo acabaran de parir por segunda vez.

—Voy para allá —exclamó.

—¿Allá dónde, padre?

No respondió. Lo vi alejarse con torpeza en dirección al valle y desaparecer entre los densos arbustos.

Pasó un rato y casi me dormí, envuelto por el dulce canto de los *noitibós*<sup>[8]</sup>. De repente, un crepitar entre los matorrales me sobresaltó. Eran mi padre y la portuguesa, que se acercaban, apoyados el uno en el otro. Los dos estaban empapados. Acudí en su auxilio. Silvestre necesitaba más ayuda que la extranjera. Respiraba con dificultad, como si estuviera engullendo el cielo a sorbos. La portuguesa fue la primera en hablar:

—Tu padre me ha salvado.

Me dijo que no podía imaginarme la valentía de Silvestre Vitalício, ni cómo se había lanzado al río revuelto y había luchado contra la corriente y contra la voluntad de la muerte para sacarla de las aguas en las que se ahogaba.

—Yo quería morir en un río, en un río que naciera de mi tierra y desembocara en el fin del mundo.

Eso dijo la portuguesa, con la mirada fija en la ventana.

—Ahora déjame —añadió—. Ahora quiero estar sola con tu padre.

Salí, afectado por una extraña tristeza. Cuando miré por la ventana me pareció ver a mi madre inclinada sobre su antiguo marido; a mi madre, que había regresado del cielo y de los ríos donde había estado toda la vida. Golpeé el cristal y la llamé sin voz apenas.

—¡Madre!

Una mano femenina me tocó y, antes de volverme, el cuerpo de un ave me cubrió los hombros. Me desmoroné, desalentado, y ni siquiera me resistí al notar que me levantaba, que mis pies se separaban del suelo y la tierra perdía altura, empequeñeciéndose, allá abajo, como un globo menguante.

• • •

Me lavé la cara bajo el grifo del lavadero, como si solamente el agua pudiera librarme del sueño del agua. Sin secarme, miré la calle por donde transcurría la ciudad. ¿Por qué soñaba con Marta desde el día que apareciera en la casa grande de Jerusalén? La verdad era que aquella mujer me había invadido, como el sol que inunda nuestras casas. No había modo de detener o impedir esa inundación, no había cortina capaz de contener aquella luminosidad.

Tal vez la explicación fuera otra. Tal vez la Mujer ya estuviera dentro de mí antes de llegar a Jerusalén. O tal vez Ntunzi tenía razón cuando advertía: nadie enseña al agua. Ésta es como las mujeres: saben cosas porque sí. Cosas inexplicables. Por eso hay que temer a las dos criaturas: a la mujer y al agua. Y tal era, al final, la advertencia del sueño.

• • •

Después de la visita al cementerio, Silvestre Vitalício nunca volvió a estar en su entero juicio. Era un autómata, se había quedado sin alma, sin habla. Pensamos que acaso todavía estaba convaleciente de la mordedura de serpiente. Pero la enfermera descartó esa explicación. Vitalício se había exiliado en sí mismo. Jerusalén lo había apartado del mundo. La ciudad lo había despojado de sí mismo.

Aproximado me dijo que las calles del barrio eran pequeñas y que por ellas se podía pasear con tranquilidad. Me dijo que saliera por allí con mi padre, a ver si se distraía un poco. Hoy sé que ninguna calle es pequeña. Todas esconden infinitas historias, todas ocultan incontables secretos.

Una vez, mientras paseábamos, me pareció que mi padre tiraba levemente de mí, indicándome la dirección. Pasamos por delante de una iglesia presbiteriana en un momento en que se celebraba una ceremonia. Se oían corales y un piano gangoso. Silvestre se detuvo, sus ojos se encendieron como si lo hubieran fulminado. Se sentó en la escalera de la entrada con las manos abiertas sobre el pecho.

—Déjame aquí, Mwanito.

Hacía tanto que no hablaba que su voz se había vuelto imperceptible. Y allí, en aquella fría esquina, permaneció callado e inmóvil durante horas. Silvestre no se movió del escalón, ni siquiera cuando terminó la misa y todos se retiraron. Algunos más viejos pasaron junto a él y lo saludaron. Silvestre no devolvió el saludo a ninguno. La iglesia y la calle ya estaban a oscuras y desiertas cuando insistí:

—Padre, vámonos, por favor.

—Yo me quedo aquí.

—Ya es de noche, vámonos a casa.

—Me quedo a vivir aquí.

Yo conocía bien la terquedad de mi padre. Regresé solo y advertí a Ntunzi y Aproximado de la decisión del viejo Silvestre.

—Dejemos que el hombre duerma allí esta noche... —respondió el tío.

—¿Al relente?

—Hace mucho que no tiene tantas casas.

Al día siguiente salí temprano a la calle para saber cómo estaba mi padre. Lo encontré como si no hubiera cambiado de posición, resguardado en la escalera donde lo había dejado. Lo desperté tocándole levemente el hombro.

—Venga, padre. Mañana volveremos para escuchar los cánticos.

—¿Mañana? ¿Y cuándo es mañana?

—Dentro de poco, padre. Venga conmigo, mañana lo traeré de vuelta.

Y durante semanas, todos los días a la misma hora, llevé a mi padre a la escalera de la iglesia, momentos antes de que aquellas voces afinadas ascendieran a los cielos. Cada vez que hacía amago de marcharme, su brazo me agarraba. Callado y sin mover un dedo, quería compartir aquel momento conmigo. Quería reconstruir el soportal donde extendíamos nuestro silencio. Hasta que un día advertí que balbuceaba las palabras de los himnos. Incluso sin voz, Silvestre cantaba a coro con los demás. Sin que nadie más se diera cuenta, las palabras de Vitalício subían al cielo. Era un cielo raso, sin aliento. Pero el principio de un infinito.

• • •

Desperté al oír voces femeninas. Miré por la ventana. Decenas de personas abarrotaban la calle, paralizando el tráfico. Gritaban consignas, empuñaban pancartas en las que se leía: «¡Basta de violencia contra la mujer!». Entre la multitud vislumbré a Zacaria Kalash, que se abría camino para acercarse a nuestra residencia. Abrí la puerta y él, sin detenerse a pedir permiso, irrumpió en la casa como si buscara abrigo.

—Pero ¡qué jaleo arman esas mujeres!

Iba vestido con el uniforme militar y arrastraba una bolsa y una maleta. Lo acompañé a la cocina, que, tras nuestra llegada intempestiva, se había convertido en algo así como la sala de visitas.

—¿Dónde está tu hermano? —me preguntó.

Ntunzi había llegado a casa apenas hacía una hora, después de otra juerga nocturna. Se había acostado vestido y olía a alcohol y a humo de cigarrillos. Desde que llegáramos a la ciudad, mi hermano no había puesto los pies en casa. Noche tras noche, callejeaba con compañías «nada aconsejables», según el tío Aproximado.

—Todavía está durmiendo.

—Pues ve a llamarlo.

Zacaria esperó en la cocina, pero sin sentarse. Se quedó de pie; de vez en cuando, abría y cerraba las cortinas como si el alboroto de la calle le molestara. «¡Este mundo está jodido!», le oí refunfuñar. Tropecé en la oscuridad del cuarto, sacudí a mi hermano y le insté a que se diera prisa. Regresé a la cocina y me encontré con el militar sirviéndose una cerveza:

—Vuelvo a Jerusalén. Vengo a despedirme.

Todos habían hallado su lugar en la ciudad. Yo me había reencontrado con mi primera casa. Mi padre se había instalado en la locura. Zacaria Kalash era el único que no había encontrado el suyo.

—¿Te vas definitivamente, Zaca?

—No. Hasta que termine cierta obligación.

—¿Y qué vas a hacer en Jerusalén?

—No voy a hacer: voy a deshacer...

—¿Qué quieres decir?

—Voy a hacer saltar por los aires el polvorín, a enterrar las armas...

—No quieres que haya más guerras, es eso, ¿verdad, Zaca?

Una sonrisa triste, casi enigmática, le ensombreció el rostro. Pasó el dedo por el borde del vaso, arrancándole un zumbido.

—¿Sabes, Mwanito? Yo fui a la guerra para matar a alguien —y dibujó con el brazo una presencia vaga.

—¿A alguien?

—A alguien dentro de mí.

—¿Y lo mataste?

—No.

—¿Y ahora?

—Ahora ya es tarde: ese alguien me ha matado a mí.

De pequeño, a mi edad, él quería ser bombero, salvar a la gente de las casas en llamas. Sin embargo acabó incendiando casas con gente dentro. Soldado de tantas guerras, soldado de causa ninguna. ¿Defender la patria? Pero si la patria que había defendido nunca había sido la suya. Así habló el militar Kalash, trabucando las palabras, como si le apremiara dar a conocer sus revelaciones íntimas.

—¿Sabes, Mwanito? Jesusalén fue mi patria, más que ningún otro lugar. Pero, en fin, yeguas cansadas no mueven molinos...

Nos interrumpió la aparición de Ntunzi. Ojos de víspera, desgredado, pies vacilantes por el sueño... Zacaria ni siquiera lo saludó. Abrió su bolsa y sacó una mochila, que lanzó a los brazos del recién llegado.

—Llévate la mochila a tu cuarto y lía el petate.

—¿Que lía el petate? ¿Para qué?

—Te vienes conmigo a Jesusalén.

—¿Adónde? —respondió, soltando una carcajada para añadir enseguida, crispado —: Ni hablar. Zacaria, no me voy de aquí ni muerto.

—Vamos a pasar allí unos días.

Yo conocía muy bien el rumbo que tomaban las discusiones en nuestra pequeña tribu. Viendo que la tensión no tardaría en desatar un conflicto, intervine para calmar los ánimos:

—Vamos, Ntunzi. No te cuesta nada acompañar a Zacaria. Es sólo ir y venir.

Zacaria se levantó y se puso delante de Ntunzi, y de la cartuchera que colgaba de su cinturón sacó una pistola. Me eché atrás temiéndome lo peor. Pero la voz de Kalash traslucía la tranquilidad del ansia consumada cuando profirió:

—Coge esta pistola.

Con espanto de recién nacido, mi hermano se quedó boquiabierto, con la mano entumecida, sosteniendo con torpeza el peso del arma. Kalash dio un paso atrás y contempló la figura patética de Ntunzi.

—No lo entiendes, Ntunzi.

—¿No entiendo el qué?

—Vas a ser soldado. Por eso he venido a buscarte.

Ntunzi se dejó caer sobre una silla con la mirada absorta. Se quedó así unos momentos, hasta que Zaca Kalash recuperó la pistola y lo ayudó a levantarse.

—Ya se adivinaba lo que iba a pasarte en la ciudad. No pienso permitir que te quedes aquí ni un día más.

—No pienso ir a ninguna parte. Tú no mandas sobre mí. Voy a llamar a mi padre.

Fuimos tras mi hermano por el pasillo de casa. La puerta del dormitorio se abrió de sopetón, pero Silvestre no movió ni una pestaña pese al alboroto. El soldado zanjó la discusión de un grito:

—¡Tú vienes conmigo porque lo mando yo!

—El único que me da órdenes es mi padre.

De repente, Silvestre levantó el brazo. Nuestro viejo padre quería hablar.

—Salid todos —susurró a duras penas—. Tú, Ntunzi, quédate.

Zacaria y yo nos retiramos y volvimos al lugar que ocupábamos en torno a la mesa de la cocina. Zacaria abrió otra botella de cerveza y bebió, sin volver a decir palabra. Fuera se oía a las manifestantes, que gritaban: «¡Mujeres, denunciad, denunciad!».

—Cierra la puerta: que tu padre no lo oiga.

Cuando volvió a entrar en la cocina, Ntunzi parecía estar preñado por detrás. Encorvado por el peso que lo abatía, se despidió.

—Adiós, hermano.

Lo abracé, pero mis brazos eran pequeños para abarcar tanta corpulencia. Mis manos acariciaron la lona de la mochila como si fuera su cuerpo. Ntunzi y Zacaria salieron por la puerta y yo miré a mi hermano alejarse, como si la carretera fuera su inevitable destino. Poco a poco, fueron abriéndose paso entre las mujeres que se manifestaban. Al fijarme en su manera de caminar, me pareció que pese a la resaca de la noche anterior, Ntunzi avanzaba con paso militar, de una manera idéntica a la forma de andar de Zacaria.

Me disponía a correr las cortinas cuando advertí que Noci me hacía señas. Me invitaba a bajar, a unirme a la manifestación. Sonreí de un modo forzado. Y cerré la ventana.

• • •

Durante varios días sólo fui padre de mi padre. Cuidaba de él, lo acompañaba a lugares en los que siempre reaccionaba como un ciego.

Hasta que un día recibí una carta. Reconocí la letra de Marta. Era la primera carta que alguien había escrito para mí.

# El árbol inmóvil

Terror a amarte en un lugar frágil como el mundo.

Mal de amarte en este lugar de imperfección

Donde todo se nos rompe y enmudece

Donde todo nos miente y nos separa.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Te escribo esta carta, querido Mwanito, para despedirnos sin adioses. La última vez que estuvimos juntos me contaste el sueño en el que tu padre me salvaba de morir ahogada en el río. Si pensamos que la vida es un río, tu sueño es verdadero. En Jerusalén me salvaron. Silvestre me enseñó a hallar a Marcelo vivo en todo aquello que nace.

Nunca quise saber cómo había muerto Marcelo. De una enfermedad: esto me bastaba como explicación. El día que me fui, una vez en el aeropuerto, Noci me contó detalles del último viaje de mi marido. Después de que Aproximado lo dejara junto al portalón, Marcelo debió de vagar sin rumbo durante días, hasta que lo tirotearon en una emboscada. Nos imaginamos por dónde anduvo gracias a las imágenes que quedaron en los carretes fotográficos. Noci me regaló esas fotos en blanco y negro. No eran, como pensé, imágenes de garzas y paisajes. Era el reportaje de su propio fin, un diario pictórico de su decadencia. Gracias a esas imágenes sabemos que deseaba alejarse de sí mismo. Primero, vagando sin rumbo, desgredado y sin ropa. Después, cada vez más cerca de los animales, bebiendo agua de los charcos, comiendo carne cruda. Abatieron a Marcelo porque lo tomaron por un animal salvaje. No lo mataron los de la guerra. Fueron cazadores. Mi marido, querido Mwanito, escogió esa especie de suicidio. Cuando fuera a llegarle la muerte, ya habría dejado de ser persona. Y así sentiría que moría menos.

No fue un continente lo que engulló a Marcelo. Lo devoraron sus demonios interiores. Y esos demonios ardieron cuando, momentos antes de regresar a Lisboa, quemé todas las fotografías que Noci me había dado.

• • •

La vida sólo sucede cuando dejamos de entenderla. Últimamente, mi querido Mwanito, estoy lejos de cualquier posible entendimiento. Nunca había imaginado que viajaría a África. Ahora no sé cómo regresar a Europa. Quiero volver a Lisboa, sí, pero sin el recuerdo de haber vivido. No me apetece reconocer a nadie, ni reconocer lugares, ni siquiera la lengua que nos da acceso a los demás. Por eso estuve tan a gusto en Jerusalén: todo era extraño y no tenía que dar cuenta a nadie de quién era ni de qué destino debía elegir. En Jerusalén mi alma se volvía leve, deshuesada,

hermana de las garzas.

Todo esto se lo debo a tu padre, Silvestre Vitalício. Lo condené por haberos arrastrado a un desierto. La verdad, sin embargo, es que él inauguró su propio territorio. Ntunzi respondería que Jesusalén se fundó sobre un engaño creado por un enfermo. Era una mentira, sí. Sin embargo, si debemos vivir en la mentira, que sea en nuestra propia mentira. Resulta, pues, que el viejo Silvestre no mentía tanto en su visión apocalíptica. Porque él tenía razón: el mundo termina cuando ya no somos capaces de amarlo.

Y la locura no siempre es una enfermedad. A veces es un acto de valentía. Tu padre, querido Mwanito, tuvo esa valentía que nos falta a nosotros. Cuando todo estaba perdido, él volvió a empezar todo. Aun cuando ese todo a los demás no les pareciera nada.

He aquí la lección que aprendí en Jesusalén: la vida no se ha hecho para ser poca y breve. Y el mundo no se ha hecho para tener medida.

• • •

Cuando empezaste a leer los rótulos de las cajas de las armas no eran sólo las letras lo que aprendías. La enseñanza era otra: las palabras pueden ser el puente que une la Muerte y la Vida. Por eso te escribo. No hay muerte en esta carta. Pero hay una despedida que es un modo de morir simple. ¿Recuerdas lo que decía Zacaria? «Tuve mis muertes; felizmente todas fueron pasajeras». Mi única muerte fue la de Marcelo. Ésta fue, en efecto, el primer desenlace definitivo. No sé si Marcelo fue el amor de mi vida. Pero fue una vida entera de amor. Quien ama, ama para siempre. Nunca hagas nada para siempre. Excepto amar.

Sin embargo, no te escribo para hablar de mí, sino de tu madre, Dordalma. Hablé con Aproximado, con Zacaria, con Noci, con los vecinos. Todos me contaron pedazos de una historia. Es mi deber devolverte ese pasado que te fue robado. Dicen que la historia de una vida se agota con el relato de su muerte. Ésta es la historia de los últimos días de Dordalma. De cómo perdió la vida después de enterrarse en vida.

• • •

Era un miércoles. Esa mañana, Dordalma salió de casa como nunca lo había hecho en su vida: para ser mirada y envidiada. El vestido era para dejar ciego a un mortal, y el escote para hacer ver el cielo a un ciego. Estaba tan deslumbrante que pocos se dieron cuenta de la pequeña maleta que llevaba con el mismo desamparo que un niño el primer día de escuela.

Empiezo así, Mwanito, porque tú no sabes lo hermosa que era tu madre. No era su rostro, ni su cintura, ni sus piernas ágiles y torneadas. Era ella, toda ella. En casa,

Dordalma apenas era ceniza, apagada y fría. Con los años de soledad y descreimiento acabó por no ser nadie, simple indígena del silencio. Pero ella se vengaba infinitas veces delante del espejo. Y allí, en el tocador, se cubría de apariencias. Parecía, no sé, un cubito de hielo en un vaso. Disputándose la superficie, reinando en el lugar más alto hasta el momento de volver a ser agua.

Vuelvo al principio: aquel miércoles, tu madre salió de casa vestida para sembrar fantasías. Las miradas de los vecinos no eran cumplidos por su belleza. Y suspiraban: de envidia las mujeres, de deseo los hombres. En las pupilas de los varones aparecían las mismas venas dilatadas que cubren los ojos de los depredadores.

He aquí los hechos, tal como ocurrieron. Esa mañana tu madre entró en el *chapa-cem*<sup>[9]</sup> y entró, apretujada, entre los hombres que abarrotaban el vehículo. El autobús arrancó en medio de una humareda, animado por una extraña prisa. El *chapa* no siguió el trayecto habitual. El conductor se desvió, acaso deslumbrado por el reflejo que los retrovisores le devolvían de la hermosa pasajera. Por fin, el autobús se paró en un solar apartado y oscuro. Lo que pasó a continuación, hasta me duele escribirlo.

La verdad es que, según los esquivos testigos, arrojaron a Dordalma al suelo entre babas y gruñidos, voracidad feroz, rabia animal. Y ella se fue hundiendo en la arena, como si solamente el suelo protegiera su cuerpo frágil y trémulo. Uno a uno, los hombres se aprovecharon de ella, rugiendo como si se vengaran de una ofensa secular.

Doce hombres después, tu madre se quedó en el suelo, apenas con vida. En las horas siguientes no fue más que un cuerpo, un bulto a merced de ratas y cuervos... O peor: un cuerpo expuesto a las miradas maliciosas de las pocas personas que por allí pasaban. Nadie la ayudó a levantarse. Innumerables veces trató de reponerse, pero al no hallar las fuerzas, volvía a caer, sin lágrimas, sin alma.

Al fin, ya de noche cerrada, apareció tu padre, furtivo como un gato entre las tejas. Miró alrededor, hinchó el pecho y tomó a su esposa en brazos. Cargado con Dordalma, Silvestre atravesó la calle con lentitud, sabiendo que detrás de las ventanas decenas de miradas se clavaban en su lúgubre imagen.

Al llegar a la puerta de casa se detuvo como una estatua. Bajo la oscuridad no se veía si lloraba, si crispaba su rostro maldiciendo al mundo y a aquellos que se ocultaban.

Con el pie cerró la puerta tras de sí, y la casa de los Vitalicio quedó en la oscuridad para siempre. Silvestre dejó el cuerpo de tu madre sobre la mesa de la cocina y acomodó su cabeza entre bolsas y paños. Después fue a tu habitación, te besó en la frente y pasó la mano por la cabeza de tu hermano. Hizo girar la llave en la cerradura y anunció:

—Ahora vuelvo.

Regresó a la cocina para quitarle la ropa a tu madre. Sin tocar el cuerpo desnudo, inconsciente todavía, hizo un lío con la ropa descartada. Llevó el fardo de ropa al huerto y lo quemó después de regarlo con petróleo.

Se sentó de nuevo junto a la mesa y se quedó vigilando a su esposa durmiente. Ni una caricia, ni un gesto de atención. Sólo una fría espera de celoso funcionario. En cuanto las primeras señales de conciencia asomaron al rostro de Dordalma, tu padre le soltó:

—¿Puedes oírme?

—Sí.

—Pues escucha bien lo que voy a decirte: nunca más me avergüences de esa manera. ¿Me has oído bien?

Dordalma asintió con la cabeza y los ojos cerrados, y él se levantó para darle la espalda. Tu madre puso los pies en el suelo y buscó apoyo en el brazo de su marido. Silvestre se apartó y no le permitió salir al pasillo:

—Quédate aquí. No quiero que los niños te vean en ese estado.

Le dijo que permaneciera en la cocina, que se lavara debidamente. Más tarde, cuando la casa durmiera, podría ir al dormitorio y quedarse allí, quieta y callada. Le dijo que él, Silvestre Vitalício, ya había sufrido bastantes vejaciones.

• • •

Tu padre se despertó alarmado, como si una voz interior lo llamara. Su pecho resollaba, el sudor le corría como si apenas estuviera hecho de agua. Fue a la ventana, recorrió las cortinas y vio a su esposa colgada de un árbol. Sus pies estaban a poca distancia del suelo. Lo entendió de inmediato: esa poca distancia era lo que separaba la vida de la muerte.

Antes de que la calle se despertara, Silvestre se dirigió a la casuarina con paso apresurado, como si allí, ante él, sólo hubiera un ser vegetal, hecho de hojas y ramas. Tu madre le pareció un fruto seco, y la cuerda un simple peciolo tenso. Apartó las ramas con los brazos y, en silencio, cortó la cuerda para oír el golpe sordo del cuerpo al topar con el suelo. Y luego se arrepintió. Él ya había oído antes aquel sonido: era el ruido de la tierra al caer sobre la tapa del féretro. Aquel ruido se incrustaría en sus oídos como el musgo en una pared umbría. Luego, tu silencio, Mwanito, fue su defensa contra ese eco recriminador.

Por segunda vez ese día, Silvestre cruzó la calle con tu madre en brazos. Esta vez, sin embargo, era como si Dordalma hubiera dejado el peso suspendido en la horca. Dejó el cuerpo desnudo en el suelo de la terraza y la examinó: no había restos de sangre, no había indicio de enfermedad alguna, ni herida que revelara una riña. Si no hubiera sido por la absoluta inmovilidad del pecho, nadie habría dicho que estaba muerta. Esta vez sí, Silvestre se anegó en llanto. Quien por allí pasaba creía que era el dolor de la muerte lo que había derrumbado a Silvestre. Pero no era la viudez la causa de sus lágrimas. Tu padre lloraba por despecho. El suicidio de la mujer casada es el mayor vejamen para un marido. ¿Acaso no era él propietario legítimo de la vida de su mujer? ¿Cómo aceptar, pues, aquella humillante desobediencia? Dordalma no había

renunciado a vivir: una vez desposeída de su propia vida, refregó por las narices a tu padre el espectáculo de su propia muerte.

• • •

Lo que pasó en el funeral ya lo sabes. El viento tapaba los hoyos, impidiendo cavar la consiguiente sepultura. Tuvieron que ser otros, sepultureros profesionales, quienes terminaran el entierro. Una vez en casa, al volver del cementerio, Ntunzi se portó como el niño más solitario de este mundo. Ningún afecto de los presentes podía servirle de consuelo. Sólo podían consolarlo las palabras del viejo Silvestre. Pero tu padre permaneció distante. Fuiste tú quien se abrió paso entre la multitud y rodeaste con las manitas el rostro del viudo. El hueco de tus manos sumió a Silvestre en un silencio perfecto. Tal vez fuera en ese silencio donde antevió Jesusalén, ese lugar más allá de cualquier otro.

Después del funeral, tu padre se retiró a la iglesia varios días seguidos. No participaba en el coro, pero asistía a las misas y, luego, se quedaba allí, postrado como un mendigo sin hogar. A veces se sentaba al piano y paseaba unos dedos distraídos por las teclas. Era el mes de julio y hacía un frío de esos que hacen que las manos se olviden de sí mismas, abrigadas en los bolsillos.

Durante uno de esos retiros Zacaria entró en el recinto sagrado. Acababa de llegar del frente de batalla y aún vestía un chaquetón militar. Kalash fue derecho hacia tu padre y lo saludó con un abrazo enérgico. Parecía que se abrazaban con afecto. Pero en realidad luchaban. Lo que se decían, en un susurro, uno al oído del otro, parecían palabras de consuelo. Pero eran amenazas de muerte. Quien pasara por allí difícilmente habría adivinado que se estaban enfrentando mortalmente. Y nadie podrá decir que oyó el tiro. La sangre que goteaba del uniforme de Zacaria al echarse atrás tampoco podrá constituir nunca una prueba. Silvestre limpió el suelo y no quedó vestigio alguno de violencia. No hubo lucha, ni disparo, ni sangre. Para los debidos efectos, los dos amigos se habían abrazado largamente, amparando la tristeza mutua por la desaparición de tu querida madre, Dordalma.

• • •

Ahora sabes por qué Ntunzi se ha ido con Kalash. Por qué razón seguirá el destino militar que persigue a generaciones en la familia de Zacaria. Ahora ya sabes por qué motivo Silvestre temía al viento y a la danza de los árboles que evocaba fantasmas. Ahora conoces los motivos de Jesusalén y del exilio de los Ventura fuera del mundo. Tu padre, al fin y al cabo, no era sólo un extraño, y Jesusalén no era un hecho fortuito en su locura. Para Silvestre el pasado era una enfermedad, y los recuerdos un castigo. Él quería vivir en el olvido. Él quería vivir lejos de la culpa.

Cuando leas esta carta ya no estaré en tu país. O, mejor dicho, estaré como Zacaria: sin patria propia, pero jurando servir a causas que otros han inventado. Regreso a Portugal sin Marcelo, regreso sin una parte de mí. Vaya donde vaya no hallaré suficiente espacio para dar sombra al vuelo de las garzas. En Jesusalén la Tierra siempre tendrá más tierra.

• • •

Una vez, Noci me habló del vacío que existía en su relación con Aproximado. Al igual que el amor, con el tiempo, se había vaciado. Por distintos que parecieran nuestros trayectos, pisábamos las mismas huellas. Yo salí de mi tierra para buscar a un hombre que me traicionaba. Ella se traicionaba a sí misma con alguien a quien no amaba.

—¿Por qué consentimos tanto? —se preguntó Noci.

—¿Quiénes?

—Nosotras, las mujeres. ¿Por qué consentimos tanto? ¿Por qué lo consentimos todo?

—Porque tenemos miedo.

Nuestro mayor miedo es la soledad. Una mujer no puede existir sola, a riesgo de dejar de ser mujer. O se convierte, para tranquilidad de todos, en otra cosa: en una loca, en una vieja, en una hechicera... O, como decía Silvestre, en una puta. Todo menos mujer. Esto le dije a Noci: en este mundo sólo somos alguien si somos esposas. Y eso es lo que soy ahora. Soy la esposa de un muerto.

• • •

Dejo contigo nuestras fotografías, las de nuestros días en el coto. Una de ellas, mi preferida, muestra la luz de la Luna reflejada en la laguna. Me temo que esa noche fue la última vez que miré la Luna. Sólo me queda esa luz difusa para iluminar las pocas noches que me esperan.

Quiero agradecerte todo aquello que viví y aprendí en ese lugar que es tuyo. Aprendí la siguiente lección: la muerte me apartó de Marcelo igual que la noche aleja a los pájaros: sólo por una estación de tristeza.

Volveremos a encontrar a nuestros amores otra noche, bajo la luz de la Luna. Aunque no haya laguna, aunque no haya noche, aunque no haya Luna. Con la luz, eternos, nuestros amores regresan, como la ropa flotando en la corriente de un río.

No sé si mi felicidad es mayor que la tuya: yo poseo una casa a la que regresar. Tengo a mis padres, tengo unos círculos de amistades en los que me confirmo como un semejante de aquello que los demás esperan de mí. Los que te quieren aceptarán que te hayas ido. Pero exigen que vuelvas siendo la misma, reconocible, como si el

viaje fuera un hecho pasajero. Tú eres un niño, Mwanito. Tienes muchos viajes, mucha infancia por vivir. Nadie podrá pedirte que sólo seas un afinador de silencios.

No responderás esta carta. No dejo ninguna dirección ni señal alguna de mí. Si algún día te apetece saber de mí pregunta a Zacaria. Él me ha encargado rescatar parte de su pasado en Portugal. Quiere recuperar a su madrina, quiere ver renacer la magia de las cartas. Un día, estoy segura, volveré a ti. Pero nunca más habrá Jerusalén.

## El libro

Nunca más

Tu rostro será limpio y vivo  
Ni tu andar como onda fugitiva  
Se podrá en los pasos del tiempo tejer.  
Y nunca más daré al tiempo mi vida.

Nunca más serviré a un señor que pueda morir.  
La luz de la tarde me muestra los destrozos  
De tu ser. En breve la podredumbre  
Beberá tus ojos y tus huesos  
Tomando tu mano en su mano.

Nunca más amaré a quien no pueda vivir  
Siempre,  
Porque amé como si fueran eternos  
La gloria, la luz y el brillo de tu ser,  
Te amé en verdad y transparencia  
Y ni siquiera me queda tu ausencia,  
Es un rostro de náusea y negación  
Y cierro los ojos para no verte.

Nunca más serviré a un señor que pueda morir.  
SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Habían pasado cinco años desde que Marta, Ntunzi y Zacaria se marcharan. Un día, Aproximado me llamó a la sala donde se encontraba Noci y unos niños de la vecindad. Sobre la mesa había un pastel con velas clavadas en la capa de azúcar blanco.

—Cuenta las velas —me ordenó mi tío.

—¿Para qué?

—Cuéntalas.

—Hay dieciséis.

—Es tu edad —dijo Aproximado—. Y hoy es tu cumpleaños.

Nunca me habían hecho una fiesta de cumpleaños. Mejor dicho: ni se me había ocurrido pensar que había un día en el que yo hubiera nacido. Pero hete aquí que, en la sombría sala de nuestra casa, la mesa estaba dispuesta con pasteles y refrescos, decorada con cintas y globos. Sobre la superficie del pastel estaba escrito mi nombre.

Fueron a buscar al viejo y lo sentaron junto a mí. Uno a uno, los invitados me fueron entregando regalos que iba apilando con descuido sobre la mesa de al lado. De repente, se pusieron a cantar y a aplaudir. Me di cuenta de que, por un instante, yo era el centro del universo. Por instrucción de Aproximado, apagué de un soplo las velas. En ese momento mi padre salió de su inmovilidad y, aunque nadie lo notó, me apretó el brazo. Era su manera de demostrarme cariño.

Horas después, de regreso a su cuarto, Silvestre volvió a meterse en su caparazón

habitual. Hacía cinco años que yo me ocupaba de él, que lo guiaba en las trivialidades del día a día y que lo ayudaba a comer y a lavarse. El tío Aproximado se ocupaba de mí. A menudo, este pariente se sentaba frente a Silvestre y, después de enfrentar largamente las miradas, le preguntaba en voz alta:

—¿No te estarás haciendo el loco sólo para no pagarme las deudas?

En el rostro de Vitalício no había indicio alguno de que fuera a responder. Yo desafié a mi tío: ¿cómo iba a ser tan convincente y a durar tanto una farsa?

—Es que son deudas antiguas, de cuando vivía en Jerusalén. Hacía años que tu padre no me pagaba la mercancía. Por no hablar de todo lo demás —añadía.

Aproximado nunca explicó en qué consistía «todo lo demás». Y el lamento proseguía, siempre igual: que su cuñado nunca había imaginado lo difícil que era viajar por la carretera a Jerusalén; ni a cuántos camioneros tenía que pagar para evitar emboscadas y asaltos. El secreto de la supervivencia —aconsejaba— es almorzar con el diablo y comer las sobras con los ángeles.

—Me está bien empleado. Es lo que tiene hacer negocios con la familia...

—Yo puedo pagarte, tío.

—¿Pagarme el qué?

—Las deudas...

—No me hagas reír, sobrino.

Si existían tales deudas, lo cierto es que Aproximado no se vengaba conmigo. Al contrario: me protegía como al hijo que nunca había tenido. De no haber sido por él, jamás habría asistido a la escuela del barrio. Nunca olvidaré mi primer día de clase, la extraña sensación de ver a tantos niños sentados en una misma sala. Más extraño todavía era un libro que nos unía durante horas seguidas, tejiendo infancias en un mundo envejecido. Durante años había creído ser el único niño del universo. Y a ese niño solitario se le había prohibido toda su vida mirar siquiera un libro. Por eso, desde la primera lección, mientras en el aula se repasaba la tabla de multiplicar y el abecedario, yo acariciaba los cuadernos y recordaba mi baraja de cartas.

Mi fascinación por las clases no pasó desapercibida al profesor. Era un hombre flaco y seco, de ojos hundidos y avejentados. Hablaba con pasión sobre la injusticia y contra los nuevos ricos. Una tarde, se llevó a la clase a visitar el lugar donde habían asesinado a un periodista que había denunciado a unos corruptos. En el local no había monumento ni muestra alguna de homenaje oficial. Un simple árbol —un anacardo— eternizaba la valentía de una persona que había arriesgado su vida para luchar contra la mentira.

—Dejemos flores en este paseo para limpiar la sangre; flores para lavar la vergüenza.

Éstas fueron las palabras del profesor. Con su dinero compramos flores y cubrimos el paseo con ellas. De regreso a la escuela, el profesor iba delante de mí; me pareció que pesaba tan poco que temí que fuera a alzar el vuelo como una cometa de papel.

• • •

—¿Eso ha hecho? —se espantó Noci—. ¿Os ha llevado a visitar al periodista del pueblo?

—Y todos hemos dejado flores...

—Entonces mañana le entregarás unos papeles a ese profesor. Y una cartita que voy a escribirle...

No sé qué le pasó por la cabeza, pero la chica no se hizo esperar. Obedecí sus órdenes y me quedé en el pasillo para vigilar, mientras ella rebuscaba en los cajones de Aproximado. Reunió unos cuantos documentos, escribió una breve nota y lo metió todo en un sobre.

Al día siguiente, entregué el sobrecito al profesor. Para entonces ya era muy evidente lo enfermo que estaba nuestro delicado maestro. Y siguió adelgazando hasta que cualquier prenda de ropa que llevara parecía irle grande. Al final dejó de acudir y, al poco, anunciaron su muerte. Luego dijeron que había sufrido la «enfermedad del siglo». Que era una víctima más de la «pandemia». Pero no pronunciaron el nombre de la enfermedad en ningún momento.

Silvestre me acompañó al funeral del profesor. En el cementerio fuimos a visitar la sepultura de Dordalma. Y al sentarse, se dejó caer con el peso de quien no piensa volver a levantarse. Estaba mudo y quieto, se limitaba a rozar la arena con los pies, moviéndolos de acá para allá, en un constante balanceo pendular.

—¿Regresamos ya, padre?

No habría regreso. Entonces me di cuenta: Silvestre Vitalício acababa de perder todo contacto con el mundo. Antes de ese momento, ya casi no hablaba. Pero ahora ya ni siquiera veía a la gente. Sombras apenas. Y nunca volvió a hablar. Mi viejo padre ni siquiera se veía a sí mismo. Ni siquiera habitaba en su cuerpo.

Esa noche pensé en el difunto profesor. Llegué a la conclusión de que la «enfermedad del siglo» era un enquistamiento del pasado, una malaria hecha de tiempo. Esa enfermedad estaba en nuestra familia. Al día siguiente anuncié en la escuela:

—Mi padre también sufre de eso...

—¿De qué?

—De la enfermedad del siglo.

Me miraron con conmiseración y repugnancia, como si fuera portador de amenazas contagiosas. Los amigos me rehuían, los vecinos se apartaban. Debo confesar que esa exclusión a la que todos me condenaron me dio cierta alegría. Como si en el fondo quisiera recuperar la soledad. Y con el tiempo deshice ese camino. Tras la muerte del profesor, perdí el interés por la escuela. Salía por la mañana, rigurosamente uniformado. Pero me quedaba por el patio anotando recuerdos en mi diario. Cuando, al volver, todo había oscurecido, las páginas aún conservaban el brillo del día. Un día, al llegar a casa, empecé a saludar a mi padre a la antigua

usanza, según las normas de Jerusalén.

—Ya puedo irme a dormir, padre. Ya he abrazado la tierra.

Tal vez en lo más profundo de mí sintiera añoranza del inmenso sosiego de mi triste pasado.

• • •

Y estaba Noci, razón de más para faltar a la escuela. La novia de Aproximado se ofrecía para ayudarme con los deberes. Aun cuando no los había, yo me los inventaba para tenerla inclinada sobre mí, mirándome a los ojos con sus grandes ojos negros. Luego estaba esa gota de sudor que se deslizaba entre sus senos y, embriagado y ruborizado, yo bajaba con esa gota por su pecho hasta hundirme con un temblor y un suspiro.

Por las mañanas, Noci iba por casa casi desnuda. Empecé a tener sueños eróticos. Para mí no era algo nuevo. Por mis devaneos ya habían pasado compañeras de la escuela, profesoras y vecinas. Pero era la primera vez que la presencia delicada de una mujer enloquecía toda la casa. Después supe que yo no era el único que soñaba en el calor de la noche.

No sé qué clase de favores amorosos todavía dedicaba Noci a Aproximado. La verdad es que, en ciertas ocasiones, oíamos los gemidos procedentes de su cuarto. Mi padre se agitaba y revolvía en su cama. Había ensordecido para todo, pero aún tenía oídos para escuchar susurros libidinosos. Una vez me pareció que lloraba. Luego lo confirmé: Silvestre Vitalicio lloraba cada noche que el amor se encendía en casa.

El amor vicia, incluso antes de suceder. Eso aprendí. Como también aprendí que los sueños se agotan de tanto repetirse. A medida que mis delirios nocturnos reclamaban a Noci, más real se volvía su presencia. Hasta que una noche habría jurado que era ella en carne y hueso, que entraba, furtiva, en mi cuarto. Noté el bulto de su cuerpo escurrirse entre las sábanas y, durante los instantes que siguieron, naufragué en la frontera intermitente de nuestros cuerpos. No sé si fue ella, si fue su verdadero cuerpo, quien me visitó. Sólo sé que, cuando se marchó, mi padre lloraba en la cama de al lado.

• • •

Mi tío no se cansaba de insistir en el dinero que no se le había pagado por los servicios prestados a la familia. Sin embargo, saltaba a la vista que Aproximado no estaba precisamente necesitado a causa de las deudas de Silvestre. Nuestro tío se jactaba del dinero que obtenía de emitir licencias de caza. «Pero ¿eso no es ilícito?», preguntaba Noci. ¿Y qué es ilícito hoy en día? Una mano va ensuciando poco a poco a la otra, y luego se lavan, como hizo Pilatos, ¿no es así? Esto respondía mi tío. Y no

había día que no llegara a casa con algo nuevo que celebrar: anulaba multas, hacía la vista gorda a infracciones y ponía trabas a los nuevos inversores.

—¿Te acuerdas del camión que tenía durante la guerra? Pues ahora el aparato del Estado es mi camión.

La vanidad lo llevó a que, un domingo, extendiera en el suelo de la sala el mapa del coto y nos convocara a mí, a mi padre y a Noci:

—¿Ves tu Jerusalén, querido Silvestre? Pues ahora es todo propiedad privada, y yo soy quien te priva de ella, ¿lo has entendido?

Mi padre tenía la mirada hueca clavada en el suelo, pero no la dirigía allí donde su cuñado pretendía. Y entonces a Silvestre le dio por cruzar la sala arrastrando bajo sus pies el mapa, que se iba rasgando en varias tiras. Sin poder contenerse, Noci soltó una carcajada. Aproximado descargó la ira contenida en su pecho:

—Pues tú, querida mía, ya no vas a vivir aquí.

—¿Acaso es tuya esta casa?

—A partir de ahora seré yo quien irá a verte a tu casa.

Desde entonces, Noci sólo aparecía como la Luna. Únicamente era visible en algunas épocas del mes. Y yo empecé a ser como la marea: me inundaba de mujer estacionalmente.

• • •

Una vez, Noci entró en casa a media mañana. Se deslizaba furtivamente de una estancia a otra. Preguntó por Aproximado:

—¿A estas horas, doña Noci? —le respondí—. A estas horas, como la señora bien sabe, el tío está trabajando.

La muchacha se metió en el baño y, sin cerrar la puerta, empezó a quitarse la ropa, que tiraba al suelo. De repente, me asaltó una especie de ceguera y sacudí la cabeza por miedo a no volver a verla más. Entonces oí el agua de la ducha e imaginé su cuerpo mojado, acariciado por sus propias manos.

—¿Estás ahí, Mwanito?

La vergüenza no me dejó responder. Noci sospechaba que me había pegado a la puerta sin ser capaz de mirar, aunque tampoco tenía fuerzas para apartarme.

—Entra.

—¿Cómo?

—Quiero que busques una caja que llevo dentro del bolso. He traído esa caja para ti.

Entré con miedo. Noci se estaba secando con la toalla y, de soslayo, le veía ahora el pecho, ahora las largas piernas. Saqué del bolso una caja de metal y la levanté, temblando. Ella entendió el gesto.

—Ésa es. Ahí dentro hay dinero. Es todo tuyo.

Y ella empezó a explicarme el origen de aquel pequeño tesoro. Noci formaba

parte de una asociación de mujeres que luchaba contra la violencia doméstica. Hacía unos meses, Silvestre había interrumpido una de las sesiones y había cruzado la sala en silencio.

—Hizo algo muy extraño —recordó Noci.

—No se lo tome a mal —expliqué para defenderlo—. Mi padre siempre ha tenido una idea negativa de las mujeres, le pido que le perdone...

—Al contrario, yo..., en fin, todas se lo agradecemos mucho.

Había sucedido lo siguiente: Silvestre había cruzado la sala para dejar sobre la mesa una caja con dinero. Era su contribución para la causa de aquellas mujeres.

Entretanto, la asociación había cerrado porque una serie de amenazas había sembrado el miedo entre las asociadas. Noci devolvía el gesto solidario de mi padre.

—Pero tienes que tener la caja fuera de la vista de Aproximado, ¿me has oído? Ese dinero es tuyo, y sólo tuyo.

—¿Sólo mío, doña Noci?

—Sí. Como yo en este momento: soy sólo tuya.

Su toalla cayó junto a mí. Y, una vez más, como la primera en Jesusalén, la presencia de una mujer deshizo el suelo bajo mis pies. Y a ese abismo nos lanzamos los dos. Cuando nuestros cuerpos estuvieron agotados, entrelazados en el suelo, ella me pasó los dedos por el rostro y dijo:

—Estás llorando...

Lo negué, convencido de ello. Noci parecía conmovida por mi fragilidad y, mirándome profundamente a los ojos, me preguntó:

—¿Quién te ha enseñado a amar a las mujeres?

Debería haber respondido: la falta de amor. Pero a mi boca no acudieron las palabras. Desarmado, vi cómo Noci se abotonaba el vestido, preparándose para despedirse. Al llegar al último botón se detuvo y dijo:

—Cuando nos entregó la caja de dinero, tu padre no sabía que entre los billetes había una nota con instrucciones.

—¿Con instrucciones? ¿De quién?

—De tu madre.

Mi padre nunca se había percatado, pero su difunta esposa había dejado una nota que explicaba el origen y el propósito de ese dinero. Eran ahorros de Dordalma, que legaba esa herencia para que nada faltara a sus hijos.

—Fue tu madre. Ella fue quien te enseñó a amar. Dordalma siempre ha estado aquí.

Y su mano abierta se posó sobre mi pecho.

• • •

Y llegó el día que vinieron a buscar a mi tío. Una denuncia anónima, dijeron. Sólo yo sabía que los documentos acusadores habían salido de su cajón y que su propia

novia había enviado esos papeles con mi complicidad. Cuando, después de pagar la fianza, volvió, Aproximado desconfiaba de todo y de todos. Sospechaba, sobre todo, de los poderes ocultos de mi padre. Durante la cena, aprovechando la ausencia de Noci, Aproximado subió el tono de voz:

—Fuiste tú, Silvestre, estoy seguro de que fuiste tú.

Mi padre le escuchaba sin mirar, sin hablar. Existía en otra dimensión, y lo que figuraba ante nosotros no era más que su proyección corpórea. El tío recuperó el discurso autoritario:

—Pues te diré una cosa, querido Silvestrão: saldrás directo de aquí, igual que llegaste... Te facturaré como un trofeo.

Puedo jurar que vi una sonrisa burlona en el rostro de mi padre. Tal vez su cuñado tuvo la misma impresión porque, sorprendido, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Vuelves a oír bien?

Porque si era así, que oyera lo que tenía que decirle. Dicho esto, mi tío se puso a enumerar los daños que mi padre había causado. Mi padre se levantó de la silla con brusquedad y, lentamente, vació el vaso sobre el entarimado. Todos lo entendimos: daba de beber a los difuntos, pedía disculpas anticipadas por cualquier mal augurio.

—¡Es demasiado, esto es demasiado! —gruñó Aproximado.

La provocación de su cuñado viudo había traspasado los límites. Cojeando más de lo habitual, mi tío fue a su habitación y regresó con una fotografía. La sacudió ante mis narices y exclamó:

—Mira quién es, sobrino.

Poseído por un alma súbita e inesperada, el viejo saltó sobre la mesa cubriendo la fotografía con su cuerpo. Aproximado lo empujó, empezaron a pelearse por hacerse con la imagen. Entendí que aquello que Aproximado se llevaba de una mano a la otra era un retrato de mi madre, y decidí entrar en la disputa. Al rato, sin embargo, el papel se rasgó y cada uno de nosotros se quedó con un pedazo entre los dedos. Silvestre se apropió de los otros fragmentos y los redujo a minúsculas fracciones. Guardé la porción de la fotografía que me quedó. En ese recorte sólo aparecían las manos de Dordalma. En sus dedos entrelazados se vislumbraba un anillo de prometida. Una vez en mi cama, besé repetidamente las manos de mi madre. Por primera vez le di las buenas noches a la persona que me había dado todas las noches.

Antes de dormirme, sentí que Noci entraba en mi cuarto. Esta vez era muy real. Se acercó a mí desnuda, y recorrí las curvas de su cuerpo, mientras perdía, poco a poco, la noción de mi propia esencia.

—Tú sí que me conoces, tú sí que sabes cómo tocarme...

—No hagamos ruido, doña Noci.

—Esto no es ruido, Mwanito. Es música.

Sería música, pero a mí me aterrorizaba pensar que mi padre estaba allí al lado y, más aún, que Aproximado pudiera oírnos. Pero la presencia de Noci era más fuerte que el miedo. Mientras miraba su cuerpo moviéndose arriba y abajo sobre mis

piernas, volvió a asaltarme la duda: ¿y si me quedaba ciego con las mujeres, como le había ocurrido a mi hermano Ntunzi? Cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta que Noci cerró la puerta al marcharse.

• • •

Al día siguiente no hubo día. Aproximado volvió del despacho a media mañana, y sus gritos resonaron en el pasillo:

—¡Hijo de puta!

Me estremecí: el tío me estaba insultando al haber descubierto que lo había traicionado con Noci. El eco desigual de sus pasos avanzaba por el pasillo y, sentado en la cama, esperé a que ocurriera lo peor. Sin embargo, los gritos que dio al entrar sugirieron algo muy distinto de lo que temía:

—¡Me han castigado! ¡Me han trasladado! ¡Ese hijo de la gran puta!... ¡Ya sé quién ha organizado todo esto!...

Ante nosotros se desvanecía por completo la imagen de un tío que otrora había sido discreto y afable. Se movía alrededor de la cama de Silvestre haciendo grandes aspavientos, como una figura majestuosa a la vez que grotesca. Echó mano al teléfono móvil y, como si empuñara una pistola, proclamó:

—Voy a llamar a su hijo mayor. Él se va a encargar de esta situación de mierda.

Y siguió lamentándose mientras esperaba que alguien atendiera la llamada. Toda la vida soportando a un loco rematado, y tener que aguantar ahora a un parásito... ¡No!, a dos parásitos... Interrumpió la cantinela al oír que Ntunzi contestaba. Aproximado nos dijo que pondría la llamada en el altavoz para que pudiéramos seguir la conversación.

—¿Quién eres? ¿Ntunzi?

—¿Ntunzi? No. Soy el sargento Ventura.

¿Puede ser la nostalgia una sequía repentina en la boca, un fuego frío en la garganta? En el sofoco de aquella sala, tragué en seco ante el poder evocador de la voz de una persona ausente. Aproximado repitió el sonsonete de quejas sobre su cuñado. Al otro lado del teléfono, Ntunzi le quitó importancia:

—Pero si Silvestre está tan débil..., es tan ajeno al mundo, tan ajeno a todo...

—Te equivocas, Ntunzi. Silvestre está más pesado y más insoportable que nunca.

—Mi pobre padre... Pero si ahora es menos persona que nunca.

—Ah, ¿sí? Entonces, dime, ¿por qué sigue llamándome Aproximado? ¿Eh? ¿Por qué no me llama tío Orlando, o tío madriño, como siempre me había llamado?

—No me diga que está pensando en echar a Silvestre. Pero si ésa es su casa.

—Era. Ya he pagado más de lo que debía por ella y por todo lo demás.

—Espere, tío...

—Yo pongo las reglas aquí, sobrino. Pedirás permiso en el cuartel, vendrás a la ciudad y te llevarás de aquí a estos dos inútiles...

—¿Y adónde quiere que los lleve?

—Al infierno... O no, a Jerusalén. Eso mismo: vuelve a llevártelos a Jerusalén, que a lo mejor Dios ya se ha instalado allí.

• • •

Acto seguido, Aproximado lió los bártulos y se fue. Noci quiso organizar una cena de despedida, pero el tío se escabulló. ¿Qué había que celebrar? Y se marchó sin más. Con Aproximado también se marchó su novia, mi amante secreta. Mi deseo la siguió convocando: en mis sueños, se acostaba en la cama de matrimonio vacía. Pese a lo ocurrido entre nosotros, Noci no volvió a dar señales. Me convencí de que, pese a tener el cuerpo desarrollado, me faltaba edad. Un día la buscaría y le confesaría cuán fiel le había sido en sueños.

• • •

Una semana después, Ntunzi apareció por nuestra casa. Llegó eufórico, ansioso por el reencuentro. Había progresado en la carrera militar: los galones de los hombros revelaban que ya no era un soldado raso. Pensé que, al encontrarme con mi hermano, me lanzaría a sus brazos. Pero, al verle, lo saludé con una apatía y un tono flemático que me sorprendieron:

—Hola, Ntunzi.

—Olvídate de Ntunzi. Ahora soy el sargento Olindo Ventura.

Extrañado por mi indiferencia, el sargento retrocedió dos pasos y, con el entrecejo fruncido, expresó su decepción:

—Soy yo, tu hermano. Estoy aquí, Mwanito.

—Ya lo he visto.

—¿Y nuestro padre?

—Está ahí dentro. Puedes entrar. Ya no reacciona...

—Por lo visto, no le pasa sólo a él.

El militar dio media vuelta y desapareció por el pasillo. Escuché el imperceptible rumor de su monólogo en el dormitorio de mi padre. Poco después regresaba para darme una bolsa de tela:

—Te he traído esto.

Como no moví un solo músculo, él mismo sacó de la bolsa mi vieja baraja de cartas. Aún tenía granos de arena y suciedad pegados. Ante mi pasividad, Ntunzi dejó el obsequio sobre mis piernas. Pero las cartas no se aguantaron en mi regazo. Una a una, fueron cayendo al suelo, desamparadas.

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Necesitas algo?

—Quisiera que me mordiera la víbora que atacó a nuestro padre.

Intrigado, Ntunzi no dijo nada. Le asaltaron las dudas más amargas y me preguntó:

—¿Tú estás bien, hermanito?

Asentí con la cabeza. Estaba como siempre había estado. Él era el que había cambiado. Me vino el recuerdo del momento en que, estando todavía en Jesusalén, Ntunzi anunció su decisión de abandonarme. Pero en esta ocasión, su ausencia se había consumado y había sido tan larga y dolorosa que me había acostumbrado a no sentirla.

—¿Por qué nunca viniste a vernos?

—Soy militar. No mando sobre mi vida.

—¿Que no mandas? Entonces ¿por qué estás tan feliz?

—No sé. Quizá porque, por primera vez, yo mando sobre alguien.

De dentro, llegaron ruidos, familiares para mí: Silvestre golpeaba con el bastón el suelo de madera, reclamando así mi ayuda para ir al baño. Ntunzi me siguió y vio cómo atendía como un enfermero a nuestro viejo padre.

—¿Siempre es así? —preguntó.

—Más que siempre.

Volvimos a dejar a Silvestre en su eterno lecho, sin que se percatara de la presencia de Ntunzi. Llené su vaso de agua y le añadí un poco de azúcar. Encendí el televisor, le acomodé la cabeza sobre las almohadas y lo dejé con la mirada perdida en la pantalla luminosa.

—Me resulta extraño: Silvestre no es tan mayor. Este estado en el que se encuentra, moribundo, ¿será de verdad?

Yo no sabía responder. O, mejor dicho: ¿existe en este mundo otro modo de vivir que no sea a través del engaño?

• • •

Cuando regresamos a la cocina, un impulso me lanzó contra el pecho de mi hermano. Y, al fin, lo abracé. Y el abrazo duró todo el tiempo de su ausencia. Tuvo que apartarme sutilmente con un brazo. Yo ya no era un niño, había perdido el derecho a las lágrimas. Recogí la baraja y le sacudí el polvo mientras preguntaba:

—¿Hay noticias de Zacaria?

Zacaria Kalash seguía disfrazándose de militar. Pero él sí que estaba viejo, bastante más viejo que nuestro padre. Un día, la policía militar lo paró en la calle para preguntarle de dónde había sacado el uniforme que llevaba. Era peor que un uniforme falso: era un uniforme colonial. Zacaria fue detenido.

—La semana pasada lo pusieron en libertad.

Sin embargo, la novedad era otra: Marta le pagaría un billete a Portugal. Zacaria Kalash iría a visitar a la madrina de guerra de sus viejos tiempos en el ejército.

—Ya es un poco tarde para conocer a su madrina, ¿no te parece?

Tememos la muerte, sí. Pero no hay miedo mayor que el que sentimos a vivir con plenitud, con decisión. Zacaria había perdido el miedo. Y se disponía a vivir. Fue lo que éste respondió al preguntarle mi hermano acerca de aquella decisión.

• • •

Durante la visita al cementerio, nos detuvimos ante la sepultura de Dordalma. Ntunzi rezó con los ojos cerrados y yo hice ver que lo acompañaba, avergonzado por no haber aprendido a orar. Luego, bajo la sombra, Ntunzi encendió un cigarrillo y se quedó abstraído unos momentos. Algo me hizo recordar la época en que yo solía ayudar a nuestro viejo padre a fabricar silencios.

—¿Y tú, Ntunzi, te quedarás una temporada con nosotros?

—Sí, unos días. ¿Por qué me lo preguntas?

—Estoy agotado de ocuparme yo solo de nuestro padre.

Por suerte, no sabía rezar. Porque últimamente rogaba a Dios que se llevara a mi padre al cielo. Ntunzi oyó mi triste desahogo, se pasó la mano por la pierna, acariciándose la caña de la bota militar. Se quitó la boina y volvió a ajustársela en la cabeza. Entonces entendí lo que estaba haciendo: se estaba preparando para hacer una declaración seria. La condición de soldado le ayudaba a confirmar su valor. Me miró largamente antes de hablar:

—Silvestre es nuestro padre, pero tú eres su único hijo.

—¿Qué estás diciendo, Ntunzi?

—Yo soy hijo de Zacaria.

Fingí que no me sorprendía. Salí de la sombra y di la vuelta al túmulo de mi madre. Pensé que aquella lápida ocultaba infinitos secretos. Resultó ser que el día que Dordalma salió de casa y se subió al fatídico autobús, iba a encontrarse con Zacaria. Ahora todo tenía sentido: el trato diferente que Silvestre me daba; los castigos que infligía a mi hermano; la protección velada, pero constante, que Kalash dedicaba a Ntunzi; el pesar con el que el militar había llevado a mi hermano al río cuando había enfermado... Ntunzi significa «sombra». Para Silvestre, yo era la luz de sus ojos. Ntunzi le negaba el Sol, recordándole el eterno pecado de Dordalma.

—¿Ya has hablado con él, Ntunzi?

—¿Con Silvestre? ¿Cómo?, si no parece que entienda nada.

—Pregunto si ya has hablado con Zacaria, tu nuevo padre.

Dijo que no. Ambos eran militares y había asuntos que no convenía sacar a colación. Para los efectos indebidos, Silvestre seguiría siendo su único padre legítimo.

—Mira lo que me dio Zacaria. Ésta es la última bala, ¿te acuerdas?

Exhibió el proyectil. Era la bala alojada en su hombro, aquella que nunca había explicado. Era la que había disparado mi padre en el enfrentamiento del funeral.

—¿Has visto? Mi padre casi mató a tu padre.

—Sólo hay una cosa que no entiendo: ¿por qué se fueron juntos a Jerusalén?

—Por la culpa, Mwanito. El sentimiento de culpa los unió...

Lo que Ntunzi me contó luego me dejó perplejo: la pelea entre Zacaria y Silvestre en la iglesia no se debió a lo que todos pensaban. La realidad se apartaba mucho del relato de Marta. En verdad, lo que sucedió fue lo siguiente: desalentado por el remordimiento, Zacaria se presentó tarde al funeral, ignorando por completo lo ocurrido en las últimas horas a su amada. Creía que Dordalma se había suicidado por él. De este modo, abatido por el peso de la culpa, el militar se presentó para expresar su condolencia. En la iglesia, Zacaria abrazó a mi padre y, como buen militar, declaró que tendría que lavar su honra. Sofocado por el llanto, empuñó la pistola para poner fin a su vida. Silvestre se pegó a tiempo al cuerpo de Kalash para desviar el tiro. La bala se alojó junto a la clavícula. Habría acertado en el corazón si él no hubiera estado tan delgado, le había dicho Kalash con amargura.

Más tarde, a la salida del hospital donde el militar había recibido tratamiento, mi viejo padre se disculpó cuando Zacaria le dio un abrazo de gratitud.

—No me lo agradezcas. Yo sólo te he correspondido...

• • •

Mi hermano durmió en la sala. Esa noche no concilié el sueño. Cogí una silla de lona y me senté frente a la puerta de casa. Había niebla, y el rocío cubría todo el paisaje. Pensé en Noci. Y eché en falta aquellos momentos en que sentía que bajo mis pies se abrían abismos. Si Noci insistía en ausentarse, tal vez fuera a verla.

El ruido de la puerta fue casi esperado. Mi hermano se unía a mi insomnio. Traía con él la baraja.

—¿Echamos una partida, Mwanito? —propuso.

El juego era un pretexto: eso lo sabíamos. Jugamos en silencio, como si el resultado de la partida fuera vital. Hasta que Ntunzi habló.

—De camino a la ciudad pasé por Jerusalén.

—Aproximado dijo que aquello está todo cambiado.

No era verdad. A pesar de todo, el tiempo no había pasado al otro lado de la verja del coto. O eso me aseguró Ntunzi, que me describió con detalle cuanto había visto de nuestra antigua residencia. Lo interrumpí al principio del relato:

—Espera, vamos a sacar a nuestro padre.

—Pero ¿no estará durmiendo?

—Para él, dormir es su forma de vivir.

Arrastramos al viejo Silvestre en brazos y lo sentamos en la escalera, recostado contra el último escalón.

—Ya puedes continuar. Cuéntanos lo que viste, Ntunzi.

—Pero ¿él oye algo? Creo que sí, ¿verdad, Silvestre Vitalício?

En voz alta, mi hermano se esmeró en los detalles y me condujo por aquella

última visita. Mi padre permaneció con los ojos cerrados, sin reaccionar.

• • •

—Dediqué un día entero a mi pasado. Un día en Jerusalén.

Así empezó Ntunzi el relato de su visita. En el campamento buscó vestigios de nuestra estancia, buscó las anotaciones secretas que, durante años, yo había escrito y enterrado en el huerto. Visitó los edificios en ruinas, rascó el suelo como si raspara su propia piel, como si los recuerdos fueran un tumor oculto en el cuerpo. Y recuperó la baraja del escondrijo en el que yo la había dejado. Aquél era el único indicio de nuestra presencia. Cogió las pequeñas cartulinas y las levantó contra el cielo como se hace con los recién nacidos. Parte de ellas se habían borrado, eran ilegibles. Reyes, sotas y reinas habían sido destronados por los gusanos del tiempo.

—¿Y después, Ntunzi? ¿Qué hiciste, qué pasó después?

Mi hermano se encaramó al armario del cuarto, y allí estaba la vieja maleta donde había escondido sus dibujos. Sacudió el polvo para ver mejor las decenas de retratos de mi madre. Todos diferentes, pero en todos los mismos ojos enormes de quien vive en el mundo como si lo hiciera desde una ventana: a la espera de otra vida.

• • •

Ntunzi interrumpió el relato e, inesperadamente, se arrodilló para encarar a mi padre.

Recogí las cartas y las dejé sobre las manos de Ntunzi.

—Hermano, te pido, por favor, que me leas la baraja, que me recuerdes lo que escribí.

Y fueron momentos espesos, como un río que fluye. Mi hermano fingía que descifraba letrillas entre las barbas de los reyes y las túnicas de las reinas. Yo sabía que se lo inventaba casi todo, pero hacía mucho que ambos desconocíamos la frontera entre el recuerdo y la mentira. Sentado en la silla de la terraza y balanceando el cuerpo como hacía mi viejo padre, Ntunzi interrumpió la lectura al verme inmóvil.

—¿Te has dormido, Mwanito?

—¿Te acuerdas de cómo, ayer, te recibí frío y distante?

—Debo confesar que me quedé parado. Yo que me había puesto el mejor uniforme...

—Es que sufro de la misma enfermedad que nuestro padre...

Por primera vez confesé lo que hacía mucho me oprimía el pecho: había heredado la locura de mi padre. Durante largos periodos, me sobrevinía una ceguera selectiva. El desierto se trasladaba a mi interior, convirtiendo cuanto había a mi alrededor en un pueblo de ausencias.

—Tengo cegueras, Ntunzi. Sufro de la enfermedad de Silvestre.

Fui al cajón de la cocina y saqué la carpeta de la escuela, que abrí de par en par ante la mirada atónita de mi hermano.

—Mira estos papeles —dije, extendiendo una serie de páginas caligrafiadas.

Había redactado todo aquello en los momentos de ofuscación. Cuando me asaltaban las cegueras, dejaba de ver el mundo. Sólo veía letras, todo lo demás eran sombras.

—Tú, ahora, eres una sombra.

—Ya tengo nombre de sombra.

—¿Entiendes la caligrafía?

—Claro, es tu letra. Bien trazada, como siempre... Un momento, pero ¿dices que has escrito todo esto sin ver?

—Dejo de ser ciego sólo cuando escribo.

Ntunzi escogió una página al azar y leyó en voz alta: «Ésta es mi última palabra, proclamó Silvestre Vitalicio. Estad atentos, hijos míos, porque nadie volverá a oírla jamás. Yo mismo me despido de mi voz. Y os digo: cometisteis un gran error al traerme a la ciudad. Estoy agonizante por culpa de este viaje traicionero. La distancia nunca ha trazado la frontera entre Jerusalén y la ciudad. El miedo y la culpa han sido la única frontera. Ningún gobierno del mundo manda más que el miedo y la culpa. El miedo me hizo vivir recatado y pequeño. La culpa me hizo huir de mí mismo, deshabitado de recuerdos. Eso era Jerusalén: no un lugar, sino la espera de un Dios que había de nacer. Sólo ese Dios me aliviaría del castigo que me impuse. Con todo, no lo he entendido hasta ahora: mis hijos, mis dos hijos, sólo ellos pueden traerme ese perdón».

Se le empañó la voz e interrumpió la lectura. Mi hermano se agachó junto a Silvestre y volvió a leer la última frase: «... mis hijos, mis dos hijos...».

—Silvestre, ¿tú dijiste esto?

Ante la pasividad de mi padre, Ntunzi se volvió hacia mí y me preguntó con la voz trémula de emoción:

—¿Esto es verdad, hermano? ¿Nuestro padre dijo esto?

—En estas páginas está toda nuestra vida. Y vivir, hermano Ntunzi..., ¿cuándo se vive de verdad?

Ordené las hojas, las guardé en la carpeta y le ofrecí el libro como mi única y última pertenencia.

—Aquí está Jerusalén.

Ntunzi abrazó la carpeta y entró en casa. Vi a mi hermano desaparecer en la oscuridad, al tiempo que resurgían recuerdos de la época en que borrábamos senderos para proteger nuestro reducto solitario. Y me vino a la memoria la penumbra donde descifré las primeras letras. Y recordé el centelleo de las luces sobre el río. Y los días que marcábamos sobre el muro negro del tiempo.

De súbito, me invadió una inmensa añoranza de Noci. Tal vez volviera a estar con

ella antes de lo que creía. La ternura de aquella mujer me confirmaba que mi padre estaba equivocado: el mundo no ha muerto. En realidad, el mundo nunca ha llegado a nacer. ¿Quién sabe?, quizás en el silencio afinado de los brazos de Noci aprenda a encontrar a mi madre caminando por un infinito descampado antes de llegar al último árbol.

•



ANTÓNIO EMÍLIO LEITE COUTO (Beira, Mozambique, 1955). Uno de los escritores africanos más conocidos de la actualidad. Hizo estudios de medicina y biología, aunque los abandonó para dedicarse a la literatura y al periodismo. Autor comprometido con la causa africana, ha recibido numerosos premios como el Nacional de Literatura en Portugal (1993), el Nacional de Literatura en Mozambique (1995), el Vergílio Ferreira (1999), el Mário António (2001), el Unión Latina de Literaturas Romances (2007), el Eduardo Lourenço (2011), el Camões (2013), equivalente al Premio Cervantes en lengua portuguesa, y el Neustadt de Literatura (2014).

Entre sus obras traducidas al español destacan los libros de relatos *Voces anohecidas* (1986) y *Cada hombre es una raza* (1990), así como las novelas *Tierra sonámbula* (1992), *El último vuelo del flamenco* (2000), *Venenos de Dios*, *Remedios del diablo* (2008) y *Jesusalén* (2009).

# Notas

[1] Diminutivo aportuguesado de *mwana*, «niño, hijo» en chisena, lengua del centro de Mozambique. (N. del A.) <<

[2] Las caracolas se usan en rituales de predicción de algunas religiones tradicionales africanas. Uno de los métodos más comunes consiste en echar una cantidad determinada de caracolas sobre una mesa e interpretar la distribución resultante.  
(*N. de la T.*) <<

[3] Árbol de frutos comestibles (*Trichilia emetica*). De él se extrae un aceite llamado mafurra, que se utiliza para la fabricación de embarcaciones. Es común en el sur de Mozambique y Angola. (N. de la T.) <<

[4] «Si me miras me derrito suavemente, nieve de un volcán». (*N. de la T.*) <<

[5] De «portuga», despectivo para «portugués» en Mozambique. (*N. de la T.*) <<

[6] Escopeta de un cañón hecha a mano, que usaban los mozambiqueños en la guerra contra los portugueses; disparaba un solo tiro y se cargaba a través del cañón con clavos, trozos de cristal, hierro y demás. (*N. de la T.*) <<

[7] En Mozambique, tela tradicional de algodón con la que las mujeres se envuelven el cuerpo. (*N. de la T.*) <<

[8] También llamados *bacurau*, designación común de varias aves nocturnas.  
(N. de la T.) <<

[9] En Mozambique, cierto autobús para el transporte colectivo. (*N. de la T.*) <<